
HARLEQUIN
Jazmín
HISTORIAS de LARKVILLE
Melissa McClone
Un amor de cine



Melissa McClone

Un amor de cine



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

UN AMOR DE CINE, N.º 83 - mayo 2013
Título original: His Larkville Cinderella
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3078-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Malibú, California, estaba muy lejos del rancho de su familia en Larkville, Texas.

La tensión se acumulaba en los hombros de Megan Calhoun. De no haber estado bajo tanta presión, habría quedado impresionada por la exclusiva urbanización playera. Salió del coche tras aparcar en el camino de entrada de una mansión situada frente al mar. La sobrecogedora villa de inspiración mediterránea pertenecía a un galardonado productor de cine.

Una brisa sacudía las hojas de las palmeras y unas nubes grises hacían que pareciera más invierno que primavera, pero la temperatura era cálida. O tal vez estaba trabajando tanto que no tenía ni tiempo para sentir frío.

Trabajar para una diseñadora de vestuario de cine de Hollywood tenía que haber sido un sueño hecho realidad, pero hasta el momento esa primera semana de trabajo no había sido otra cosa que jornadas de dieciséis horas llenas de desplazamientos en coche, recogidas y transporte de cosas y un ir y venir para hacer los recados de otros.

Y parecía que el trabajo sería el mismo cuando la producción comenzara la semana siguiente. Si así eran las cosas antes del rodaje, no quería ni imaginar cómo sería trabajar en un plató de cine de verdad.

Se guardó las llaves del coche en el bolsillo del vaquero y sacó del asiento trasero la gran cartera de piel. Eva Redding, la mujer que tenía en sus manos su futuro profesional, se había ido del estudio esa mañana con la cartera equivocada y eso había retrasado una reunión con un par de peces gordos de la industria de Hollywood. Ahora todos estaban esperando a que Megan llegara con los diseños correctos para poder seguir discutiendo sobre el vestuario y las tomas.

Mientras corría hacia la entrada de la villa, sus cómodas deportivas parecían más bien bloques de cemento rodeando sus

pies, pero de ningún modo permitiría que el hecho de ver cara a cara al productor y al director fuera a ponerla nerviosa.

El fracaso no era una opción. No volvería a Larkville. Tal vez allí estaba su familia, pero nadie más. Ni siquiera Rob Hollis, su mejor amigo desde que podía recordar, que había aceptado un trabajo de ingeniero en Austin, Texas.

Se aferró con fuerza a la carpeta y pisó un gran porche embaldosado. En la esquina, una gran planta se alzaba casi por encima de ella y una parra con flores fucsias perfumaba el aire. Una balda de hierro forjado de tres alturas sostenía macetas de terracota llenas de distintas plantas floreadas.

¿Y si el diseño de vestuario no era su lugar? Le dio un vuelco el estómago mientras los nervios amenazaban, de nuevo, con traicionarla. No. Tenía un trabajo que hacer. Su padre siempre le había dicho que, pasara lo que pasara, hiciera su trabajo de la mejor manera posible.

Sintió una punzada de dolor. Ojalá su padre estuviera allí para darle esa inyección de confianza que tanto necesitaba. Respiró hondo para calmarse y llamó al timbre.

Mientras unas campanadas melódicas y de distintos tonos resonaban por la villa, recordó las instrucciones que le había dado su supervisora.

«Entrégale la cartera a Eva y sal de allí sin decir ni una palabra».

Eso no sería ningún problema. A Megan se le daba genial estar callada y pasar desapercibida, de hecho, llevaba haciéndolo casi toda su vida. Nunca había encajado en el rancho y su padre parecía haber sido el único que la había entendido y que se había preocupado por ella, pero... ya no estaba allí.

Se le hizo un nudo en la garganta. Su padre, el gran Clay Calhoun, había muerto de neumonía en octubre, hacía siete meses, y ahora estaba sola en muchos sentidos.

La gran puerta de madera se abrió.

–¡Ya era hora! –Eva le quitó la cartera de las manos.

La mujer, de unos cuarenta y pocos años, lucía una piel de marfil perfecta y un corte de pelo muy francés negro azulado; llevaba una camisola, pantalones y tacones negros y joyería de inspiración africana que le añadía un toque vibrante y fresco a su atuendo estiloso y elegante.

–¿Por qué has tardado tanto?

En su segundo día en Hollywood ya había aprendido la única respuesta aceptable para un retraso:

–El tráfico.

La dura mirada de su jefa la recorrió de arriba abajo y esos labios rojos se fruncieron con gesto de desaprobación.

–Estás encorvada. Ponte derecha.

Y Megan lo hizo.

–¿Es así cómo vestís en el rancho?

Una sencilla camiseta rosa, unos vaqueros pirata desgastados y unas cómodas deportivas no lograrían incluir a Megan en la lista de las mejores vestidas de Hollywood. De todos modos, sospechaba que, se pusiera lo que se pusiera, jamás cubriría las expectativas de Eva.

–Sí.

La palabra «señora» se le quedó en la punta de la lengua. La había utilizado el lunes, el primer día de trabajo, pero ya no volvería a cometer ese error.

–Imagino que no llevarás más ropa en el coche.

Megan había crecido en un rancho texano en mitad de la nada y se había licenciado hacía menos de dos semanas. Toda su ropa era informal a excepción de algunas de sus creaciones, aunque no había tenido ni el valor ni la ocasión de lucirlas fuera de su habitación. No después de que se hubieran burlado de ella el primer año de instituto por su modo de vestir. Después de aquello había adoptado como propia la forma de vestir de Rob y sus amigos.

–No.

–Pues vamos –Eva le indicó que pasara–. Todo el mundo está en la terraza.

El pánico la recorrió, desde la melena castaña hasta las puntas de las deportivas. Se suponía que no debía decir nada y que tampoco debía quedarse allí.

–Yo... eh... me esperan en el estudio.

–Ya no.

Las volteretas laterales que dio su estómago habrían hecho que el equipo de animadoras de Larkville se hubiera sentido orgulloso, aunque tampoco es que esas chicas le hubieran hecho mucho caso nunca a Megan, excepto cuando les convenía para recaudar fondos

para nuevos uniformes o para competiciones.

–Mi coche…

–No irá a ninguna parte sin ti. Vamos –Megan entró en la villa y la puerta se cerró tras ella de golpe.

Se le puso la piel de gallina. Se sentía atrapada, aunque no podía decirse que se encontrara en una oscura mansión gótica. Esa mansión era luminosa, con grandes ventanales y suelos relucientes. El aire olía a fresco, a flores con un toque de cítricos. La temperatura era más fresca que fuera. Aire acondicionado; eso explicaba la piel de gallina.

Al mirar el vestíbulo tuvo que apretar los labios para contener un grito de asombro. A la derecha, una elaborada lámpara de araña de hierro forjado colgaba sobre una mesa de comedor para veinte comensales. El salón quedaba a la izquierda y estaba lleno de mobiliario carísimo y bonitas obras de arte con unos enormes ventanales que mostraban unas vistas sobrecogedoras del océano.

Eva cruzó el resplandeciente suelo de madera a una velocidad sorprendente teniendo en cuenta los tacones que llevaba.

–No te entretengas.

Megan aceleró el paso. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero siempre que no fuera ilegal o inmoral, haría lo que le pidieran. Lo que fuera por asegurarse un puesto fijo.

Eva miró atrás.

–No hables a menos que alguien se dirija a ti directamente.

Megan asintió. Eso le parecía genial.

Siguió a su jefa hasta el otro lado de unas puertas de cristal para salir a una terraza gigante con vistas al océano. Una brisa arrastraba el salado aroma del mar y el cielo parecía una tela gris sobre el horizonte.

La terraza se extendía hacia la parte trasera de la casa y estaba decorada de un modo tan encantador como el interior. Había sillas y tumbonas con cojines de aspecto muy cómodo, una barbacoa de obra y una barra de bar con taburetes. ¡Incluso había un jacuzzi!

Dos hombres a los que no conocía estaban sentados a una mesa. Ambos llevaban camisas de manga corta de colores claros, pantalones y gafas de sol oscuras, a pesar de que el cielo estaba totalmente cubierto.

Junto a la barandilla había otro hombre y una mujer, ambos

también con gafas de sol. Los reconoció; eran del departamento de vestuario. El hombre parecía de lo más profesional con sus pantalones sastre negros, la camisa blanca de manga larga y la corbata de seda de colores. El corte y la línea de la falda color salmón de la mujer y su chaqueta le recordaban a una diseñadora de Milán sobre la que había hecho un trabajo en la facultad.

Nadie se percató de su presencia y Megan ni se ofendió ni se sorprendió. «Invisible» podía ser su segundo nombre.

La mayoría de la gente había estado llamándola «eh, tú» o «la nueva ayudante en prácticas» desde que había llegado al estudio el lunes por la mañana. En pocas palabras, era una persona fácil de olvidar. Nada especial, como su difunta madre no había dejado de recordarle, mientras que sus tres hermanos, Holt, Nate y Jess, definían ese término. Megan se preguntó si sus nuevos medio hermanos, los mellizos Patterson fruto del primer matrimonio de su padre, eran más parecidos a sus hermanos que a ella.

–Por fin tengo los diseños –el tono de Eva hizo que pareciera que el retraso había sido culpa de Megan–. Ya podemos empezar.

–¡Eh, tú! –dijo una voz masculina–. La chica de la camiseta rosa.

Megan miró a uno de los hombres que estaban sentados a la mesa. Era guapo, con un estilo muy de caballero distinguido. Su piel bronceada y su cabello aclarado por el sol le hicieron pensar que debía de pasarse mucho tiempo al aire libre y supuso que sería el productor dueño de la casa.

–Ve a buscar a Adam –dijo el hombre.

¿Adam? Megan no tenía ni idea de a quién se refería ese tipo.

Eva se rio.

–Megan es nueva en la ciudad, Chas. Es de Texas y mi nueva ayudante en prácticas. Uno de sus antiguos profesores es un gran amigo mío con buen ojo para los talentos en bruto.

Y recalcó la palabra «bruto».

El hombre y la mujer que se encontraban junto a la barandilla miraron a Megan durante un nanosegundo y después retomaron su conversación.

Megan intentó hacer como si nada, igual que hacía en Larkville.

Ahí en Hollywood no tenía elección. Meter el pie consistía en tener contactos. Había algunas personas que encontraban un buen puesto por su cuenta, pero no era fácil. El profesor Talbott le había

asegurado ese trabajo en prácticas, pero no había nada garantizado. Tendría que demostrar su valía porque, de lo contrario, se vería de nuevo en el rancho antes de que se celebrara el festival anual del otoño en octubre. ¿A quién intentaba engañar? Tal vez estaría en casa para el Cuatro de Julio o, peor aún, para el Día de los Caídos a finales de mayo.

Sintió un gran peso sobre sus hombros e hizo lo que pudo por no dejarlos caer.

–Con que Texas, ¿eh? –comentó el hombre rubio al que Eva había llamado «Chas».

Megan asintió y él la miró detenidamente.

–¿Dallas o Austin?

–Larkville.

–No lo he oído nunca.

–No se pierde nada a menos que le gusten las camionetas, los vaqueros y el olor a estiércol de vaca.

Su comentario despertó una amplia sonrisa destacada por unos dientes muy blancos.

–Suena a la letra de una canción country.

–Megan –dijo Eva–, ve corriendo hasta el agua y dile a Adam que es hora de que venga. Adam Noble, nuestro actor estrella. Seguro que incluso una chica de un pequeño pueblo texano como tú sabe quién es.

Megan había visto algunas de sus películas de acción y aventuras en las que siempre tenía que quitarse la camisa tantas veces como fuera posible. Adam tenía un cuerpo atlético e imponente, fruto de sus días de quarterback en el equipo de la facultad, y un rostro de belleza clásica. Además tenía el hábito, o tal vez la afición, de mantener aventuras con sus coprotagonistas. O, al menos, eso decían los tabloides.

La mayoría de las mujeres opinarían que ese actor estaba como un tren, pero ella prefería a los hombres que eran más… cerebrales. Tipos como su mejor amigo, Rob. Su Don Perfecto, si es que existía. Lo único que tenía que hacer era esperar hasta que él se diera cuenta de que lo era.

Un graznido sonó sobre su cabeza y alzó la vista al cielo. Vio dos gaviotas que, con sus alas blancas, casi se perdían contra el nublado cielo. Qué chulada. No recordaba la última vez que había visto

pájaros de ese tipo.

–No tenemos todo el día –dijo Eva.

Megan bajó por la escalera de la terraza hacia la playa y la carcajada de Eva la siguió hasta la arena.

Le ardían las mejillas; parecía que la compasión y la comprensión no existían en Hollywood. A nadie le importaba si se sentía como pez sacado del agua, abrumada y exhausta. Solo les importaba que hiciera el trabajo y, si no podía, otros diez más estarían esperando a ocupar su puesto.

Pero eso no pasaría.

Haría lo que fuera para triunfar en ese negocio. De hecho, no podía decir que hubiera visto ninguno de los diseños de vestuario más que los que había colgados en las paredes y en los blocs por el estudio, pero sí que sabía cómo tomaban el café o el té cada uno de los empleados y qué pedían para almorzar, y también sabía que «Tragafuegos», el apodo de Eva, no era ninguna exageración.

Sus deportivas se hundieron en la arena.

Las prácticas no eran nada de lo que había imaginado; se pasaba todo el día haciendo recados y corriendo de un lado para otro sin recibir ningún sueldo a cambio, solo experiencia.

Los diseñadores de vestuario iban subiendo puestos y ella tenía que empezar en alguna parte, de modo que lo que fuera que estaba haciendo allí era mejor que estar metida en Larkville y malgastando sus habilidades para la costura haciendo arreglos de ropa en la tintorería más cercana. Ojalá Rob hubiera querido que ella se mudara a Austin en lugar de animarla a aceptar esas prácticas...

Se tropezó con unas algas. Sin duda parecería una idiota, como de costumbre.

Había unas cuantas personas junto al agua y, a pesar del cielo gris, las mujeres llevaban unas diminutas tiras de tela que dejaban ver sus cuerpos bronceados y tonificados. Megan jamás tendría agallas para ponerse un biquini así, ni aunque hubiera hecho más calor y el cielo hubiera estado más claro.

Los hombres llevaban bañadores cortos sin camiseta. Allí abundaban los físicos musculosos y una cosa era cierta: la playa era como un imán para los hombres atractivos, aunque ella seguiría prefiriendo a Rob por encima de todos, por mucho que fuera más flaco y que no tuviera tantos músculos. Era un chico al que le

gustaba estar con ella, que siempre estaba a su lado para darle consejo, para ofrecerle apoyo y para salir a tomar algo. Hombres así eran difíciles de encontrar.

Los miró a todos. Ninguno tenía las típicas ondas de la melena despeinada de Adam Noble.

¿Dónde podía estar?

Se fijó en que todo el mundo estaba mirando al agua. Un único surfista tomó una ola impresionante y ejecutó un extraño movimiento con la tabla a pesar del cual siguió en pie sobre la tabla.

Las mujeres lo animaron. Otros aplaudieron. Un hombre silbó. Otra mujer suspiró diciendo:

–Adam está como un tren.

Megan observó al surfista y no tardó en darse cuenta de que se trataba de Adam Noble haciendo trucos sobre la tabla y despertando expresiones de asombro entre la multitud cautivada.

¡Fantasma!

No estaba nada impresionada. Bueno, de acuerdo, sí que tenía que felicitarlo por haber hecho a las mujeres babear y a los hombres mirarlo con envidia, pero Adam podría haber montado la ola sin haber hecho tantos movimientos arriesgados. Ese tipo tenía un papel protagonista en una nueva película en la que ella trabajaría, así que debería tener más cuidado en lugar de ir por ahí poniéndose en peligro y poniendo en peligro la producción por vacilar delante de sus fans sobre una ola.

¡Menudo idiota!

Le recordaba a esos vaqueros que arriesgaban sus vidas por estar ocho segundos a lomos de un toro llamado Diablo. Seguro que tenía más músculo que cerebro y que dentro de esa bonita cabeza no había ni una sola neurona.

No era de extrañar que sus coprotagonistas se acostaran con él. Seguro que no podían encontrar nada de qué hablar y pensarían que el sexo era un modo sencillo de llenar el tiempo entre escenas.

Gracias a Dios que estaba acercándose a la orilla y que, cuanto antes pudiera llevarlo a la villa, antes podría ella volver al estudio. Aunque fueran recados, tenía cosas mejores que hacer que quedarse ahí esperando a un estúpido y engreído actor como Adam Noble.

Mientras Adam se acercaba a la orilla con su tabla debajo del brazo, las olas chocaban contra sus gemelos. Le caían gotas del pelo que recorrían su traje de neopreno. Estaba deseando que llegara el verano para no tener que protegerse del agua fría.

Sonrió a la pequeña multitud que lo observaba. Ser una estrella implicaba tener que soportar a los fans ahí donde iba, pero a él eso no le importaba. Los fans eran quienes pagaban por ver sus películas y sin ellos aún seguiría haciendo de especialista y volviendo a casa lleno de moretones y heridas.

Se había acostumbrado a la invasión de la privacidad, excepto a los paparazzi. Esos buitres acechaban por todas partes con sus cámaras digitales esperando una oportunidad de capturarlo haciendo algo estúpido o pareciéndolo. Siempre tenía que estar en guardia y lograr que todo lo que hiciera pareciera natural, no una pose.

Como surfear.

Adam odiaría ver una foto suya cayéndose acompañada de un impactante titular culpando al alcohol, a las drogas o a alguna misteriosa mujer por su caída. Los tabloides lo exageraban todo y lo sacaban de contexto.

Pero aunque ahora había estado a punto de caer, se había mantenido en pie. Una vez más. Le encantaba surfear sobre el Pez, una ligera y muy manejable tabla. Había pocas cosas en el mundo que fueran mejor que correr riesgos, ya fuera haciendo surf o actuando para triunfar después.

Al llegar a la arena, tres mujeres sacaron pecho, que apenas el biquini podía cubrir, y metieron tripa. Él las miró a todas; la rubia tenía una sonrisa bonita, la morena tenía unos rasgos exóticos y la del pelo rojizo le guiñó un ojo.

Una cosa sí que podía decir: su trabajo no apestaba. Pero se preguntó si alguna de esas tres mujeres no usaría la expresión «o sea» cada dos frases y si podría mantener una conversación que durara más de cinco minutos.

Los hombres alargaron los brazos para estrecharle la mano. Otras mujeres lo saludaron con la voz casi entrecortada, ladearon la cabeza con coquetería y le tocaron el brazo.

Él siguió avanzando entre la multitud y saludando a todo el

mundo. Vale, de acuerdo, sobre todo a las mujeres. Al fin y al cabo, era un hombre.

Podía invitar a un par de chicas a la villa de Chas, pero dudaba que el productor quisiera que su reunión se convirtiera en una fiesta. Ya se había retrasado suficiente por el hecho de que los diseños de vestuario no estuvieran allí, así que lo mejor era volver para ver si ya habían llegado.

Su mirada pasó de largo un cuerpo ataviado con un biquini de estampado de cebra, digno de la portada del *Sports Illustrated*, y vio algo rosa. Se detuvo tan bruscamente que por poco se hizo un esguince cervical. En lugar de una piel suave y un delicioso escote vio una camiseta rosa suelta que ocultaba unas curvas femeninas a las que habría querido echar un vistazo. Unos vaqueros, también sueltos, dejaban ver unos gemelos blanquecinos. No había ni rastro de bronceado, ni siquiera falso, ni sobre las piernas ni sobre los brazos.

¿Alérgica al sol? A lo mejor era una de esas chicas vampiro.

Parecía haber acabado de entrar en la veintena. Tenía los hombros hundidos, como si intentara ocultarse, aunque tal vez solo era una cuestión de mala postura. Llevaba su melena castaña clara recogida en lo alto de la cabeza con unos mechones sueltos apuntando a todas partes. Sus labios carentes de brillo o carmín estaban apretados en una fina línea, pero fueron sus ojos lo que captó su atención.

Unas pestañas oscuras y espesas enmarcaban esos bonitos ojos marrones, de un color que le recordaba al de una taza de espresso. Oscuro y rico en matices, con un ligero toque de algo más, algo más intenso, más picante.

Una extraña sensación se apoderó de su estómago.

La miraba cautivado, aunque ella no parecía muy alegre de verlo.

Su cálida mirada cargada de desdén lo hizo sentir como si fuera basura tirada en la arena. Conocía muy bien esa sensación y no le gustaba lo más mínimo.

Adam se forzó a moverse y pasó delante de ella.

Al menos no era una de esas fans acosadoras y obsesivas que lo miraban sobrecogidas, que veían sus películas al menos tres veces durante el fin de semana del estreno, que dormían sobre almohadas

con su imagen, que creían que era en realidad el personaje de Neptuno, su papel de mayor éxito hasta el momento, y que querían que las dejara embarazadas de un niño medio humano medio deidad. ¡Esas sí que lo asustaban!

–Señor Noble –dijo una voz femenina con un ligero timbre nasal.

Adam se detuvo. La gente no solía llamarlo «señor» y, en cierto modo, eso le gustaba. Se preguntó a quién de esas bellezas escasamente vestidas pertenecería ese acento sureño. No le importaría jugar a ser el Rhett Butler de una Escarlata O'Hara, y menos de una que mostraba tener la misma garra que la belleza de Georgia.

Se giró y la chica de la melena despeinada y la camiseta rosa dio un paso hacia él.

¿Ella? Normalmente tenía más suerte, aunque había que admitir que la chica tenía unos ojos preciosos.

Y ahora que se fijaba, resultó que no era tan simple como había pensado al principio. Le recordaba a una turista del Medio Oeste o a una de esas frikies que estudiaban tecnología y recitaban fragmentos de *El señor de los anillos* sin vacilar ni un instante. Sería una monada para alguien a quien le gustaran las frikies.

–¿Sí?

Ella miró a la arena, como si mirarlo a los ojos fuera a convertirlo en un bloque de piedra.

–La reunión está a punto de empezar. Quieren que vuelva a... eh, a la casa.

Curioso, jamás se habría imaginado que ella estuviera metida en el negocio del cine. No parecía asistente personal, ¿sería la sobrina o la hija de alguien? Tal vez la sirvienta o la cuidadora de los niños.

–¿Te han enviado a buscarme?

Cuando asintió, un mechón de pelo se le soltó de la pinza y unas ondas enmarcaron su rostro. Sus altos pómulos, su bonita nariz recta y esos labios carnosos resultaban de lo más atractivos. Pero no llevaba ni máscara de pestañas, ni los ojos perfilados, ni maquillaje, ni siquiera una pizca de barra de labios. Estaba acostumbrado a las mujeres que llevaban mucho maquillaje y que llegaban al extremo con tal de tener el mejor aspecto posible. Esa chica, sin embargo, no parecía preocuparse por lo que la gente pensara de ella y eso le resultaba muy atractivo.

–El deber me llama, señoritas –les dijo a las chicas en biquini.

Y mientras se alejaban con sonrisas prometedoras, la chica que tenía delante sacudió la cabeza y esa actitud le resultó graciosa. Se preguntó qué haría falta para convertir esa desaprobación en aceptación.

–¿Quién eres? ¿Una asistente personal? –le preguntó Adam.

Ella alzó la barbilla.

–Soy Megan Calhoun. Estoy de prácticas.

¡Ajá! Así que era el escalón más bajo de la cadena alimentaria. Aunque eso no explicaba el modo en que se estaba comportando. Su actitud y su aspecto no la ayudarían a ir subiendo de escalafón en escalafón.

–Pues entonces deberíamos irnos –quería arrancarle una sonrisa–. No querría ser el responsable de que te metieras en líos.

Ni una sola sonrisa, aunque el gesto de la joven se relajó y sus ojos parecieron iluminarse con una expresión de gratitud.

–Gracias.

Era interesante cómo esa chica dejaba reflejar cada emoción... Adam podría divertirse un poco; es más, lo haría.

–De nada –le pasó su tabla de surf–. Toma.

Ella respiró hondo e intentó sujetar con fuerza la tabla húmeda.

–¿Quiere que lleve esto?

La indignación de su voz hizo que él tuviera que contener una sonrisa. No es que fuera una Escarlata moderna, pero sí lo más parecido que podía encontrarse en una playa de Malibú.

–Estás de prácticas.

–En vestuario –le aclaró.

Eso sí que lo sorprendió. Los empleados de vestuario solían vestir muy bien; no lucían sus mejores galas en el set porque podían ensuciarse, pero normalmente vestían con estilo. Megan vestía cómoda, pero ni estilosa ni a la moda.

–Aun así, estás de prácticas –Adam quería sacarle una reacción y con lo siguiente bastaría. Sonrió con ironía–. Y yo soy la estrella.

Capítulo 2

Los carnosos labios de Megan formaron una fina y apretada línea y sus mejillas se tiñeron de rosa. Parecía ofendida, resentida, furiosa, molesta. Sus emociones se reflejaban en su rostro y brillaban más que las luces de neón de Las Vegas.

Adam había querido una reacción y parecía que la había conseguido.

Contuvo las ganas de soltar una carcajada. Alguien que no sabía controlar las emociones era poco habitual en una ciudad donde mostrar cualquier debilidad podía significar convertirse en carnaza para tiburones. Le gustaba esa actitud.

–Supongo que puedo llevar la tabla yo si a ti te supone demasiado problema.

Megan no dijo ni una palabra, pero su gesto de determinación y las llamas doradas que titilaban en sus ojos le dijeron que se apartara.

Y él lo hizo. Jugar con ella era más divertido de lo que había imaginado.

Megan sujetaba el Pez torpemente, como si nunca antes hubiera tenido entre sus manos una tabla de surf y, a juzgar por cómo intentaba llevarla, parecía que probablemente nunca había agarrado ninguna.

Adam hizo ademán de sujetarla, pero Megan rechazó su ayuda. Interesante. A muchas mujeres les gustaba jugar a la damisela en apuros ante su caballero de la brillante armadura. A ella no.

El respeto de Adam por ella iba en aumento. Era más dura de lo que parecía.

Aceleró el paso para alcanzarla.

–Estar de prácticas es un asco, pero en algún sitio tienes que empezar.

Esperó a que ella dijera algo, pero no lo hizo.

–Yo trabajaba como doble antes de convertirme en actor.

Megan seguía sin decir nada. Qué… raro.

Tenía que pasarle algo. A él todo el mundo le daba coba, las mujeres matarían por estar en su lugar ahora mismo.

–Fue muy duro, pero al final obtuve mi recompensa.

Megan miró hacia la terraza de Chas como si Adam no existiera. Era como si estuviera hablando con una pared, lo cual resultaba tanto irritante como intrigante. Las mujeres no lo ignoraban. Sí, bueno, algunas lo hacían, pero solo porque se hacían las duras. Pero Megan no parecía de esa clase, aunque cualquiera sabía... Había crecido viendo cómo su madre hacía locuras para conseguir a un hombre.

–Deja que adivine –dijo Adam, no dispuesto a rendirse–. Estás haciendo prácticas en vestuario, pero lo que de verdad quieres es ser actriz.

Megan lo miró frunciendo el ceño y el gesto hizo que le pareciera más atractiva aún.

–¿Le parezco alguien que quiera ser actriz?

Su brusco tono hizo juego con la furia que reflejaba su mirada.

–Sinceramente, no. Pero podrías ser una actriz de método muy metida en el papel ahora mismo.

El gesto de enfado se pronunció más.

–¿Y qué papel sería ese?

Él la observó: melena ondulada y algo despeinada, hombros caídos, ropa dos tallas más grande que podrían estar ocultando unas deliciosas curvas... o no.

–Una chica insegura que busca novio desesperadamente.

Su gélida mirada podría haber helado el ecuador.

Tal vez se había pasado de sincero, así que la próxima vez se ceñiría a ser educado.

–De acuerdo, no quieres ser actriz.

Mientras ella se alejaba apresuradamente de él en dirección a la casa de Chas, la curiosidad de Adam fue en aumento. No llevaba alianza, así que tener algo con ella podía ser una posibilidad. Aunque no era su tipo; él prefería a las mujeres atléticas que estaban bronceadas y que eran sexys. Aun así, tardaría mucho en olvidar esos ojos.

–Pero entonces...

–Estoy aquí haciendo mi trabajo, señor Noble. No tiene por qué rebajarse a hablar conmigo.

Su franqueza lo dejó sorprendido.

–Llámame Adam. Lo de que me llevaras la tabla solo era una broma, una pequeña novatada hollywoodiense –esperó a ver si a ella le hacía gracia, pero no fue así y Adam casi lamentó haberle hecho llevar la tabla–. Ya la llevo yo.

Ella agarró con más fuerza la tabla y aceleró el paso.

Testaruda. Adam tenía que admitir que le impresionaba cómo Megan Calhoun lo ignoraba y no le reía las gracias, y precisamente por eso quería conocerla mejor.

–Tienes acento del sur.

Ninguna respuesta.

–Debes de ser nueva en la ciudad.

Megan lo miró con cierto recelo.

–¿Por qué dices eso?

Su piel pálida y su vestimenta la delataban, y qué decir del hecho de que estuviera ignorándolo. La mayoría de la gente de la industria del cine, independientemente de su estatus, le haría la pelota con el fin de beneficiar sus propias carreras.

–Es solo una corazonada.

–Llevo aquí seis días.

–Una novata.

Ella asintió.

–¿Es tu primera vez en Malibú?

Asintió de nuevo.

La brisa jugueteó con las puntas de su cabello, las mismas que a Adam no le importaría enroscar entre sus dedos. Se la imaginó con la melena suelta cayéndole sobre los hombros y la tentación de quitarle la pinza fue demasiado fuerte, aunque se contuvo.

–A este tiempo lo llaman «El Gris Mayo» y después viene el «Melancólico Junio».

–Pensé que en la playa haría sol.

–No dejes que las nubes te engañen, puedes quemarte de todos modos, así que siempre debes echarte protección solar –eso era lo que le había dicho su madre a él. De hecho, juraría que la nariz y las mejillas de Megan estaban ya algo coloradas–. ¿Te gusta Los Ángeles?

–No he visto mucho. No he tenido tiempo.

Debía de ser muy difícil hacer turismo y amigos con las horas

que pasaban trabajando los empleados de prácticas. Sin sueldo. Sin tiempo para dormir. Y con respeto cero.

–Si alguna vez estás sola y quieres que te enseñe la ciudad...

La oferta se le escapó de los labios antes de poder darse cuenta; los carnosos labios de Megan parecían estar hechos especialmente para unos besos lentos y cálidos. A él no le importaría darle un beso. Tenía curiosidad por descubrir si sabía dulce o amarga.

–Gracias, pero no estoy tan sola.

Lo más probable era que supiera amarga. Sin embargo, su tono despectivo no hizo más que avivar su interés. Ir detrás de Megan podía ser interesante y conseguirla también.

Le guiñó un ojo.

–Al menos por ahora.

Ella se tropezó. Adam la agarró rodeándola por la cintura y agarró también la tabla de surf para evitar que cayera a la arena. El cuerpo de Megan se tensó bajo su mano.

–Relájate. Ya te tengo.

–Estoy bien –respondió más tensa todavía.

Mejor que bien, a decir verdad. Él se esperaba que esas ropas anchas y sueltas estuvieran ocultando un cuerpo blando y algo fofo, pero no parecía ser el caso.

Megan Calhoun estaba llena de sorpresas y era mucho más delgada y esbelta de lo que parecía.

–Suelta la tabla.

–Estoy bien.

–Suéltala o yo no te soltaré a ti.

Al instante, ella soltó la tabla como si estuviera en llamas.

A Adam le gustó que hiciera lo que le dijo y por la mente se le pasaron un montón de imágenes de las cosas que le gustaría que le hiciera. Se le ocurrían varias formas de hacerla sonreír y se preguntó cómo expresarían sus ojos emociones como la atracción, el deseo o la pasión.

Megan aceleró el paso y Adam la siguió.

–¿A qué viene tanta prisa?

–Mi jefa está mirándonos.

Él miró hacia la terraza y vio a Chas, el productor de su nueva película, junto a Eva Redding, la diseñadora de vestuario. No le parecía muy posible que Megan fuera a llevarse bien con Eva; no

mucha gente se llevaba bien con esa mujer.

–¿Estás haciendo prácticas con Tragafuegos?

Megan asintió.

¡Maldita sea! Debería haberlo imaginado antes. Aún no estaba seguro de por qué lo habían incluido en la reunión de vestuario, pero sí que le habían dicho que se fuera a hacer surf mientras llegaban los diseños. Probablemente no debería haber estado tanto rato en el agua. Quería dar su aportación y hacer que esa película fuera lo mejor posible. Tal vez así conseguiría el reconocimiento que buscaba.

–Lo siento.

Y era verdad. No solo lo sentía por haber hecho que Megan le llevara la tabla, sino porque alguien que llevaba el corazón tan a la vista jamás podría aprovechar su oportunidad con Tragafuegos. Eva Redding cautivaba a la gente con su talento, pero también intimidaba con su despiadada personalidad. Cambiaba de ayudantes en prácticas como cambiaba de chicles. Y los rumores decían que a la última la había echado al cuarto día.

–¿Cuándo empezaste con las prácticas?

–El lunes.

Hacía tres días. La cuenta atrás había empezado para la pobre Megan.

Adam se sentía como un cretino por haberla tratado de ese modo. La chica debía de estar sometida a mucha presión y, por si eso fuera poco, el hecho de que Eva lo hubiera visto agarrando a Megan podría hacer que las cosas empeoraran para sus prácticas.

Sabía lo que era trabajar empezando desde abajo y ya sería suficientemente difícil poder triunfar teniendo a Eva Redding de jefa. No quería estropear las prácticas de Megan, así que lo mejor era apartarse para no meterla en ningún problema.

Mientras Adam se quitaba la sal en la ducha de la terraza de la villa, Megan se quedó junto a las escaleras con su tabla de surf, que él llamaba «el Pez». Al no estar muy segura de qué hacer al llegar a la casa, había decidido esperar a Adam suponiendo que la habrían tachado de maleducada si volvía a la terraza sin «la estrella».

La sorprendía que ese tipo no hubiera querido que caminara

unos metros detrás de él como si fuera de la realeza, aunque Adam Noble no era ningún Príncipe Encantador. No como Rob, que jamás le habría permitido ni cargar con una bolsa de la compra, y mucho menos con una tabla de surf… Bueno, contando con que hubiera practicado ese deporte. A Rob no le gustaba el agua, él era más de desafíos mentales, no físicos.

Aun así, no podía negar el atractivo de Adam. Sus ojos brillaban y podía mantener una conversación, lo cual indicaba que no era tan estúpido como había creído en un principio, pero era extraño que una estrella del cine se hubiera molestado en hablar con ella.

«Si alguna vez estás sola y quieres que te enseñe la ciudad…»

Sí, claro. Ese hombre tenía a mujeres medio desnudas dispuestas a echársele encima; de ninguna manera querría pasar un rato con alguien como ella, una chica insegura buscando desesperadamente un novio. Sorprendentemente, Adam casi había acertado.

Tal vez sí que era insegura. ¿Quién no lo sería en un lugar totalmente desconocido y desempeñando un trabajo nuevo después de toda una vida oyendo que no encajaba en ninguna parte? Pero novio no estaba buscando. Eso ni de lejos.

Sabía quién era el hombre que deseaba. Lo único que necesitaba era que su mejor amigo entrara en razón y se diera cuenta de que la amistad era la base perfecta para una relación seria y comprometida a la que seguiría el matrimonio. Después vendrían un perro, un gato e hijos. Un felices para siempre, de esos que había visto en las películas desde que era pequeña y con lo que llevaba años soñando.

La ducha se cerró. El traje de neopreno de Adam colgaba sobre la puerta abatible y Megan podía ver sus pies desnudos por debajo. Él se puso un bañador blanco y azul y cuando salió de la ducha, ella se quedó sin respiración.

Sin camiseta, con el pelo mojado… y el resto del cuerpo también mojado.

Megan tragó saliva.

El agua le caía sobre sus anchos hombros, por sus musculosos brazos y su pecho pasando por unos perfectos abdominales hasta sus firmes caderas…

¿Qué demonios estaba haciendo?

El calor encendió sus mejillas y se forzó a mirar hacia la terraza. Eva ya no estaba allí. Gracias a Dios, porque no quería que su jefa

pensara que estaba babeando por la estrella de cine.

Sí, Adam Noble era guapo y tenía un cuerpo de infarto si te gustaban los tipos con aspecto atlético, pero jamás tendría ningún interés por él.

Cuando el actor se acercó apartándose de la cara el pelo mojado mientras el agua le goteaba por las puntas, a ella se le aceleró el pulso y comprendió por qué lo habían elegido una de las cincuenta personas más bellas.

–Gracias –le quitó la tabla de las manos–. Tú primero.

Ella le indicó que fuera delante.

–No están esperándome a mí.

Adam abrió la boca como para hablar, pero no lo hizo. Subió las escaleras y ella lo siguió.

En la terraza, los demás estaban sentados alrededor de la mesa. La gente lo saludó y él los miró fijamente al dirigirse a ellos, como había hecho con ella en la playa.

Adam Noble era como su padre, un hombre con un carisma que cautivaba a la gente... a ella incluida.

–Eh, tú –le dijo Chas a Megan señalando hacia la barra de acero inoxidable donde había una cafetera y varias jarras de cristal que contenían bebidas de distintos colores–. Rellénanos los vasos, Texas.

Megan se retorció al oír ese mote. Quería olvidar de dónde era, pero Chas era el productor, así que supuso que eso significaba que podía llamarla como quisiera. No obstante, si le daban a elegir, prefería «eh, tú» a «Texas».

Fue hacia la barra, resignándose ante el hecho de que sus prácticas no le darían mucha experiencia en el campo del diseño de vestuario, aunque sí que acabaría desarrollando grandes habilidades para conducir y servir mesas. Agarró las jarras y rellenó los vasos.

Eva tenía los diseños sobre la mesa; parecía que había empezado la reunión sin Adam.

–Basándonos en nuestra última reunión, Damon, he hecho modificaciones a los trajes de Calliope. Necesitaré a Krystal y a Adam para una prueba final, y después estaremos listos para grabar.

A Megan le había encantado la última película de Krystal Kohl; esa alta, esbelta y preciosa actriz tenía un gran talento a pesar de tener fama de ser difícil en el estudio y en todas partes.

Adam tenía uno de los diseños en la mano.

–Este es el nuevo vestido para la escena de la cena.

Eva asintió.

–Krystal estará divina a tu lado cuando te pongas el esmoquin de Dior.

–Un trabajo excelente.

La sincera sonrisa de Eva la hizo parecer agradable; a lo mejor detrás de la diseñadora había algo más que un pintalabios rojo y una estricta personalidad.

–Gracias, Adam.

Chas se quitó las gafas de sol.

–Gran trabajo, Eva. Como de costumbre.

Damon asintió.

–Ese es exactamente el look que estaba buscando. Y te agradezco el esfuerzo que has puesto en los diseños, pero ha habido un ligero cambio. Por eso os hemos pedido a todos que vinierais hoy.

Eva miró al productor y al director como si estuviera en un partido de ping-pong.

–Define «ligero cambio».

Chas se inclinó hacia delante.

–Krystal Kohl está en una clínica de rehabilitación en Tucson. Van a sustituirla.

Nadie dijo ni una palabra y un incómodo silencio cayó sobre la mesa.

Eva miraba los diseños de vestuario con un gesto carente de expresión y los dos ayudantes de vestuario se miraron.

Megan estaba en la barra preparando las bebidas e intentando mostrarse desinteresada. Tal vez era la nueva, como Adam la había llamado, y no sabía nada, pero no podía ser una buena noticia si tenían previsto empezar con el rodaje la semana siguiente.

Miró a Adam para ver su reacción.

Ni su postura ni su expresión habían cambiado, pero le temblaba el músculo de la mandíbula. Al parecer, no era tan inmune como el resto y no le hacía gracia que fueran a sustituirla.

–Hizo falta mucho trabajo para elegir a Krystal para el papel de Calliope –dijo Adam–. No se trata de la típica película de verano, es un drama serio.

Chas asintió.

–Somos conscientes del calibre del talento que se necesita para

el papel.

Adam se recostó en su silla.

–¿En quién estás pensando para sustituirla?

–Lane Gregory –respondió Damon. La galardonada actriz era la hija única de dos estrellas de cine y la novia de América–. Ya hemos trabajado juntos antes. Es muy profesional y puede unirse al proyecto en el último momento sin necesidad de prepararse mucho.

–Es mayor que Krystal –dijo Adam.

–Sí –admitió Damon–. Lane le aporta un nivel distinto de madurez a Calliope.

Adam se puso derecho.

–Ha aceptado el papel.

No era una pregunta. La tensión que envolvió cada una de sus palabras sorprendió a Megan. A ella le encantaba Lane Gregory, mucho más que Krystal Kohl. Lane tenía la reputación de ser agradable y tener los pies en la tierra, aunque tal vez esas no eran las cualidades que Adam quería en su siguiente compañera.

Imaginárselo con la actriz le dejó un sabor amargo en la boca. Lane era demasiado dulce para un hombre como Adam, pero lo que pasara entre los dos actores no era asunto suyo, como tampoco lo era la discusión que estaban teniendo, así que se dedicó a secar la zona de la barra donde había caído el agua de condensación de las jarras.

Damon asintió. Eva sonrió.

–Krystal es alta y delgada. Lane es baja y curvilínea. Vamos a tener que replantearlo todo, incluso el vestido de la cena.

–Tenéis hasta el martes –dijo Damon.

La mirada de asombro de Eva pasó del director a Chas.

–¿Qué?

–No tenemos libertad de acción en el calendario –admitió el productor–. Adam está comprometido con otro proyecto después de este.

Adam asintió.

–La otra protagonista también tiene compromisos –Damon le lanzó a la diseñadora una amplia sonrisa–. No hay de qué preocuparse. Ya has hecho esto antes, Eva, y has ganado premios.

–Sí –Eva miró a los dos empleados de vestuario, que sacaron sus móviles y empezaron a escribir mensajes frenéticamente–. Y volveré

a hacerlo. Pero esto o acabará con el departamento de vestuario o ellos querrán acabar conmigo.

–Dinos lo que necesitas –le dijo Chas a la diseñadora–. Es tuyo.

–No tenéis presupuesto para lo que necesito –respondió Eva.

Adam le mostró su vaso vacío a Megan.

–Rellénamelo, por favor.

Ella agarró la jarra de agua que tenía rodajas de limón flotando en la superficie y, a su lado mientras le llenaba el vaso, no pudo evitar sentirse atraída por esa piel desnuda y esos músculos. Quería tocarlo y ver si era tan fuerte como parecía.

No, no quería. Agarró la jarra con más fuerza.

–A la porra tu fin de semana –le dijo él–. Y el mío también.

Megan lo miró confundida. Sus cálidos ojos verdes tampoco estaban ayudando mucho a aclararle las ideas. Seguro que llevaba lentillas.

–¿Qué? –le preguntó al darse cuenta de que seguía hablando con ella.

–Ahora se va a liar un buen follón para buscarle vestuario a Lane, lo que se traduce en pruebas de vestuario y modificaciones. Algunas de mis prendas también se cambiarán porque estaban pensadas para ir a juego con las de Krystal.

–Oh –no fue la respuesta más inteligente, pero fue lo único que se le ocurrió mientras lo miraba. ¡Maldito hombre con ese cuerpo tan esbelto y musculoso, esa sonrisa de infarto y esos increíbles ojos!–. Bueno, no me imaginaba que fuera a tener mucho tiempo libre hasta después de que terminara el rodaje.

Eso contando con que aún siguiera allí...

Ese golpe de realidad la ayudó a centrarse. Comprobó cómo estaban los vasos de todo el mundo para que Eva no pensara que estaba ganduleando y vio que nadie parecía necesitar más bebida.

–No tendrás mucho tiempo –le dijo Adam–, pero la experiencia que se obtiene durante un rodaje merecerá la pena.

Megan no sabía por qué estaba hablando con ella. Debía de estar aburrido porque los demás estaban ocupados, a menos que se hubiera caído en el agua y se hubiera golpeado la cabeza con la tabla de surf. Esa era la única explicación lógica para toda la atención que estaba dirigiéndole.

–¿Quieres que te traiga alguna otra cosa?

Una pícara sonrisa iluminó sus ojos.

–Se me ocurren unas cuantas cosas...

Megan respiró hondo. Abrió la boca para hablar, pero ninguna palabra salió de ella.

–Ten cuidado con lo que vas ofreciendo por ahí, Texas –le dijo en voz baja para que los demás no lo oyeran.

Ese apodo volvió a enervarla. Se alegraba de haber escapado de Larkville, pero no odiaba su pueblo. Sí, de acuerdo, tal vez una parte de ella sí que lo odiaba, pero echaba de menos algunas cosas, como su sobrino Brady, los riquísimos batidos de chocolate y las patatas fritas grasientas de la cafetería de Gracie May, el caballo de su padre, Storm, y por supuesto a Rob. Él era lo que más echaba de menos.

–Alguien puede tomarte la palabra –continuó Adam.

¿Qué estaba pasando? Se había reído de ella en la playa y ahora estaba lanzándole una advertencia. Eso no tenía ningún sentido. Pero claro, a lo mejor en Hollywood las cosas no eran como en casa.

–Tendré más cuidado.

Y debía tenerlo. Sobre todo estando cerca de él.

Megan no era una chica de coqueteos ni tampoco una fan que soñara con el guapísimo actor. Su corazón pertenecía a su mejor amigo, o lo haría una vez Rob se diera cuenta de que tenían que estar juntos. No había mostrado ningún interés amoroso en ella, pero por el momento no pasaba nada, no importaba. Su padre siempre decía que a los que esperaban les pasaban cosas buenas. Ella había aprendido lo que era la paciencia siendo muy pequeña y ahora no sería diferente.

Convertir esa ocupación temporal y no remunerada en un empleo fijo y retribuido era su prioridad. Rob estaba en Austin intentando poner en marcha su propia carrera, pero el amor verdadero no conocía barreras. La distancia le haría darse cuenta de lo mucho que ella significaba para él y, una vez que Megan hubiera obtenido experiencia, podría vivir en Austin y trabajar allí. Lo tenía todo planeado.

–Estaba hablando de la bebida –le aclaró.

–Lo sé, pero no todo el mundo es como yo.

Pareció hablar con sinceridad, como si de verdad le importara lo que pudiera pasarle. Tal vez Adam Noble era algo más que un gran

cuerpo y una cara bonita.

–Lo recordaré.

Un teléfono que había sobre la mesa sonó y él, después de ver el número reflejado en la pantalla, se levantó.

–Disculpadme.

Cuando echó a caminar hacia las escaleras de la playa para atender su llamada, Megan llevó la jarra a la barra y se vio tentada de volver la mirada hacia él. Era la primera persona que parecía preocuparse por ella… a menos que todo fuera una farsa para llevársela a la cama.

No. No creía que Adam fuera así. Él no perdería ningún tiempo con ella. No, teniendo tantas mujeres bellas deseando colarse en su dormitorio.

Precisamente por ello su simpatía y amabilidad la sorprendían y la inquietaban. Megan prefería la honestidad, así era como la habían criado en el rancho. Ojalá su padre hubiera llegado a saber que tenía dos hijos más. No tenía ninguna duda de que habría hecho lo correcto.

Pero Hollywood no era así. Estaba lleno de gente frívola; eran unos completos extraños en un mundo extraño en el que ella había entrado, y todo ello despertaba una pregunta: de todas las personas que había conocido desde que había llegado a Los Ángeles, ¿por qué Adam Noble era el único que estaba siendo amable con ella?

Adam estaba de pie en la arena delante de la villa de Chas y de espaldas al agua. Desde ahí nadie podía oír la conversación que estaba manteniendo con su agente, Sam Tomlinson.

–Lane Gregory es la nueva Calliope.

–Debe de haber convencido a su novio para que le consiga el papel –dijo Sam.

Hugh Wilstead, el prometido de Lane, era el poderoso director del estudio que producía la película; película que supondría el cambio definitivo para Adam, ya que en lugar de ser la típica cinta de acción, era un drama. No era del todo una película independiente, que habría aumentado sus posibilidades de ser nominado a algún premio, pero sí que haría que lo reconocieran por su labor interpretativa.

–Damon cree que hará bien su papel.

–Sin duda, pero me preocupa más lo que pasará cuando las cámaras no estén rodando.

El talento interpretativo de Lane ayudaría a Adam en su búsqueda de una nominación, pero también tenía la costumbre de devorar a todos sus compañeros de reparto, así que a pesar de estar prometida intentaría desesperadamente acostarse con él.

–No seré su próximo juguetito.

–Si Hugh descubre que tenéis algo fuera del rodaje...

–Lo sé. A Rhys no lo han vuelto a contratar ni para programas de la tele.

Rhys Rogers, compañero de Lane en *El ojo de la isla*, vio cómo su próspera carrera se detenía bruscamente tras un romance con la encantadora actriz y eso que, por aquel entonces, ni siquiera estaba prometida con Hugh.

–Mantente alejado de ella –le advirtió Sam.

–Es difícil cuando vamos a interpretar a un matrimonio y, a menos que modifiquen el guión, habrá escenas amorosas.

Algunos actores no tenían problemas para distinguir cuándo terminaba un papel y empezaba la vida real, pero a Adam sí que le costaba, sobre todo si había chispa o química entre su compañera y él.

–No pasa nada con las escenas de amor siempre y cuando no ensayéis en privado. Podría ser un buen momento para probar el celibato durante un tiempo.

–Tampoco hay razón para volverse loco. Le diré la verdad a Lane, le diré que no salgo con mujeres prometidas ni casadas.

–Es posible que no puedas convencerla tan fácilmente.

–No tendrá elección cuando encuentre a alguien más que me ayude a relajarme durante el rodaje.

–Por favor, que no sea otra actriz. Las peleas de gatas serán contraproducentes.

Adam recordaba la última vez que dos actrices se habían peleado por él en el Château Marmont. Había sido de lo más halagador, pero un error por su parte. La publicidad negativa y el mal ambiente que se generó en el set de rodaje podrían haberse evitado si no hubiera sido tan egocéntrico por aquel entonces. Disfrutaba de la compañía femenina y de la seducción, pero si no

actuaba con sensatez acabaría siendo poco más que forraje para los tabloides. Nadie le tomaría en serio.

–Encontraré a una mujer que no esté en el elenco.

Notó movimiento en la terraza y vio una melena morena y ondulada. Megan, la chica de Texas.

Esbozó una sonrisa. Al menos algo bueno saldría del cambio de protagonista.

La idea de estar cerca de ella un poco más lo hizo feliz, aunque era muy extraño teniendo en cuenta que era una completa desconocida. Pero tenía algo que lo atraía. Sus ojos, seguro, pero no sabía distinguir qué más. Tal vez su aparente aversión hacia él.

Volvió a mirar hacia la terraza, pero no la vio. Estaba claro que le habían encomendado alguna tarea nueva.

Megan debía sacar el máximo provecho a su estancia allí, aunque su discreta personalidad y su timidez no estaban hechas para Hollywood. No obstante, Adam esperaba que estuviera allí el tiempo suficiente como para darse cuenta de eso ella misma.

Era mejor que una persona cambiara sus sueños a que otros se lo arrebataran. Eso mismo le había pasado a su madre cuando su padre le rompió el corazón al marcharse. Desde entonces, Adam la había visto perseguir sueños y hombres. A ella lo único que le había importado era que le pusieran otra alianza de boda, y lo dejaba todo, incluso a él, con tal de encontrar el amor verdadero. Adam no quería que un sueño roto provocara esos mismos efectos en otras personas, y menos en alguien tan callado y tímido como Megan Calhoun.

Capítulo 3

Tres días después, Megan abría el maletero de su coche; había zapatos y cajas desperdigados por todas partes. Se tragó el suspiro que amenazó con salir de sus labios; ya había suspirado demasiado en los últimos días. Además, ese desastre era culpa suya por haber bajado los asientos del coche para tener más espacio.

Debía de haber tomado unas curvas demasiado rápido y no era de extrañar, ya que llegaba tarde. ¡Otra vez! Tenía que volver a meter todos esos zapatos en sus cajas y llevarlos adentro antes de que empezara la prueba de vestuario de Lane Gregory. Esa era la razón por la que le habían dado instrucciones estrictas con una franja de tiempo imposible.

Parecía que Eva quería que fracasara; esa era la única explicación al hecho de encontrarse en semejante purgatorio. Un dolor de cabeza amenazaba con atacarla. Se frotó las sienes, pero eso no la ayudó. Tal vez sí que la ayudaría un poco más de cafeína, sentarse a comer tranquilamente un plato de verduras frescas y un buen sueño reparador. Sin embargo, nada de eso parecía ser posible en un futuro cercano.

Pero no podía rendirse, los Calhoun no eran así. Por mucho que su padre ya no estuviera allí físicamente, su espíritu y su recuerdo seguían con vida y quería que se sintiera orgulloso de ella.

Agarró una caja con una única sandalia plateada dentro; la pareja tenía que andar por alguna parte.

Mientras rebuscaba entre los zapatos e iba colocándolos en sus respectivas cajas, se preguntó qué terrible tarea sería lo próximo que le mandaría hacer Eva. Una larga lista de encargos degradantes y horribles se le pasaron por la mente y casi se echó a reír. Parecía mentira que estuviera trabajando tan duro por nada de dinero. Ya había hecho cientos de kilómetros recorriendo la ciudad de recado en recado y, sí, le reembolsarían el dinero que se había gastado en gasolina, pero deberían incluirle también un extra de peligrosidad por conducir por las autopistas de Los Ángeles.

Algo plateado cerca de la puerta del copiloto llamó su atención. La sandalia. La agarró y justo en ese momento sonó el móvil que llevaba en el bolsillo de los vaqueros.

Increíble. En cuanto estaba a punto de dar por concluido un recado, recibía un mensaje diciéndole qué hacer a continuación. Era como si la siguiera una cámara y no pudiera tener nunca ni un momento libre.

Sacó el móvil del bolsillo y vaciló al mirar la pantalla.

«Por favor, no me hagáis volver al almacén que está al otro lado de la ciudad. Acabo de venir de ahí», pensó. Eso mismo le había pasado dos veces el día antes cuando había tenido que conducir desde Santa Mónica hasta Van Nuys y volver. ¡Qué pesadilla!

Sin embargo, si le pidieran que volviera a repetir el trayecto, lo haría. Sonreiría y conduciría hasta donde le dijeran. Haría lo que hiciera falta con tal de adquirir experiencia de verdad en el mundo del diseño de vestuario por muy poco probable que eso le pareciera ahora mismo.

Metió la sandalia en la caja con su pareja, le puso la tapa y leyó el nombre que aparecía en la pantalla del móvil.

Rob. ¡Por fin!

Normalmente la recorría un cosquilleo cada vez que sabía de él, pero ese día sintió un escalofrío de furia. Llevaba toda la semana enviándole mensajes, pero él no había respondido a ninguno. Sin duda había estado tan ocupado instalándose en Austin y empezando en su nuevo empleo como lo había estado ella en Los Ángeles, pero no entendía por qué no había podido sacar dos minutos de su día, ni siquiera treinta segundos, para responderle.

Leyó su mensaje: «¿Qué tal la industria del espectáculo?».

Pensó en todo lo que había estado haciendo, desde conducir por toda la ciudad hasta conocer a Adam Noble. La imagen de ese tipo ataviado solo con un bañador y con el agua resbalándole por su bronceada piel se había instalado de manera permanente en sus pensamientos. Estaba siendo muy agradable con ella, pero prefería pensar en otra persona. Alguien como Rob.

Su chico perfecto, incluso aunque no fuera el mejor a la hora de mantener el contacto.

Escribió una respuesta de una sola palabra para resumir su primera semana en la ciudad.

«Agotadora».

Todo lo que concernía su trabajo en prácticas la agotaba, pero a pesar de la extenuación, sinceramente no podía pensar en ningún otro lugar donde preferiría estar. Bueno, menos en Austin con Rob.

–Así que sabes sonreír.

La familiar voz masculina la sobresaltó y, al levantar la mirada del teléfono, vio a Adam Noble de pie a su lado. Llevaba unos pantalones de bolsillos color caqui con una camisa de manga corta azul clara y unas deportivas. Su cabello castaño estaba despeinado con mucho estilo y su amable sonrisa mostraba una resplandeciente hilera de dientes blancos. Estaba... ¡muy bien!

Se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros.

–Todo el mundo sabe sonreír, señor Noble.

–Adam.

Oh, claro. Le había dicho que lo llamara por su nombre de pila. Se quedó mirando los zapatos desperdigados por su coche. Tenía que ponerse a trabajar.

–Pues en casa de Chas no sonreíste.

Metió un par de botines en una caja.

–Estaba trabajando.

–Ahora también estás trabajando.

–Intento trabajar –farfulló.

Su teléfono sonó. Rob. Estaba ansiosa por ver la respuesta a su último mensaje; tan nerviosa como se ponía el día que recibía la revista *Vogue* en casa. Resistió las ganas de sacar el móvil ya que sería un gesto de mala educación hacia Adam y no quería meterse en problemas por enviar mensajes cuando debería estar colocando zapatos. Por otro lado, no creía que Adam fuera a chivarse. O a lo mejor sí. De todos modos, no valía la pena correr el riesgo.

–Sé por qué estás sonriendo.

–¿Por qué?

Los ojos verdes de Adam centellearon con picardía.

–Te he visto con el teléfono. Tu novio te está enviando mensajes.

«Ojalá».

De acuerdo. Rob era un chico y también era su amigo, pero no era su novio. Aún no, al menos.

Aun así, con quién se intercambiaba mensajes no era asunto de nadie, y mucho menos de Adam.

–Lo siento, pero tengo que organizar estos zapatos y entrar antes de que empiecen las pruebas.

–Eres muy discreta.

Su encantadora sonrisa hizo que se le acelerara el pulso, aunque achacó esa reacción a su agotamiento físico.

–Me gusta –añadió él.

No estaba acostumbrada a los cumplidos. La mayoría de la gente en Larkville la había tachado de bicho raro años atrás y su amistad con Rob, el nieto de la alcaldesa, era lo único que había evitado que siguiera siendo una especie de marginada.

Agarró otro par de zapatos con una mano temblorosa. No, no podía dejarse afectar por Adam. Ese tipo era un actor.

–No tengo tiempo para hablar ahora mismo –respondió algo irritada–. Llego tarde.

–Tienes un buen follón entre manos.

Capitán Obviedad parecía un mejor nombre para él que Adam. Buscaba un zapato de cuero rojo, tenía que estar en alguna parte.

–Sí.

–Te ayudaré.

–No es...

Su móvil vibró otra vez; era Rob. Y Adam encontró el zapato rojo.

–¿Dónde va?

De acuerdo, tal vez le vendría bien su ayuda.

–En la caja marrón.

Adam la ayudó a emparejar el resto de zapatos y su ayuda hizo que pudiera ir más deprisa. Puso las tapas y apiló las cajas.

–Muchas gracias. No tendré tiempo para ir a almorzar, pero al menos no me meteré en problemas por llegar tarde.

–¿No has comido?

La preocupación en la voz de Adam la sorprendió.

–He comido. Bueno, hoy no. He estado manteniéndome a base de pizza, de comida rápida y de café. Esperaba poder sentarme a comer. Tal vez mañana –agarró cinco cajas y, aunque los distintos tamaños hacían que fuera difícil mantener el equilibrio, se las apañó–. Será mejor que meta esto dentro.

Se le resbalaron las cajas, pero Adam las puso rectas con una mano mientras posaba la otra en la parte baja de su espalda.

–Ten cuidado.

A pesar del tejido de su camiseta, Megan pudo sentir la calidez de su mano y esa sensación la hizo tartamudear. Dio dos pasos atrás.

–Gra-gracias. Ya las tengo.

–Tienes muchas cajas. Yo llevaré algunas.

–Pero tú eres la estrella...

–Cuando dije eso solo intentaba bromear y ahora no vas dejar que olvide que lo dije.

–Tú eres la estrella.

Él sacudió la cabeza, aunque parecía estar divirtiéndose.

–No te preocupes. No podré recordártelo demasiado. Dudo que nuestros caminos vayan a cruzarse mucho una vez empiece la filmación.

–Se le llama rodaje, no filmación.

–No lo sabía, gracias.

Adam era la única persona que no solo había sido amable con ella, sino que le había ofrecido ayuda, y eso lo convertía en lo más cercano a un amigo que había tenido en Los Ángeles. Sería una pena no volver a verlo.

–En casa de Chas fui un cretino contigo.

Megan retrocedió con cuidado de no tirar ninguna caja. Jamás habría pensado que Adam fuera a reconocer su comportamiento y no estaba segura de qué pensar de él. Ser estrella de Hollywood y un chico campechano eran términos opuestos, pero él parecía ser las dos cosas.

–Supongo que así funcionan las cosas aquí cuando eres nuevo.

–No es así como deberían funcionar –Adam recogió varias de las cajas, suficientes como para ahorrarle dos viajes–. Deja que te compense.

Una vez más, Adam había hecho lo inesperado. Sus muestras de caballerosidad la confundían.

–Ya lo estás haciendo al ayudarme.

–Esto no es nada –dijo Adam–. Deja que te invite a almorzar después de la prueba. Podemos sentarnos a comer en lugar de que comas de camino o en tu coche.

Una parte de Megan quería aceptar, le vendría muy bien un poco de compañía y de conversación, ya que era algo que escaseaba

por allí. Eso sin mencionar que estaba hambrienta. Pero su reputación como mujeriego le hizo preguntarse si tendría algún otro motivo.

–No tienes por qué hacerlo.

–Quiero hacerlo.

–Puede que no termine a la hora que termines tú.

–No tengo prisa.

–Puede que me manden a hacer otro recado.

–Y puede que no. Dame tu número y te mandaré un mensaje cuando termine.

Si Adam sentía que le debía algo, que ella aceptara la invitación haría que ambos quedaran en paz. Y si resultaba que le había pedido salir por motivos más infames, podría manejar la situación.

Lo cierto era que la idea de almorzar con Adam la atraía. Comer de camino a los recados y sola ya estaba cansándola. Además, llevarse bien con una estrella del cine como Adam Noble no podría hacerle daño, y menos a la hora de encontrar un empleo fijo. Necesitaría cartas de recomendación y el nombre de Adam les daría importancia.

–Claro –respondió–. Me gustaría.

Dos horas después, Adam estaba en uno de los vestuarios del departamento de donde la gente, principalmente mujeres, salía y entraba revoloteando a su alrededor como abejas mientras iban anotando cosas.

Él no era más que una maniquí con vida. Le quitaban ropa, le ponían ropa, y sus calzoncillos blancos eran lo único que permanecía en su cuerpo todo el tiempo.

Una mezcla de perfumes pendía en el aire y Adam reconoció uno de los aromas, Chanel N.º 5. Su madre lo usaba, pero él prefería cómo olía Megan: a primavera, a luz, a sol, a flores. No un aroma químico manufacturado en un laboratorio, sino algo de verdad, algo genuino.

Estaba deseando almorzar con ella, era distinta de las personas con las que solía tener contacto.

Había desaparecido después de que se hubieran ocupado de los zapatos y desde entonces seguía esperando que apareciera por el

vestuario.

La sastra, una mujer de treinta y pocos años llamada Kenna, le colocó los hombros de la chaqueta de su esmoquin.

–Había olvidado lo bien que te sienta este esmoquin. Cuarenta y dos de largo, ¿verdad?

Adam asintió. Había trabajado con ella antes, en la producción épica de dioses romanos que lo había catapultado al estrellato.

–Es gracias a ti –le dijo con una sonrisa.

–Ojalá todos los actores tuvieran unos hombros tan anchos como los tuyos. Así los trajes y los esmóquines sientan mucho mejor.

Adam llevaría el esmoquin cuando su personaje, Maxwell Caldecott, se convirtiera en el chivo expiatorio de la actividad ilegal de su adinerado suegro y fuera arrestado. Pero el esmoquin le hizo pensar en algo más que esa escena clave; pensó en que se acercaba la temporada de los premios cinematográficos. En ese drama era una pieza clave, un personaje con grandes emociones que lo conduciría a una nominación y probablemente a un premio.

Guiñó un ojo.

–Seguro que eso se lo dices a todos los actores.

Otra sastra, una veinteañera llamada Rosie, le ató la pajarita.

–Solo a los que están como un tren.

–La verdad sale a la luz –bromeó él.

Las mujeres le sonrieron, y no fueron sonrisas de coqueteo, fueron sonrisas de verdad.

Adam agradeció su sentido del humor teniendo en cuenta que los últimos días debían de haber sido muy complicados para ellas. Ambas tenían ojeras, igual que Megan. Por cierto, ¿qué estaría haciendo ahora mismo?

–Date la vuelta –le dijo Rosie.

Y él lo hizo.

–Ahora los accesorios –Kenna miró el portapapeles–. Hemos cambiado algunas cosas para que no chocaran con los trajes de Lane. No le gusta mucho el oro.

Rosie miró dentro de un contenedor.

–¿Dónde está la nueva alianza de boda?

–Eva la tenía hace un momento.

Rosie envió un mensaje.

–La tendremos en un minuto. Una vez que tengamos la

aprobación de Eva para este conjunto, podrás irte.

Kenna asintió.

–Etiquetaremos las prendas y después será momento para un muy necesitado almuerzo.

Sus palabras le hicieron volver a pensar en Megan. Invitarla a almorzar la compensaría por cómo se había portado con ella en casa de Chas.

Y justo en ese momento, Megan entró en la zona de probadores con una pequeña caja en las manos. No lo miró, ¡qué profesional! Adam esbozó una sonrisa más amplia. Bueno, muy profesional si no fuera por su ropa. Se había quitado la chaqueta y llevaba la misma camiseta rosa y los vaqueros que había llevado el día de la playa. Su castaña melena salvaje y ondulada seguía recogida con una pinza en lo alto de la cabeza, pero los pendientes eran nuevos. Tenía las mejillas sonrojadas, como si hubiera estado haciendo ejercicio, aunque más bien había estado haciendo recados.

–¿Tienes el anillo de Maxwell? –le preguntó Kenna.

Megan asintió.

–Eva ha dicho que hay gemelos de sobra si los necesitáis.

Kenna miró el portapapeles.

–Vamos a usar los de plata con las incrustaciones de diamantes.

Adam se fijó en que Megan parecía más cómoda allí que en la casa de la playa y menos nerviosa que un momento antes en el coche. Y no solo lo notaba en su actitud, sino también en su postura y en su voz. De no ser por su vestuario, habría encajado perfectamente allí.

–Enséñale el anillo a Adam –le pidió Kenna.

Megan, calzada con unas deportivas de lona blancas, dio un paso al frente. Estaba un poco pálida, más cansada que cuando la había visto antes. No había duda de que tenía hambre.

–Nuestros caminos vuelven a cruzarse, Texas –dijo Adam.

Unas líneas atravesaron la frente de Rosie, que los miró a los dos.

–¿Os conocéis?

–Nos conocimos en casa de Chas hace unos días –explicó Adam.

En los rodajes los cotilleos corrían como la pólvora y por eso Adam miraba muy bien lo que decía. De todos modos, tampoco tenía nada con la chica en prácticas ni con ninguna otra mujer. Por

desgracia.

–Tuve que llevarle a Eva la cartera con los diseños –explicó Megan.

Rosie suspiró.

–El día que nuestras vidas terminaron.

Kenna asintió y Megan sacó de la cajita una alianza de platino y diamantes. La luz se reflejó en la hilera de diamantes haciendo que coloridos prismas danzaran por las paredes y el techo.

¡Vaya! Adam no se pondría un anillo así en la vida real, pero sí que podía ver que el personaje de Maxwell quisiera algo tan rimbombante.

–Es más chulo que el de oro amarillo que iba a llevar.

–Lane lo ha elegido –explicó Kenna–. Dice que ya que interpreta el papel de tu esposa, debería decidir qué clase de alianza ha de llevar Maxwell.

–Así que a Maxwell ahora le van las joyas llamativas –bromeó Adam.

–Le gustarán una vez que la lleve puesta –dijo Kenna–. Pónsela en el dedo anular izquierdo, Texas.

Megan abrió los ojos de par en par al oír el apodo y no pareció que le hiciera mucha gracia, pero no protestó. No podía. No, estando en prácticas. Adam sabía que no se atrevía a hacer algo así.

Ahora tenía algo más por lo que compensarla, así que la obligaría a pedir postre, un poco de chocolate. A la mayoría de las mujeres, incluso a las que hacían dieta de manera crónica, les encantaba el chocolate.

Megan sostuvo la alianza entre su dedo índice y el pulgar.

–La mano izquierda, por favor.

Su expresión seria, junto con su ligero acento texano, hizo que Adam contuviera una carcajada. Intentaba con todas sus fuerzas ser profesional cuando lo que de verdad parecía necesitar era un buen plato de comida, un gran abrazo y una cómoda almohada donde apoyar la cabeza. Le había ofrecido lo primero y no le importaría proporcionarle las otras dos cosas también.

Adam alargó el brazo y flexionó los dedos para ponérselo más fácil. No obstante, a Megan le tembló la mano levemente al acercarse con el anillo.

Su nerviosismo hizo que a él se le encogiera el corazón. ¡Qué

dulce! Seguro que era de un pueblo pequeño de Texas, lo llevaba escrito en su manera de vestir y en su actitud. Hollywood y Tragafuegos podían comérsela viva y esperaba que eso no llegara a pasar.

El frío metal del anillo rozó su dedo y provocó una pequeña sacudida. Seguro que era la electricidad estática de la moqueta.

Megan terminó de ponerle el anillo y, cuando su suave y cálida piel rozó la de Adam, se tensó y apretó los labios con fuerza. Adam quería volver a verla sonreír.

–¿Sabes cuántas mujeres querrían cambiarse por ti ahora mismo?

Esos preciosos ojos marrones lo cautivaron con su intensidad. Algo se encendió en ellos.

–Oh, no lo sé. ¿Una estrella de tu calibre? Supongo que millones.

Su tono animado hacía juego con la pícara sonrisa que acariciaba sus labios.

Objetivo conseguido. Le gustaba su sentido del humor y por eso sonrió.

–Esas por lo menos.

Rosie asintió.

–No, a menos que queramos enfrentarnos a la ira de Tragafuegos.

–¿No se nos permite ser fans?

–Oh, podemos ser fans. Aunque no una clase concreta de fans –explicó Kenna.

–Eso es un gran no-no –añadió Rosie.

Megan parecía verdaderamente confundida.

–No tengo ni idea de qué estás hablando.

Por lo que respectaba a Adam, no había reglas fijas sobre las relaciones en los sets de rodaje siempre que no interfirieran en la producción. Ya había tenido bastantes y su único requerimiento era que cuando terminaba el rodaje terminaba la aventura.

–¿Qué es un gran no-no?

–Los romances en los rodajes suceden todo el tiempo, pero Eva no nos permite tener nada con los actores protagonistas –dijo Kenna.

Adam se estremeció. Él era un actor protagonista.

–¿En serio?

Kenna asintió.

–Eva cree que todos los empleados deben mantener las distancias con los actores, pero no tiene ni voz ni voto en lo que hacen en realidad.

–No es nada personal, Adam –Kenna se puso el lápiz detrás de la oreja–. Pero algunos actores no dudarían en echar a algún empleado si no quieren que esa persona siga por aquí. Por eso Eva nos dice que nos mantengamos alejados de los protagonistas. No merece la pena que perdamos nuestros trabajos y para ella sería un fastidio tener que reemplazarnos.

Megan suspiró.

–Tiene sentido.

Tal vez para ella, pero no para él. A Adam le ofendía que los protagonistas tuvieran tan mala reputación entre los empleados. Posó la mirada en Megan, que no era su tipo y que probablemente tenía novio, esa persona que le había estado mandando mensajes.

Aunque, pensándolo mejor, ¿cuándo había dejado que pequeños detalles como ese lo detuvieran?

Jamás.

En la sala de vestuario, Megan colocaba las bufandas que no habían superado la prueba de vestuario de Lane e intentaba centrarse en la tarea que tenía entre manos, pero lo único en lo que podía pensar era en Adam.

¿Qué estaba haciendo? Su prueba de vestuario había terminado hacía veinte minutos, pero no le había escrito sobre lo del almuerzo. Pensar en él le aceleró el pulso. Qué guapo había estado con ese esmoquin. Un protagonista perfecto, sí señor. Aunque también le había recordado a…

Un novio.

Tragó saliva con dificultad.

Cuando se había acercado a él con el anillo, le había parecido un futuro esposo esperando a su novia en el altar. ¡Qué pensamiento tan tonto! No había duda de que era culpa de la falta de sueño y de la carencia de comida saludable.

Pero cuando le había puesto el anillo, había sentido una pequeña sacudida, como electricidad estática. Menos mal que el

anillo ya estaba en el dedo de Adam porque, de lo contrario, se le habría caído al suelo. Sin embargo, eso no había sucedido. Lo había sujetado y había hecho su trabajo. Fin de la historia. No había motivos para convertir ese hecho en algo que no era. Estaba cansada, nada más. No había ninguna razón especial por la que, durante un instante en el probador, se hubiera olvidado todo y de todo el mundo. De Kenna, de Rosie, e incluso de Rob.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo pudo olvidarse de su mejor amigo? ¿De su futuro novio y futuro marido? No había llegado a leer su mensaje después de llevar los zapatos con Adam.

Había estado distraída, eso era todo. En cuanto terminara con las bufandas, no solo le respondería sino que también le llamaría aunque solo fuera para dejarle un mensaje de voz.

Eso, siempre que Adam no le escribiera mientras tanto.

Agarró una bufanda verde lima y sus dedos acariciaron la suave tela. Cachemir. Sin embargo, ni siquiera palpar esa tela tan lujosa la hizo sentir mejor.

Acceder a almorzar con Adam había sido un gran error, sobre todo después de haber oído la advertencia de Kenna y Rosie sobre cómo Eva quería que se mantuvieran alejadas de los actores protagonistas. Sí, de acuerdo, almorzar con Adam no era una cita, simplemente estaba devolviéndole algo, enmendando un error, pero después de haber visto lo guapo que estaba con ese esmoquin y cómo no había podido dejar de pensar en él, pasar cualquier momento a su lado le parecía una muy mala idea. No podía permitirse estropear su trabajo en prácticas. Ni había espacio en su vida, ni en su corazón, para enamorarse de una estrella del cine.

Miró el reloj. Las dos en punto. Tal vez había cambiado de opinión. Ignoró la punzada de decepción. No juntarse con él sería lo mejor.

En ese momento se oyeron unas pisadas por el pasillo y Megan, impaciente, miró hacia la puerta. Una mujer bajita con el pelo rubio y de punta, ataviada con una minifalda negra y una blusa morada, pasó corriendo. Megan soltó el aire que había estado conteniendo. Tenía que centrarse en el trabajo.

–¿Lista para el almuerzo?

Las dos bufandas se le cayeron al suelo. Miró hacia atrás.

Adam estaba apoyado contra el marco de la puerta y, al verlo,

Megan se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Sus hombros parecían más anchos de lo normal, aunque ya no llevaba puesto el esmoquin, sino la misma camiseta y los mismos pantalones cortos de antes.

¡Vaya! Incluso con un atuendo deportivo seguía estando guapísimo. Se aclaró la garganta.

–Pensé que me mandarías un mensaje.

–He decidido venir.

–Tengo que guardar estas bufandas.

–No tengo prisa, Texas.

–Por favor, no me llames así.

Él sonrió.

–Es muy gracioso.

A ella se le aceleró el corazón.

–No es mi nombre.

–No, pero es fácil de recordar.

Ese era el problema. El nombre le recordaba a Larkville, el lugar que quería olvidar. Sí, por supuesto que quería a su familia, pero cada uno estaba tan sumido en sus propias vidas que no la necesitaban. Nunca la habían necesitado.

–Puede que tarde un poco. Ve a almorzar sin mí.

–No puedo imaginarme que te lleve tanto tiempo guardar siete bufandas.

¿Solo eran siete? Las contó rápidamente. Sí, siete.

–He estado pensando...

–Eso puede ser peligroso.

Sobre todo cuando se trataba de él. Se armó de valor y dijo:

–He pensado en lo que han dicho Kenna y Rosie durante la prueba.

–Lo de los protagonistas y los empleados.

Megan asintió.

–Puede que no sea buena idea que almorcemos.

–Te he invitado a comer, no a acostarte conmigo en mi rulot –le contestó con los ojos cargados de deseo–. Aunque si prefieres hacer una visita a...

A ella se le encendieron las mejillas mientras intentaba pensar en una respuesta inteligente, pero fue un fracaso. Lo único en lo que podía pensar era en su rulot y en lo que podría suceder ahí.

–Nada de rulot hoy –dijo Adam divertido–. Solo la cafetería y un almuerzo inocente.

Remarcó las dos últimas palabras, pero Megan dudaba que ese tipo conociera el significado de «inocente». Era retorcidamente encantador y en ella ni siquiera se fijaban los tipos corrientes, los que ni eran estrellas del cine ni rezumaban sex appeal. Sí, era cierto que tampoco hacía nada por atraer la atención masculina ya que el único hombre con el que se juntaba era Rob, que tampoco parecía darse cuenta de nada. Pero no podía entender por qué Adam estaba actuando de ese modo. Él podría tener a alguien mucho mejor que ella.

–Debes de estar hambrienta.

Empezó a encogerse de hombros, aunque terminó asintiendo. Se moría de hambre y, de hecho, le rugió el estómago.

Él se acercó, le agarró la mano y, al instante, una calidez se coló en los dedos de Megan y recorrió su brazo. Su piel era rugosa y áspera como la de su padre y sus hermanos, pero ese calor que estaba precipitándose por su brazo no era nada que hubiera conocido antes. Sintió la necesidad de salir corriendo en busca de la salida más cercana.

–Es solo un almuerzo, no es para tanto.

Tal vez no lo era para él, pero ella no estaba tan segura. Le gustaba que Adam le diera la mano, le gustaba mucho, y eso era un gran error. En muchos sentidos. Una extraña sensación de cosquilleo se posó en su estómago. Apartar la mano y darle una excusa cualquiera para no ir a almorzar sería lo más inteligente y eso era lo que debería hacer.

Él le apretó la mano con delicadeza.

–Venga, vamos.

Capítulo 4

¡Con que iba a hacer lo más inteligente!

Sentada frente a Adam en una mesa de la cafetería del estudio, los nervios amenazaban con jugarle una mala pasada. No debería haber aceptado la invitación, pero cuando él le apretó la mano, ella se había venido abajo como un castillo de naipes sobre un tambaleante balancín. La determinación y el sentido común se habían esfumado más deprisa que los buñuelos que servían en el Nan's Bunk'n'Grill.

Y todo por una cara bonita, una piel cálida y un cosquilleo. ¡Patético!

Aunque, por otro lado, esos cosquilleos no se parecían a nada que hubiera sentido en la vida.

El jaleo de las conversaciones de los demás clientes se elevaba sobre la música instrumental que salía de los altavoces. Con el tenedor removió los brotes, el gorgonzola, las peras y las nueces garrapiñadas. No sabía por qué había pedido una ensalada además del sándwich, las patatas fritas y el postre. El plato de Adam contenía un sándwich de carne asada y verduras hervidas.

–¿Qué te parece este lugar? –le preguntó él.

Mientras masticaba un bocado de brotes, observó la cafetería modernamente decorada. La gente llenaba las mesas, ya fuera porque estuviera almorzando tarde o tomando un tentempié de media tarde. El café y el agua parecían competir por ser la bebida preferida; no había duda de que las bebidas bajas en calorías atraían a las masas.

–No se parece a nada que tengamos en casa, donde las patatas fritas y las tortitas de patata grasientas son el plato fuerte. Aunque estas últimas no han de confundirse con la tostada texana –se le hizo un nudo en el estómago–. Estoy divagando, ¿verdad?

Adam se limpió la boca con una servilleta.

–No, me gusta oírte hablar.

Pues sería el primero… bueno, además de Rob y su padre.

–Gracias, pero estar en un estudio de cine me parece un poco surrealista –bajó la voz–. Reconozco a algunas personas. A actores que he visto en la televisión y en películas.

Adam le sonrió.

–Te acostumbrarás.

–No sé yo –apartó el plato de ensalada y se acercó el del sándwich y patatas fritas–. No dejo de querer pellizcarme para saber si realmente estoy aquí, en Hollywood, o si estoy soñando. Aunque no siempre son sueños buenos. A veces siento que estoy sentada en una silla cubierta de chinchetas puestas boca arriba.

–¡Ay! Tienes que relajarte.

–No creo que sea posible –al menos no cuando estaba con él. Adam Noble tenía algo que hacía que todas sus terminaciones nerviosas estuvieran alerta y sus sentidos acelerados. Jugueteó con la servilleta que tenía sobre el regazo y la partió en dos. Sí que tenía que calmarse–. ¿Ha sido hoy un típico día de pruebas?

–Bastante típico. Algo más apresurado por el hecho de que Lane se una al reparto tan tarde, pero los cambios de última hora no son nada nuevo –dio un trago de agua–. ¿Te ha gustado la prueba de vestuario?

Ella se inclinó hacia delante totalmente emocionada.

–¡Ha sido alucinante!

–Qué adjetivo más potente.

Megan se encogió de hombros y se echó atrás.

–No lo entenderías.

–Prueba a ver.

Rob apoyaba su interés por la moda, pero no tenía el más mínimo interés en hablar de ello. Adam sí que parecía interesarse por lo que le contaba, aunque también era probable que solo estuviera siendo amable.

–¿En serio?

–Sí.

Lo cierto era que estaba deseando poder hablar con alguien sobre su trabajo, así que si Adam estaba dispuesto a escuchar, ella estaba más que dispuesta a soltarlo todo.

–Bueno, hasta la prueba de hoy me he pasado todo el tiempo conduciendo por Los Ángeles y haciendo las tareas que nadie quiere hacer.

–Así es la vida de un ayudante en prácticas.

–Supongo que es lo que tengo que hacer –admitió–, pero durante la prueba de hoy por fin he visto lo que es trabajar en vestuario. Y además me han dejado ayudar.

Él soltó el tenedor.

–Eso sí que es alucinante.

Ella asintió.

–Me ha abierto los ojos y me ha enseñado todo lo que tengo que aprender.

–¿Qué quieres decir?

–En la facultad vestí a los personajes de las obras de teatro y creía que tenía buen ojo para la moda, pero hoy cuando las sastras han estado señalando las cosas que había que arreglar o cambiar me he dado cuenta de lo mucho que no sé.

–Se fijan en detalles minúsculos.

–Lo sé. He aprendido mucho oyendo a Lane hablando sobre lo que debía llevar Calliope.

–A algunos actores les gusta implicarse en el proceso de vestuario.

–A Lane sin duda le gusta. ¿Y a ti?

–Sí, normalmente tengo muy claro cómo deberían vestir mis personajes. Piensa en tu armario. Mucha de tu ropa tendrá alguna historia detrás y el armario de un personaje no es diferente.

¡Vaya! Megan no tenía ni idea de que un chico pudiera ver así la moda. Al menos, no un chico heterosexual. Estaba impresionada.

–No pensé que fuera un trabajo de tanta colaboración, creía que era la diseñadora la que lo decidía todo.

Alguien saludó a Adam y él devolvió el saludo.

–Es un trabajo entre actor y diseñador. Los cámaras también pueden intervenir si hay algún problema con la iluminación y los colores.

–¿Lo del esmoquin fue sugerencia tuya?

–La escena pedía algo formal y Eva y yo estuvimos de acuerdo. Ella suele tener la última palabra, pero se le da muy bien hacer creer al actor que somos nosotros los que controlamos ese proceso. Imagino que hoy has podido verlo.

–Sí, pero no creo que Lane se haya dado cuenta de lo que estaba haciendo Eva.

–Seguro que no –Adam saludó a alguien más. Parecía que conocía a todo el mundo–. Lo que sí he de decir sobre Eva es que entiende a los actores tan bien como entiende de ropa.

–Es una mujer muy meticulosa. Estoy deseando ver el resultado en la película.

–A veces los directores enseñan escenas los viernes porque eso ayuda a levantar la moral del equipo. Damon suele hacer muchas cosas de ese tipo.

Megan mojó una patata en ketchup.

–No puedo creer que el rodaje empiece en un par de días.

–No hay por qué ponerse nervioso.

–¿Qué te hace pensar que estoy nerviosa?

–Yo lo estaba la primera vez y también estoy un poco nervioso con este rodaje. Tengo muchas esperanzas puestas en la película.

–De acuerdo, sí que estoy nerviosa, aunque seguro que me pasaré todo el tiempo haciendo recados y no podré ver nada del rodaje.

–Puede que te necesiten para muchos de los extras y secundarios.

–Eso espero. Necesito experiencia si quiero un trabajo fijo cuando termine mis prácticas.

–Quieres quedarte en Los Ángeles.

–Sí –no tenía pensado volver a Larkville hasta octubre para la celebración en honor a su padre durante el Festival del Otoño, e incluso entonces solo se quedaría allí un fin de semana–. Es el mejor lugar para llenar mi currículum.

–Tu familia...

–Mi hermana Jess, su hijo de cinco años, Brady, y mi hermano Holt siguen viviendo en Larkville. Mi otro hermano, Nate, está en el Ejército. Pero a mí no me va lo del rancho y el ganado. No encajo allí. Tengo otros intereses y allí me siento asfixiada creativamente. Hasta mi forma de vestir hace que la gente se sienta incómoda.

–¿Vaqueros, camiseta y deportivas hacen que la gente se sienta incómoda?

–Estoy hablando de... eh... antes de que empezara a vestir así. Bueno, el caso es que la gente cree que soy... diferente.

–No tiene nada malo ser diferente.

Eso era lo que Rob siempre le decía, aunque para él era muy

fácil decirlo porque todo el mundo lo aceptaba y lo admiraba.

–Es verdad, pero cuando eres un Calhoun y vives en Larkville la gente espera algo de ti, sobre todo a la hora de vestir.

–Pues eso tiene que ser muy duro –dijo Adam mirándola fijamente.

Sí que lo era, aunque no tenía sentido ahondar en cosas que no se podían cambiar.

–Es una de las razones por las que no volví después de graduarme. Si todo sale como lo he planeado, pasaré aquí un tiempo.

–Tienes planes.

¡Grandes planes! Asintió.

–¿Eres una planificadora?

–Sí –respondió alzando la barbilla.

–No estoy juzgándote –le contestó él divertido–. Solo te hacía una pregunta.

–Lo siento, en ciertos temas me pongo muy a la defensiva.

–A la gente de allí tampoco les gustaban tus planes.

«Nunca conseguirás nada si quieres dedicarte al diseño de vestuario. Olvídate de trabajar en la industria del cine. Nunca lo lograrás y tampoco podrás vivir de ello. Y yo no pienso darte dinero para mantenerte mientras persigues un sueño ridículo».

Las palabras de su difunta madre resonaron en su cabeza.

–No, pero eso no me ha detenido.

–La perseverancia es la clave del éxito.

–He oído que lo importante es tener contactos.

–Eso es una parte, sí, pero si te rindes te da igual a quién conozcas. ¿Qué tal está funcionando tu plan por ahora?

–Es demasiado pronto para saberlo.

–Eres cauta. Me gusta.

–He aprendido que creerte demasiado que puedes triunfar puede llevarte a una gran decepción.

–Me parece que eso esconde una historia.

–Intenté escaparme de casa, lo tenía todo planeado, pero no conté con una cosa.

–El sentido común entró en escena –bromeó él.

–Tenía catorce años.

–Eso lo explica todo. Bueno, ¿y qué fue eso con lo que no

contaste?

–Mi mejor amigo, Rob. Le hablé de mis planes y me dijo que vendría conmigo, que no me dejaría ir sola.

–Parece que es un buen tipo.

–Es un tipo genial y también el nieto de la alcaldesa. Llegamos hasta la estación de autobús y después apareció el jefe de policía.

–Qué aguafiestas.

Solo ahora podía reírse de las caras de espanto de su familia. Su madre estaba horrorizada de que su hija hubiera convertido en un adolescente rebelde a un jovencito tan recto como Rob.

–Me castigaron y mis padres me quitaron la máquina de coser. Me quedé hundida, pero ahora se me da mucho mejor hacer planes.

Él sonrió.

–Y también sabes a quién contárselos.

–Exactamente –respondió Megan devolviéndole la sonrisa.

–Recuerda, no se puede planear todo. Algunos de los mejores momentos de la vida suceden sin más.

–Para algunas personas, sí, pero yo no soy mucho de espontaneidad y sorpresas. Me gusta saber lo que va a pasar.

–Pero no saber lo que te espera a la vuelta de la esquina es parte de la diversión.

–Yo me divierto de todos modos.

–Eso espero –le guiñó un ojo–. Mucho trabajo y nada de jugar convierte a Megan...

–Y a Adam... –añadió ella.

–En una chica sosa.

–En un chico soso –dijo ella al mismo tiempo.

Se sonrieron y algo pareció suceder entre los dos, como si una cuerda invisible los hubiera conectado. Un intenso calor llenó su estómago. ¿Qué estaba pasando? Sí, vale, era guapísimo y simpático y... había llegado el momento de calmarse. Dio un trago de limonada.

–Aunque no puedo imaginarme que hayas sido nunca un chico soso.

–Yo prefiero la emoción y la adrenalina antes que el aburrimiento.

–Por eso haces surf.

–Y snowboard, caída libre, puenting y salto base.

–Aficionado a los deportes extremos.

–Me declaro culpable.

–Tu familia debe de estar muy preocupada por ti.

Los ojos verdes de Adam se oscurecieron al mirar el vaso de agua.

–Solo estamos mi madre y yo. Ella no se preocupa mucho, al menos no por lo que yo hago.

–¿Ves mucho a tu madre?

–No. Vive en Beverly Hills, pero se mantiene muy ocupada. Le encanta viajar y ahora está de crucero.

–Debe de estar muy orgullosa de ti.

–A mi madre le gusta tener por hijo a una estrella del cine –ahora su voz estaba teñida de cierta amargura–. Sin duda es mejor que tener dos trabajos y tener que mudarse a un nuevo apartamento cada seis meses.

–Eso debió de ser muy duro para los dos.

–Uno aprende a hacer amigos muy rápido.

–Pues esa es una habilidad muy importante –y que precisamente ella no poseía. Hacer amigos era tan difícil para Megan como encajar en un sitio. Su padre solía decir que era una chica de ciudad atrapada en un pueblo vaquero y eso siempre había enfurecido a su madre. Pero Megan agradecía que su padre hubiera entendido su anhelo de huir, aunque por el momento tenía que admitir que no había encajado en Hollywood tan fácilmente como había pensado–. Yo he vivido en la misma casa toda mi vida, menos los cuatros años que estuve en la facultad y ahora.

–A tus padres debe de gustarles mucho Larkville porque, si no, se habrían mudado.

Todo su interior se retorció ante la realidad de su nuevo mundo.

–Mis padres están... muertos –decirlo en voz alta resultaba extraño. La hacía sentirse mal–. Aún me estoy acostumbrando a la idea de que mi padre se haya ido. Murió en octubre de neumonía, y mi madre murió de un infarto al corazón hace tres años.

Adam alargó la mano sobre la mesa y cubrió la mano de Megan con la suya.

–Lo siento mucho.

Su piel era cálida, aunque algo áspera. Un calor recorrió su brazo y prefirió centrarse en su rostro.

–Mi padre me decía que nunca se nos da nada que no podamos soportar, y no dejo de recordármelo.

Y si quería llevar bien su trabajo en prácticas, lo mejor que podía hacer era apartar la mano inmediatamente. Y así lo hizo. Pero también, inmediatamente, empezó a echar en falta la calidez de Adam. Sin embargo, era mejor así. Más seguro.

–¿Estás unida a tus hermanos? –le preguntó Adam.

–No, pero nunca lo hemos estado. Holt tiene treinta años, Nate veintiocho y Jess veintiséis. Yo ahora tengo veintidós y para ellos siempre he sido más un plomazo que otra cosa.

Se comió otra patata frita.

Era como si eso explicara por qué ninguno de ellos había ido a su graduación hacía unas semanas. Jess había estado demasiado ocupada con su recién estrenado esposo, Holt estaba ocupándose de un amigo enfermo terminal y Nate ni siquiera la había llamado para decirle si iría o no. Megan no tenía ni idea de dónde podía estar, no sabía si su hermano, que era soldado, estaba vivo o muerto. De no ser por Rob y su familia, ese día se habría visto sola. Sin su mejor amigo, no le quedaba nadie.

–Mi padre fue el que mantuvo a la familia unida tras la muerte de mi madre y ahora que ya no está, todo es… distinto –por mucho que tuviera tres hermanos y dos medio hermanos, se sentía sola, una huérfana en todo el sentido de la palabra–. ¿Pero qué voy a hacerle?

–Mudarte a Los Ángeles y formar una nueva vida.

Agradecía que Adam la entendiera, ¡qué fácil era hablar con él!

–Mi padre sabía que el rancho no era mi lugar, quería que persiguiera mis sueños y es una de las razones por las que quiero triunfar, para demostrarle que no se equivocaba conmigo.

Y que su madre sí que se equivocó.

Tres mujeres pasaron junto a la mesa contoneando las caderas y sacudiendo sus melenas, pero por mucho que parecían supermodelos, Adam no desvió la mirada hacia ellas ni un segundo. Al contrario, siguió centrado únicamente en ella y la hizo sentir muy especial.

–Yo te apoyo.

–Gracias. Tengo la sensación de que voy a necesitar toda la ayuda posible.

Mientras comían y charlaban sobre sus equipos de béisbol y sus destinos vacacionales favoritos, se dio cuenta de que Adam no había mencionado a su padre.

–Has dicho que solo estáis tu madre y tú. Tu padre…

–Era un capullo –la interrumpió–. Se marchó cuando yo era muy pequeño y no he sabido nada de él desde entonces. Pero no quiero hablar de eso.

–¿Y de qué quieres hablar?

Adam apartó el plato. No quedaba ni gota de su sándwich de carne asada.

–De ti –respondió recostándose en la silla.

El modo en que la miró hizo que le subiera la temperatura.

–Si solo hemos estado hablando de mí.

–Quiero saber más.

–No hay mucho más que contar. Por si no te has dado cuenta, soy muy aburrida.

Él sonrió y a ella se le aceleró el pulso.

–Es imposible que una mujer que pide para comer una ensalada, patatas fritas, un sándwich y una porción de tarta de chocolate pueda ser aburrida.

–Invitas tú y estaba hambrienta. Me encanta comer.

–A mí también.

Ya tenían algo en común. Y, además, no tenían padre. Seguro que encontraba más cosas que compartieran. ¿Pero qué estaba haciendo? Y entonces lo supo…

Adam Noble podía parecer un surfista descerebrado con un ego del tamaño de Texas, pero no lo era. Se sentía atraída por él y no solo por su físico, sino también por cómo la escuchaba y le hablaba. No era lo mismo con Rob; era casi… mejor. No, mejor no. Era distinto. Aunque…

Enamorarse de él sería un desastre de proporciones épicas y tendría que recordárselo una y otra vez hasta que se le quedara grabado. Ni en su vida ni en su corazón había sitio para alguien como Adam Noble.

Mientras la acompañaba al departamento de vestuario, Adam no podía recordar la última vez que había disfrutado tanto de un

almuerzo. No por la comida, sino por la compañía. Megan Calhoun tenía algo que le hacía sonreír, estar con ella le hacía sentirse bien. Últimamente había tenido la sensación de que en su vida faltaba algo, no podía explicar qué, pero solo sabía que estando con Megan no había sentido esa carencia.

La miró. Le gustaba que le gustara la comida de verdad y que no pareciera preocuparse por las calorías. Si estuviera buscando novia… ¡Vaya! Una novia era lo último que necesitaba. Una aventura durante un rodaje era todo a lo que podía comprometerse. ¿Estaría interesada en una relación sin ataduras una chica de un pueblo pequeño? Probablemente no, por desgracia.

Megan no dejaba de mirar a todas partes, parecía una esponja absorbiendo todos los detalles que la rodeaban. ¡Qué mona era! Adam no podía creer que se considerara una mujer aburrida. Alguien aburrido jamás habría aceptado un trabajo en prácticas tan lejos de casa. Por mucho que lo negara, Megan quería verse arrastrada por una aventura, por algo emocionante, y después de todo por lo que había pasado, sin duda se lo merecía.

Veía su ceño fruncido, pero quería que se relajara, no que estuviera tensa a su lado.

–¿Estás bien?

–Muy llena después de un almuerzo tan grande, pero por lo demás, estoy perfecta. Allá donde miro veo algo nuevo. Este estudio es todo un mundo en sí mismo.

Esa mirada de asombro atraía mucho a Adam.

–Cuando estás en un rodaje es como si estuvieras viviendo en una burbuja. El set se convierte en toda tu vida.

–Supongo que hay lugares peores.

–Mucho peores –respondió recordando los lugares donde había vivido de niño.

–Es casi como si pudieras sentirlo.

–¿Sentir qué?

–La magia de la película.

El asombro y la emoción de la voz de Megan envolvieron como un abrazo el corazón de Adam.

–Parte de esa magia se perderá cuando veas lo que pasa en un rodaje. No parece tan real con todas las luces, las cámaras y el equipo que tienes a tu alrededor.

–Tal vez, pero estoy segura de que cuando lo vea en la pantalla, sentiré lo mismo.
–Te gusta el cine.
–Me encanta. No hay nada mejor para mí que perderme un par de horas en este mundo.
–Pues tienes que ir al Teatro Chino de Mann. Es el lugar perfecto para un aficionado al cine.
–Está en mi lista de las cosas que quiero ver.
–Es una forma de no perderse nada. Yo tengo un agente, un mánager y un asistente que siempre están elaborando listas.
–Así que tienes un séquito de planificadores, ¿eh?
¡Qué sonrisa tan bonita tenía Megan!
–En esta ciudad los séquitos son importantes. Los míos no me pierden de vista.
–Seguro que es un trabajo a tiempo completo –bromeó ella.
–No creas todo lo que lees. Al menos la mitad de lo que se publica es una mentira o una exageración.
–¿Solo la mitad?
Él sonrió.
–Tres cuartas partes.
–Cuanto más jugoso, mejor.
–Los titulares escandalosos venden más, pero lo que escriben no es real. No he llevado vida de monje, aunque tampoco soy un perro en celo.
–Eres más simpático de lo que imaginaba.
–Gracias... creo.
–Es un cumplido.
–Puedo ser simpático, pero también soy muy ligón. Ya sabes cómo somos los tíos. Siempre tenemos que intentarlo.
Megan dejó de caminar.
–¿Siempre?
–Bastante.
–Hipotéticamente, si un chico no lo intenta...
–Entonces es porque ya tiene novia o...
–¿O?
–¿Hipotéticamente?
–No exactamente. A lo mejor puedes ayudarme a entender esto.
–Suena como que te han desterrado a territorio de amiga.

–«Desterrado» es la palabra correcta. Podría pasearme desnuda delante de él y ni se inmutaría.

Pero Adam sí que se fijaría. Lo que dijo Megan le hizo preguntarse qué clase de amigo sería ese tipo del que estaba hablando.

–¿Te has paseado desnuda delante de él?

Ella dio un paso atrás horrorizada por la pregunta.

–¡Por supuesto que no!

Bien. Adam no quería que nadie se aprovechara de ella.

–Tengo que ser sincero contigo. La mayoría de los chicos tontearían con sus amigas a la más mínima oportunidad.

Ella dejó caer los hombros y resopló.

–No es lo que querías oír –le dijo Adam sin gustarle verla tan hundida.

–No.

–Hay otras dos posibilidades. Tal vez ese tipo es superconservador y religioso.

–Va a la iglesia solo en funerales y bodas.

–Entonces es gay.

–Rob no es gay.

–Así que ese tipo hipotético tiene nombre. El mismo nombre que tu mejor amigo.

–Sí, y hazme caso, a Rob le gustan las chicas. Las mujeres. Ha salido con varias, aunque no conmigo –suspiró–. Olvida lo que he dicho.

–No puedo olvidarlo ahora que lo has mencionado.

–Eres actor, finge.

–Puedo hacerlo por ti, o...

–No estoy segura de querer oír más. ¿Por qué no nos despedimos aquí? Puedo encontrar el camino.

Pero él no estaba dispuesto a dejarla escapar tan fácilmente.

–Un caballero siempre acompaña a casa a su pareja.

–No soy tu pareja.

–Pensé que ibas a decir que no soy un caballero.

Ella esbozó una sonrisa.

–Se me ha pasado por la cabeza decirlo.

Bien. Volvía a bromear.

–Megan Calhoun, eres única.

–Y ahora dirás que tengo una gran personalidad.

–No te conozco lo suficiente como para decir eso –por mucho que ya lo pensara–, pero te diré que si tu mejor amigo te ha apartado a la zona de amigas, estás mejor sin él porque es un completo idiota.

–Rob es inteligente. Es ingeniero.

Adam deseó que no se lanzara tanto a defender a ese tipo. Se merecía algo mejor que estar esperando a que un tonto que vivía en otro estado espabilara. En Los Ángeles tenía un montón de hombres entre los que elegir.

–Aquí no se aplica esa clase de inteligencia. Búscate a otro, alguien que te valore, que te mime, que te bese hasta perder el sentido.

Ella separó los labios. Si se hubiera tratado de otra mujer, lo habría interpretado como una invitación para besarla, pero con Megan no podía estar seguro.

–¿Y dónde voy a encontrar a un tipo así?

–Podrías tenerlo delante de tus narices, pero si sigues esperando a salir de la zona de amigas con Rob, puede que lo pierdas.

Capítulo 5

El domingo por la tarde, Adam volvió a los estudios. Era el último lugar donde quería estar, pero quería ir a ver si su rulot estaba en orden. Echó un vistazo a sus cosas favoritas para relajarse entre toma y toma: pesas, una barra para dominadas y vídeo juegos.

–Muy bien, gracias.

Verónica Tully, su eficiente asistente personal, consultó su tablet.

–Te han invitado a dos fiestas esta noche, además de a un evento especial en el Wilshire. Si vas a aparecer, no hay problema, pero si no vas, enviaré tus disculpas.

Si tenía que estar en el estudio el martes por la mañana a primera hora, lo mejor sería aprovechar esa noche, pero la idea de juntarse con el grupo de gente habitual no lo atraía mucho. Debía de estar pegándosele algo de su personaje, Maxwell Caldecott, un hombre al que no le iban las fiestas, y que era muy trabajador, idealista, con el sueño de formar una familia, y que solo acudía a eventos formales, de esos que requerían esmoquin y pajarita. Lo que fuera para demostrarle a su esposa de la alta sociedad que la amaba más que a la vida. Qué pena que ella fuera a terminar haciendo que la Bruja Malvada pareciera el Ratoncito Pérez.

–¿Alguna razón especial por la que debería asistir?

–No.

–Pues envía mis disculpas –apuntó sin vacilar.

–Te reservaré una mesa para cenar. A las siete y media.

Adam no quería que le organizaran ningún plan.

–Gracias, pero ya pensaré yo algo que hacer. Tómate el resto del día y mañana libres. El martes esto empezará a ser una locura.

–Gracias, jefe –fue hacia la puerta y miró atrás–. Si me necesitas...

–Solo tengo que enviarte un mensaje.

Y lo mismo podía hacer con Megan. Cuando se quedó solo, sacó su móvil y escribió:

«¿Trabajas hoy?»

No sabía por qué no podía dejar de pensar en ella. No, sí que lo sabía. Era distinta, divertida, y ahora probablemente estaría haciendo turismo con la lista de los lugares que quería visitar.

Sonó un pitido y miró el teléfono. Era la respuesta de Megan.

«Sí, pero casi he terminado».

«¿Haciendo algún recado o en el estudio?».

«En el estudio».

Él sonrió. Si estaban tan cerca, podrían hablar en lugar de escribirse.

«Mucho trabajar y nada de jugar...».

«Jajaja».

Una carcajada no era la respuesta que Adam quería. Quería que le dijera que estaba dispuesta a divertirse un poco.

«Cuando termines, deja que te enseñe algunos lugares».

No obtuvo respuesta y por eso añadió:

«Llevo toda la vida viviendo aquí. Me gusta hacer de guía turístico».

Al cabo de un rato, recibió un mensaje.

«Estoy demasiado cansada. No me apetecen ni tráfico ni multitudes».

Adam sabía que debía de estar cansada, pero no le gustaba la idea de que se quedara sola. Quería ayudarla y esa noche era el momento perfecto.

«Lo entiendo, pero conozco el lugar perfecto. Es muy relajante. No estaremos mucho tiempo».

Mientras esperaba una respuesta, se sintió impaciente; era todo un desafío para él ya que pocas mujeres le hacían esperar. La mayoría se tiraba a sus pies, y eso era algo que lo incomodaba ya que era lo que su madre había hecho con cada hombre que le había gustado. No podía imaginarse a Megan haciendo lo mismo.

Pasaron minutos y la imaginó elaborando una lista con los pros y los contras de quedar con él. Oyó un pitido y miró la pantalla.

«Claro».

–¡Sí! –exclamó alzando el puño.

«¿Dónde quieres que quedemos?»

Recogerla sería lo más sencillo, pero eso haría que pareciera una cita.

«En el aparcamiento del Observatorio Griffith. A las cinco».

«De acuerdo. Hasta luego».

Estaba deseando verla y quería aprovechar esa noche porque sabía que una vez empezara el rodaje no habría tiempo.

El sol caía sobre el horizonte y llenaba el cielo con satinados tonos rosados y amarillos. Megan estaba sentada sobre una manta en el césped del Observatorio Griffith. Adam estaba a su lado y por mucho que llevara unos vaqueros, una camiseta roja de manga larga con un logo de surfista y una gorra de los L.A. Dodgers, seguía sin parecer un tipo corriente. Sin embargo, nadie de los que pasaron por su lado lo reconoció.

La fragancia de la hierba llenaba el aire y se entremezclaba con los aromas de la deliciosa cena que había llevado Adam. Había sido una buena idea dar el paseo antes de comer porque Megan no creía que hubiera podido hacerlo después de tomar pollo frito, maíz, patatas dulces fritas y las mejores galletas de mantequilla que había probado en su vida.

Contempló la vista que tenía de Los Ángeles con el icónico cartel de Hollywood.

–Siempre pensé que todo aquí era ostentoso y ruidoso. Me alegra ver que me equivocaba.

–Esto es un oasis en la ciudad. Mi madre y yo solíamos venir mucho cuando era pequeño.

–Gracias por proponer que viniéramos aquí. Gracias por el parque, las vistas y la comida.

–Y la compañía.

–Sí, eso también –le dijo ella sonriendo.

Y qué romántico era todo, aunque mejor no andar por ese terreno. Eran amigos. Solo amigos.

Con la diferencia de que estar con Adam no era igual que salir con sus amigos. No se sentía tan cómoda como con Rob, se sentía más nerviosa, más inquieta. No sabía qué pasaría después, pero por raro que pareciera, ahora mismo eso no le importaba.

Se estiró hacia atrás apoyada sobre las palmas y su mano rozó la de Adam. Al instante, un cosquilleo y una intensa calidez surgieron de ese contacto. Se puso derecha.

–Lo siento.
–No te preocupes.
Pero estaba preocupada. No podía controlar las reacciones de su cuerpo estando junto a él y eso no era nada bueno.
Adam sacó una caja de cartón blanco de su cesta de picnic y abrió la tapa.
–Espero que hayas dejado hueco para el postre.
Megan miró dentro y vio dos grandes magdalenas de chocolate con una esponjosa cobertura blanca. Tomó una; centrarse en el postre era mejor que pensar en Adam.
–Por muy llena que esté, siempre tengo hueco para una magdalena.
La mirada de Adam se llenó de risas.
–¿Qué?
–No suelo toparme con mujeres que disfruten de la comida como lo haces tú.
Megan se sintió algo incómoda; quería encajar, encontrar su sitio, pero no estaba dispuesta a morirse de hambre para lograrlo, ¡y menos cuando se trataba de magdalenas!
–Es una relación amor-odio. A la mayoría de las mujeres les encanta comer, pero odian las calorías.
–Pues tú no pareces preocuparte por las calorías.
–No. Con tal de estar sana y saludable, ¿por qué no comer?
–Completamente de acuerdo –contestó Adam alzando su magdalena.
Ella le dio un mordisco a la suya y la cobertura de vainilla, tan cremosa y dulce, le llenó la boca. Qué rica. La masa era ligera y con sabor a chocolate. Perfecta, como Adam.
No, no era perfecto. Bueno, sí, físicamente sí, eso tenía que admitirlo, pero no por lo demás. Aunque no fuera el engreído que había creído en un principio, era un temerario y eso era lo último que ella necesitaba. Se quedó mirando su magdalena.
–Parece que estés a millones de kilómetros.
Ella se giró y la intensidad de los ojos verdes de Adam hizo que se quedara sin aliento.
–Ya estoy aquí –dio otro mordisco–. Has dicho que venías aquí con tu madre.
–No teníamos mucho dinero cuando era pequeño y este era el

único lugar que podíamos permitirnos. A menos que quieras entrar al planetario, la entrada es gratuita.

–Es una ganga para las vistas tan maravillosas que tiene.

–Pues espera a ver el cielo a través del telescopio. Yo solía...

–¿Qué? –le preguntó ella impaciente por oír lo que tenía que decir.

–Soñar con ser astronauta.

–Querías montar en un cohete espacial.

–No, no quería ser piloto, quería ser científico.

Megan lo imaginó con una bata blanca de laboratorio y, de todos modos, lo encontró guapo.

–Pues habrías sido el científico más sexy de la historia. Todas las investigadoras querrían haber trabajado en tus proyectos.

Adam sonrió.

–Gracias.

–Pero para serte sincera, creo que estarías mejor todavía con un traje espacial.

–Ya me he puesto uno cuando hice de astronauta en una película y lo mejor de todo fue experimentar la gravedad cero en un vuelo parabólico. ¡Qué pasada! Te habría encantado.

–Imagino que será divertido si no acabas golpeándote con algo mientras estás flotando por ahí.

–Todo está muy controlado. Es muy seguro –afirmó él.

–Interpretar a un astronauta es mucho más seguro que lanzarte al espacio de verdad en un cohete.

–No tiene nada de malo vivir un poco de peligro.

–Eso lo dice el surfista que se sube a las olas más grandes.

–Y que las monta con éxito.

–Pues yo prefiero quedarme en tierra.

–Puedes hacer escalada.

–No es lo mío. No me gustan mucho las alturas.

–Así que nada de paracaidismo ni de salto base.

–No. Me gusta tener los pies bien plantados en el suelo. Soy adicta a la respiración, no a la adrenalina.

–Vamos, no irás a decirme que no te gustan nada los riesgos.

–Es verdad.

–Entonces no estarías aquí.

–¿Te refieres a estar aquí contigo?

–No soy peligroso.

Sí, sí que lo era.

–Pero no, me refería a tu trabajo. Has dejado a tu familia y amigos para mudarte a Los Ángeles. Eso no es exactamente seguir el camino más seguro.

Mudarse a otra ciudad no la mataría ni podría dañarla tanto como los riesgos a los que él se exponía… O, al menos, eso esperaba…

–En Larkville no hay oportunidad de trabajo para diseño de vestuario. Llevan años usando los mismos trajes para las obras de Navidad de la iglesia.

–¿Y qué pasa con otras ciudades como Austin? Son muy conocidos en los círculos cinematográficos.

Había hablado del tema con Rob.

–Si quieres trabajar en la industria del cine, no hay nada como Hollywood. Aquí hay muchas más oportunidades.

–Eso es verdad. Es un gran lugar para reunir experiencia.

Tal vez por eso Rob la había animado a aceptar el trabajo en prácticas, porque una vez que obtuviera experiencia, podría mudarse a Austin.

–Pero mudarme por un trabajo no es lo mismo que arriesgarme a partirme el cuello practicando un deporte extremo.

–Puede que no, aunque podría cambiarte la vida.

Ella bostezó.

–El tiempo lo dirá.

–Estás cansada.

–Ha sido una semana muy larga.

–Pues vamos a relajarnos y a ver la puesta de sol antes de entrar al observatorio.

–Me parece un buen plan.

Él estiró las piernas y se colocó detrás de ella.

–Échate hacia atrás, así estarás más cómoda.

–Yo… eh…

Adam coló las manos bajo sus brazos y la echó hacia atrás haciendo que su espalda quedara apoyada en su pecho.

–Relájate. Estás demasiado tensa –añadió mientras acariciaba sus hombros.

La recorrieron infinidad de cosquilleos. Si Adam decidía dejar el

cine, haría una fortuna trabajando como masajista.

–Así mejor.

Ese hombre tenía unas manos mágicas. La tensión de los hombros se desvaneció bajo sus dedos, pero su caricia hizo que un intenso calor le recorriera las venas. No, no. No podía permitirse cometer un error.

–Mucho mejor, gracias. Ya puedes parar.

–En un minuto.

Un minuto, ¿eh? Eso podría soportarlo. Empezó a contar los segundos. Uno… dos… tres…

Estaba dormida. Por fin, todo su cuerpo se había relajado.

Con el brazo izquierdo alrededor de ella, Adam sintió una extraña sensación de satisfacción. Nunca antes había llevado allí a una chica, así que llevar a Megan era algo especial.

Inhaló el aroma de su cabello, afrutado y dulce, y la observó. Llevaba un carmín rosado muy natural y una serena sonrisa se dibujaba en sus carnosos labios. ¿Estaría soñando? ¿Con él?

Había aceptado a salir con él y no había protestado cuando le había dado el masaje en los hombros. Por otro lado, se había mostrado muy natural y no había intentado seducirlo ni flirtear con él. Estaba siendo ella misma y estaba permitiéndole ser él mismo. Eso no solía ocurrir, pero era algo que le gustaba mucho. Además, estaba seguro de que por muy planificadora que fuera, podría sacarle su vena aventurera. Le gustaría ver su rostro iluminado con pura alegría, oírle soltar unas buenas carcajadas. Ojalá le permitiera…

Le apartó una onda de pelo de la cara y su pálida piel contrastó con su rizado cabello castaño. Era como una Bella Durmiente o una Blancanieves moderna. Lo único que necesitaba era un beso.

¡Mala idea! Cada vez que se tocaban, Megan se ponía muy nerviosa, y eso podía ser una indicación de que se sentía atraída hacia él a pesar de estar intentando verlo como un amigo porque tenía los ojos puestos en otro tipo. Por muy tentado que estuviera a besarla, sabía que no debía hacerlo, ya que aunque era encantador, no era ningún príncipe. Más bien era el leñador y el corazón de Megan no estaba a salvo junto a él. No era su tipo de chica, aunque

cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba. Un beso llevaría a algo más y eso podía conducirlos a un lugar equivocado. Lo último que quería era hacerle daño a Megan. Solo con oírla hablar sobre Rob, sobre sus planes, sabía que no era una mujer de relaciones esporádicas, así que besarla quedaba descartado. Por mucho que quisiera...

Ella se giró y su mejilla quedó apoyada contra su pecho haciendo que una llama se prendiera dentro de Adam. Tenía que calmarse, no quería que tanta excitación se reflejara en sus vaqueros, eso sería muy difícil de explicar si Megan se despertaba.

Decidió pensar en la escena en la que había estado trabajando ese día; se le había olvidado una frase y ahora estaba repitiéndola una y otra vez. Con ello al menos logró que su temperatura no se disparara y, así, siguió repitiendo la frase sin cesar.

En ese momento, Megan se despertó.

–La Bella Durmiente ha despertado –dijo él sonriéndole.

Ella se sonrojó y se levantó precipitadamente.

–Me he quedado dormida.

Adam echaba de menos sentir su suavidad y su calidez contra él.

–Estabas cansada.

–Lo siento.

–No te disculpes. Siento haberte despertado. Estaba practicando el guión.

Y estaba haciéndolo para evitar excitarse demasiado, lo cual era algo que Megan no tenía por qué saber.

–¿Necesitas ayuda?

Sí, le encantaría que lo ayudara, pero no con el guión, precisamente.

–En otro momento.

–Dime cuándo, es lo mínimo que puedo hacer por haber sido mi cama mientras me echaba la siesta.

Ojalá pudieran estar juntos en la misma cama...

–De nada. Cuando quieras.

–Cuando Eva no esté delante.

–Aunque Eva nos hubiera visto, ¿qué iba a decir? No estamos desnudos y enroscados entre las sábanas.

Esas imágenes estaban pasándosele por la mente desde que ella había mencionado la palabra «cama».

–No, tienes razón. No es así. Y me alegro, porque de lo contrario habría perdido mis prácticas.

–Es verdad.

Adiós a la magia del cine, Megan había podido saborear la magia de verdad esa noche con Adam. Ahora se encontraba a su lado en el aparcamiento y se sentía descansada y satisfecha.

Sobre ella, las estrellas titilaban, las mismas estrellas que los dos habían contemplado desde el observatorio.

–Creo que eso ha sido una estrella fugaz.

–Estrella fugaz, satélite... No hay mucha diferencia.

–No se le puede pedir un deseo a un satélite.

–Se le puede pedir un deseo a lo que quieras –dijo él tan alto, tan moreno, tan guapo.

–No, no se puede. Necesitas una moneda y una fuente o un pozo de los deseos. Velas de cumpleaños o...

–No sabía que había un libro de reglas sobre los deseos.

–No puedes inventarte tus propias reglas para los deseos.

–Para tu información, he pedido muchos deseos aquí arriba. Y sí, vale, eran estrellas, pero ninguna era fugaz.

Se preguntó qué habría pedido Adam. Tenía un gran físico, dinero, fama y una magnífica carrera, no le faltaba nada.

–¿Y se te ha hecho realidad alguno?

–Sí, así que no hay nada que pueda evitar que ahora tú pidas un deseo.

–Solo si tú pides otro.

–Yo siempre estoy dispuesto a pedir deseos. Cierra los ojos.

–Has dado a entender que no hay reglas escritas sobre los deseos.

–No es momento de ser lógicos –le dijo acariciándole la nariz–. Ciérralos.

Ella lo hizo.

–¿Tú los has cerrado?

–Sí. Ahora, pide un deseo.

«Desearía poder pasar más tiempo con Adam».

Un momento... esas palabras habían salido como de la nada. Abrió los ojos. Si quería impresionar a Eva, pasar más tiempo con

Adam sería lo menos inteligente. Debería haber pedido un trabajo fijo como diseñadora de vestuario, o que Rob la viera como algo más que una amiga, o encontrar su lugar en el mundo, o... Pero no, había pedido un deseo estúpido, había pedido algo que no quería ni necesitaba y que implicaba a alguien que no formaba parte de su vida y que nunca lo haría.

–¿Lo has pedido? –preguntó Adam abriendo los ojos.

–Sí... –respondió ella furiosa consigo misma aunque... bueno... a ella ningún deseo se le había hecho nunca realidad, así que ese tampoco lo haría–. ¿Y tú?

–He pedido uno muy bueno.

Parecía contento y se vio tentada a preguntarle cuál era, pero entonces pensó que él querría saber el suyo y prefirió quedarse callada porque ese deseo no se lo confesaría a nadie.

Era el momento perfecto para despedirse, necesitaba dormir y aclararse las ideas.

–Debería irme. Gracias por esta noche.

–No tiene por qué terminar.

A Megan se le aceleró el pulso. No quería que la noche terminara, estar con Adam la hacía sentirse especial, como si durante ese par de horas el universo hubiera girado a su alrededor. Sabía que él trataba así a todo el mundo, pero no le importaba. Su padre también la había hecho sentirse única y especial y desde que se había ido, ella se había preguntado si volvería a sentir lo mismo otra vez.

–Hay muchas cosas que se pueden ver por la noche.

¿Como, por ejemplo, su rulot? El pulso se le aceleró todavía más. Había llegado el momento de calmarse. No tenía sentido dejarse llevar por una noche muy agradable, Adam había admitido ser un ligón y ella debía dar la noche por terminada.

–Mañana tengo que levantarme pronto –dijo con una voz carente de emoción. Tenía que mostrarse más entusiasta, había ido a Hollywood para forjarse una carrera, no para enamorarse de un actor que tenía millones de mujeres babeando por él. Forzó una sonrisa–. Hay mucho que preparar para el martes.

–La ética del trabajo duro. Me gusta.

–Es algo que mi padre nos inculcó.

–Pues es un rasgo admirable.

El cumplido de Adam estuvo carente de emoción; estaba claro que aunque había intentado flirtear con ella, no era lo suficientemente atractiva como para que él siguiera insistiendo y se tomara demasiadas molestias en conseguirla. Parecía que a Adam le parecía bien ser simplemente amigos. ¡Qué decepción! Sí, era una tontería sentirse así, porque no podían ser más que amigos ni por sus prácticas ni por Rob. No podía olvidarse de Rob. Sin embargo, pasar ese rato con Adam le había formado una idea muy clara de lo que era sentirse una princesa cuando normalmente se sentía como una de las hermanastras feas, no como Cenicienta.

–Gracias de nuevo.

Él le dio un gran abrazo.

–Gracias por esta noche.

Su masculino aroma especiado la llenó y cuando su mejilla rozó su pecho, pudo oír su corazón latir. Le devolvió el abrazo intentando empaparse de su calidez. ¡Ojalá ese momento pudiera durar un poco más!

Adam la soltó y la miró fijamente y, aunque Megan no tenía mucha experiencia en lo que concernía a los hombres, pudo reconocer claramente el deseo que brillaba en su mirada.

Parecía que quería besarla. Y ella también quería besarlo a él.

Sus bocas estaban muy cerca y ella separó los labios como ofreciéndole una invitación. «Bésame». Un deseo. Una súplica.

Pero Adam se apartó ligeramente.

–Conduce con cuidado.

A ella se le cayó el alma a los pies. Estaba despidiéndose en lugar de intentar besarla.

–Tú también –respondió aclarándose la voz.

–Hasta el martes.

No, si Megan podía evitarlo. Nunca había reaccionado de ese modo ante un amigo, ni siquiera ante Rob, así que cuanto menos viera a Adam, mejor. La hacía sentirse como si hubiera perdido el control. Ella no era una fan obsesionada y desesperada por pasar una noche con él. Era una profesional y, si quería un trabajo fijo, tenía que estar centrada y no pensar en Adam Noble.

Ni ahora, ni nunca.

Capítulo 6

A Adam le encantaban los rodajes. Meterse en un papel y perderse en un personaje era algo solo superado por la subida de adrenalina tras lograr algo difícil y peligroso. Pero la vida en el rodaje era como pasar de un acuario a una pecera; su mundo se hacía más pequeño y más visible.

Era el pequeño precio que tenía que pagar por hacer lo que le encantaba hacer.

Aparcó cerca del estudio en su plaza reservada. Le gustaba llegar pronto para darse tiempo para relajarse y prepararse. Siempre empezaba el día con una taza de café de la mesa del catering, que estaba llena de tentempiés y bebidas entre comida y comida.

Uno de los empleados de electricidad le saludó y él le devolvió el saludo.

Pasar entre doce y catorce horas con el mismo grupo de personas le daba la oportunidad de llegar a conocer bien al equipo y al elenco, pero a pesar de llevar en ese rodaje solo una semana, ya sabía que sería diferente por dos mujeres: Megan Calhoun y Lane Gregory.

Una era tan dulce como una magdalena y aunque apenas la había visto desde que había comenzado el rodaje, no había dejado de pensar en ella ni de soñar con ella desde el domingo anterior.

Sí, había pensado en sexo y en qué aspecto tendría desnuda, pero también había imaginado su preciosa sonrisa y sus cautivadores ojos. Sin embargo, ahora no tenía para pensar en ello, tenía que centrarse en los sentimientos de Maxwell por su esposa, Calliope, la única mujer que ahora mismo podía ocupar sus pensamientos.

Luego estaba su compañera, Lane Gregory. Era de lo mejor de Hollywood, pero lo perseguía de un modo incansable, con atenciones, regalos e indirectas. Adam se había acostumbrado a esconderse en su rulot siempre que podía a pesar de que era algo que no solía hacer en los rodajes ya que prefería estar donde estaba

la acción.

–Llegas tarde –dijo Lou, empleado del catering Craft Services–. Creía que te habías dormido.

–¿Y perderme la primera cafetera? De eso nada –saludó al hombre estrechándole la mano–. ¿Qué tal el partido de fútbol de tu hija?

Lou sonrió.

–Ganaron seis a dos.

–Excelente. Podría tener una beca de deportes en el futuro.

–Eso espero –le dijo entregándole una taza humeante y una magdalena con una deliciosa cobertura de mantequilla–. Aquí tienes.

–Gracias.

Cuando Adam se giró, captó un perfume en el aire. Y no cualquier perfume, sino el perfume de Lane.

¡Maldita sea! Ella nunca madrugaba, así que debía de haber descubierto su rutina matutina. Tal vez pudiera esquivarla. El departamento de vestuario estaba cerca, podía colarse y ver si Megan estaba allí. No le importaría saludarla. Aunque, pensándolo mejor, tal vez no debía hacerlo. Su mente decía una cosa, su corazón decía otra, y ese era el único lugar donde no había permitido entrar a ninguna mujer. Era más seguro no hacerlo.

–Así que es verdad que eres un madrugador –dijo la voz de Lane Gregory–. He pesando que si llegaba pronto, podíamos ensayar en mi rulot.

Debería haber ido a ver a Megan.

–Tengo cosas que hacer.

Lane era preciosa, eso lo admitía. Su larga melena rubia, su piel de porcelana y sus ojos azules eran la envidia de muchas mujeres, mientras que su curvilínea figura atraía a los hombres.

–Se me ocurren algunas cosas que podríamos hacer juntos.

¡Jamás!

–Dudo que a tu prometido le hiciera gracia –dijo señalando el anillo de diamantes que llevaba en la mano izquierda.

Dio un sorbo de café; tenía que estar alerta para controlar los flirteos de Lane.

–Dudo que fuera a importarle si nuestros ensayos hicieran que nuestra química en pantalla fuera más fuerte todavía.

Él dio un paso atrás para mantener la distancia entre los dos y pensó en Rhys Rogers. Su carrera se había ido al garete por «ensayar» con Lane y por la respuesta nada comprensiva de Hugh Wilstead.

–Lane, preciosa, ingeniosa Lane. Mírate. Mírame. Lo único que tenemos que hacer es mirarnos y de la pantalla saldrán chispas por tanta química que tenemos.

–¿Por qué no ensayamos hasta que estalle la pasión?

–Acabaríamos con una película solo apta para adultos.

–No me importaría.

Pero a Adam sí. Quería que esa película fuera lo mejor posible, pero no por eso estaba dispuesto a sobrepasar cualquier límite.

–No es nada personal, pero no salgo con mujeres casadas ni comprometidas.

–Qué honrado y que noble, pero las reglas están para romperlas.

–Algunas, sí, pero esta no.

–Ya lo veremos –le contestó guiñándole un ojo antes de alejarse sacudiendo las caderas seductoramente.

No quería tener nada con Lane, era una mujer artificial, todo lo contrario a Megan, tan natural y sincera.

Megan. Ahí estaba en la puerta del departamento con una chaqueta verde, unos vaqueros y calzado de loneta distintos a las deportivas que solía llevar. Sus salvajes rizos seguían recogidos en lo alto de la cabeza y no pudo evitar preguntarse si alguna vez lo llevaba suelto.

Tenía el teléfono apoyado contra la oreja y esbozaba una gran sonrisa. Pensó en quién estaría haciéndola sonreír así, tal vez ese idiota de Rob.

Pero era el momento de volver a la rulot. Tenía que repasar su guión y no pensar en una mujer que quería a otro tipo.

Cuando se marchó, Megan seguía al teléfono, aunque ya no estaba sonriendo, más bien parecía preocupada. Sin embargo, lo que le pasara no era asunto suyo. Tenía que salir de ahí, aunque sus pies no se movieron. Ver la expresión de Megan lo inquietó. No quería que nadie la hiciera sentirse mal con lo dulce y agradable que era. Tal vez no era asunto suyo, pero no quería dejarla sola si se encontraba mal, así que ocupó una mesa desde donde podía verla con más claridad mientras se comía la magdalena.

Megan estaba en la puerta del departamento de vestuario feliz de estar hablando con Rob. Hacía más de una semana que no hablaban y él no le había enviado demasiados mensajes.

–Me alegro mucho de hablar contigo, Megan.

–Esto es una locura. Jamás he trabajado tanto.

–¿Has conocido a alguien?

–Oh, he conocido a mucha gente –los mencionó a todos, incluso a Adam, a pesar de que en los últimos días solo lo había visto pasar por allí.

–Es genial, estás haciendo amigos, pero quería saber si has salido con alguno.

Ella no estaba muy segura de qué decir.

–¿Te refieres a tener una cita con alguien?

–Sí.

–No, pero he estado ocupada.

–¡Qué pena! –dijo Rob.

Qué raro, parecía decepcionado.

–¿Y tú? ¿Has conocido a alguien?

–La verdad es que sí.

Ella se quedó sin aire en los pulmones y casi se le cayó el teléfono al suelo.

–¿En serio? Quiero decir... es genial –intentó mostrarse contenta–. ¿Quién es?

–Alguien que conoces, o conocías. Pru Bradford.

–¿Prissy Prudence de quinto curso? ¿La chica de los vestidos de volantes y zapatos caros?

–Sí –respondió Rob–. Aún lleva vestidos, pero ahora es mucho más guapa. Trabaja en una galería de arte y le encanta cocinar y deberías ver las cosas que cose. Tiene mucho talento.

A Megan se le cayó el alma a los pies.

–No parece que sea tu tipo. Nunca has tenido interés por el arte ni por la costura.

–Pru me ha hecho un par de camisas geniales.

–Yo he diseñado vestidos geniales.

Oh, eso había sonado desesperado.

–¿Para quién?

–Para mí.

–No tenía ni idea.

Y eso era porque lo había mantenido en secreto pensando que no le gustarían a nadie y porque prefería evitar críticas.

–La cena de los ganaderos o la recaudación para la biblioteca no son eventos que requieran llevar alta costura.

Pero había mucho más detrás. La gente nunca había hecho el esfuerzo de comprenderla ni había apreciado sus ideas y su creatividad. Al igual que su madre, todos habían pretendido domarla como si hubiera sido un potro salvaje.

–Es verdad, pero he de admitir que cuesta imaginarte arreglada, maquillada y bien peinada.

Rob la veía como a Cenicienta antes de que la ayudara el hada madrina, no como a una princesa con la que se quería casar el príncipe.

–Puede que hayamos crecido juntos, pero hay cosas que no sabes de mí.

–Ya sé lo que podrías hacer. Búscate un novio para poder arreglarte para él y así puedes ponerte tus vestidos.

Megan se estremeció. ¿Quería que se buscara un novio?

–No puedo sacarme un novio de la manga.

–¿Has pensado en citas online?

Sí, claro, y con su suerte, seguro que acabaría saliendo con un psicópata o un asesino.

–No es mi estilo.

–Hay un chico esperándote en alguna parte, Megan. Lo sé.

«Sí, tú». Pensó en lo que le había dicho Adam sobre encontrar un chico que la valorara de verdad y que la besara hasta perder el sentido y suspiró.

–Podría tenerlo justo delante de mis narices.

–Ese es la actitud. Quiero que seas tan feliz como yo. No hay nada mejor que empezar de nuevo en una nueva ciudad, con un empleo nuevo, un apartamento nuevo y una novia nueva.

Se le revolvió el estómago. Menos mal que aún no había desayunado.

–Las cosas van muy deprisa. Parece que vais en... serio.

–Creo que Pru podría ser la mujer de mi vida.

Rob nunca había hablado de una mujer de ese mo-do.

–Mantenme informada.

–Lo haré. Tengo pensado llevar a Pru al Festival del Otoño. No ha vuelto a Larkville desde que su familia se mudó.

Estaban en mayo y Rob ya estaba haciendo planes para octubre.

–Cuantos más, mejor.

–A Pru le encanta el cine. A lo mejor podríamos ir a visitarte a Los Ángeles.

La idea de verlos de la mano y besándose le produjo náuseas.

–Mi estudio es muy pequeño, estaríamos muy apretados.

–No nos importa. A Pru le encantaría ver a estrellas del cine. Adam Noble es su favorito.

–Adam es el protagonista de la película en la que estoy trabajando. Es un tipo muy simpático.

–¿Conoces a Adam Noble? –Rob parecía impresionado y eso la sorprendió.

–Nos conocemos.

–¡Guau! Qué pasada.

Oír tanta emoción en su voz le hizo mirar el teléfono con incredulidad. ¿Quién era esa persona con la que estaba hablando y qué le había hecho a su amigo?

–Tengo una gran idea. El cumpleaños de Pru se acerca. ¿Podrías conseguirme un autógrafo de Adam para ella?

¿En serio estaba pidiéndole eso?

–No lo sé. ¿Cuándo es su cumpleaños?

–En julio. Significaría mucho para mí.

Para entonces podrían haber roto… o haberse comprometido.

–Yo… eh… veré qué puedo hacer.

–Siempre puedo contar contigo. Amigos para siempre.

Hasta que otra mujer le clavara las uñas en el corazón y apartara a Rob de su lado.

–Tengo que colgar –dijo nerviosa.

–Me alegro de haber hablado contigo. Casi me alegro de que Pru estuviera tan ocupada para haber tenido tiempo para llamarte.

¿Casi? Megan apretó los dientes. Para Rob ella siempre había sido la gran estrella y ahora no era más que una secundaria.

–Ya me conoces. Siempre estoy ahí para mi mejor amigo.

–No olvides el autógrafo, sería alucinante que fuera dedicado a Pru.

–Alucinante –como Adam le había dicho, ese era un adjetivo muy potente.

Estaba furiosa. Todos sus planes de futuro con Rob se habían esfumado. ¿Planes o fantasías?

–Avísame cuando tengas el autógrafo.

Megan cortó. Hablar con Rob había acabado con todas sus energías.

–Buenos días.

Se sobresaltó al ver a Adam. ¿Qué hacía ahí tan temprano?

–Toma –dijo él dándole una taza de café–. ¿Qué pasa? Parece que acabes de perder a tu mejor amigo.

–Y creo que así ha sido.

–¿Rob?

–Cree que ha encontrado a la mujer de su vida.

–Eso ha debido dolerte.

–Más bien estoy furiosa.

–Pues mejor eso que estar triste –le respondió él con una sonrisa.

Asintiendo, ella dio un sorbo de café. Era solo y fuerte y casi se atragantó.

–No sabía que bebieras fango –dijo Megan.

–Cuanto más fuerte, mejor. Sobre todo los viernes.

–Yo llevo arrastrándome desde el miércoles.

–Te acostumbrarás.

–Tengo la sensación de que voy a tener que acostumbrarme a muchas cosas.

–Esto debe de haber estropeado tus planes. ¿Puedo ayudarte en algo?

–La verdad es que sí. No sé si esto va contra las normas, pero ¿te importaría firmarme un autógrafo para la novia de Rob, Prudence? Quiero decir, Pru. Será su regalo de cumpleaños. Eres su actor favorito.

–¿Te ha pedido que hagas eso por él?

Megan asintió dándose cuenta de lo estúpida que debía de parecer.

–¿Sabe Rob lo que sientes por él?

–Más o menos. Le he soltado indirectas e insinuaciones.

–¿Insinuaciones? ¿Y sigues pensando que ese tipo es listo?

–A menos que esté fingiendo no enterarse.

–Tienes que alejarte de Rob.

–Está en Texas.

–No importa dónde esté. Te irá mucho mejor sin alguien como él.

–Tal vez.

–¿Y cómo ha sabido que nos conocemos?

–Le he hablado de ti.

Adam esbozó una sonrisa que hizo que a ella se le acelerara el pulso.

–¿Y qué le has dicho? ¿Que en persona soy más alto y más guapo? ¿O que soy una almohada muy cómoda?

Megan se sonrojó.

–Le he dicho que eras el protagonista de la peli en la que estoy trabajando.

–Lo de que soy más guapo y lo de la almohada lo habría puesto celoso.

–Rob no se pone celoso. De hecho, quiere que conozca a alguien.

–Pues me has conocido a mí.

–Me refiero a un chico.

–¿Te parezco una chica? –le preguntó adoptando pose de supermacho.

–No, pero Rob se refería a un chico con el que salir.

–Así que ahora resulta que yo no soy un chico con quien tener una cita.

–Ya sabes lo que quiero decir.

–¿Qué? Hemos salido y podríamos volver a hacerlo.

–No, no podemos.

–Porque soy el protagonista.

Ella asintió.

–Estoy esperando que Eva me dé la charla en cualquier momento, pero por ahora me he librado.

Seguro que Eva daba por hecho que ninguna estrella del cine podría interesarse en una chica en prácticas que había venido de un pueblecito de Texas.

–Si no estuviera prohibido, ¿saldrías conmigo, tendrías una cita de verdad en un restaurante? –quiso saber Adam.

Megan pensó en lo romántico que había sido todo en el observatorio, en lo cerca que habían estado sus labios y en cómo la

había hecho sentirse como una princesa. Sí, sin duda lo haría.

–Como está prohibido, es una cuestión polémica –respondió sinceramente y temblando por dentro.

–Me parece bien.

Pero no, nada estaba bien. Adam Noble era peligroso y debía apartarse de él.

–Gracias por el café. Tengo que irme.

Al entrar apresuradamente en el departamento de vestuario ignoró las ganas de mirar atrás y ver si Adam estaba mirándola. Tenía que ser realista y no fantasear y acabar con otra decepción. No tenía un hada madrina preparada para agitar su varita mágica y sacar lo mejor de ella. El final feliz de los cuentos nunca les sucedían a chicas como ella por mucho que deseara que así fuera.

Capítulo 7

El viernes por la noche Megan declinó una invitación de salir a tomar algo con el equipo. No quería ser poco sociable, pero estaba agotada y lo único que quería era meterse en la cama.

El sábado lo pasó durmiendo hasta tarde, haciendo la colada y echándose la siesta. No recibió llamadas ni mensajes. El domingo estuvo muy inquieta y sin dejar de pensar qué estaría haciendo Adam. Sin duda, tenía que ir a que le examinaran la cabeza o, mejor aún, encontrar algo que hacer para dejar de pensar en él.

Se dejó caer en el sillón y encendió la tele pensando que le vendría bien ver una película, una comedia a ser posible. Fue cambiando de canal y en uno de ellos apareció Adam como el dios Neptuno subido a una ola. Suspiró. ¡Qué guapo! Pero, ¿qué demonios estaba haciendo? Estaba babeando por ese tipo. Apagó el televisor.

Enamorarse de él era una pérdida total de tiempo, era la última persona con la que debería salir.

Se había pasado toda su vida en las sombras y nadie, excepto Rob y su padre, le habían prestado atención o le habían hecho sentirse importante. Quería importarle a alguien, no quedar eclipsada por una persona con un increíble carisma y una carrera brillante. Además, cualquier mujer que salía con Adam acababa siendo examinada por el ojo público, así que no, gracias, ya había vivido eso en Larkville.

Sabía lo que la haría olvidarse de Adam un rato y por eso sacó su bloc de dibujo y unos lápices. Había llegado el momento de diseñar un vestido merecedor de la tela vintage que había comprado.

Cuando alguien llamó a la puerta, se sobresaltó y miró el reloj. El tiempo había volado sin que se diera cuenta. Se levantó y fue a abrir pensando que sería la señora Hamilton, su vecina, pero no. Era Adam. Y allí estaba, con sus pantalones cortos, su camiseta y sus chanclas, que lucía tan bien como si fueran prendas de alta

costura. Llevaba el pelo despeinado, perilla y tenía unas gafas de sol en una mano y un sobre en la otra.

Megan, aferrada al pomo de la puerta, intentó hablar, pero se le trababa la lengua. Él la saludó con una encantadora sonrisa que se extendió a sus claros ojos verdes.

–Hola.

–Hola –respondió ella con dificultad–. ¿Qué haces aquí?

–Tengo la foto firmada.

–¿Y cómo has descubierto dónde vivo?

–Mi asistente, Verónica.

Lo cual no explicaba cómo había conseguido la dirección su asistente. ¿Contactos, tal vez?

–¿Te importa si paso? No he visto a ningún paparazzi siguiéndome, pero nunca se sabe.

Megan dio un paso atrás.

–Pasa.

En cuanto entró, con sus anchos hombros y su más de metro ochenta hizo que el estudio pareciera diez veces más pequeño. Su masculino aroma la envolvió.

–Es muy bonito.

No era más que una habitación con una pequeña cocina, una diminuta zona de comedor en una esquina, dos armarios y un baño, pero el estudio tenía mucha personalidad con sus altos techos, sus grandes ventanales, sus molduras de corona y sus suelos de madera.

–Para lo que necesito está bien. Está en una zona segura y es razonablemente asequible.

–Aquí tienes –le dijo Adam entregándole el sobre.

–Gracias, pero no deberías haberte tomado tantas molestias. Mañana estaré en el rodaje.

–Hoy no tenía mucho que hacer de todos modos.

–Pues te lo agradezco.

–El viernes por la noche no fuiste al bar.

Megan no se había imaginado que una gran estrella como él saliera con el equipo de rodaje.

–Estaba cansada.

–¿No te pasó nada más?

–¿Qué quieres decir?

–Rob.

–No, no he estado hundida y compadeciéndome de mí misma, si es lo que preguntas. Estaba cansada y lo único que quería era llegar a casa y meterme en la cama.

–Me parece el lugar perfecto donde pasar un viernes por la noche.

–Y lo fue. Dormí. Sola.

–Pareces muy descansada ahora.

–Lo estoy.

–Se te echó de menos en el bar.

–Eres muy amable, pero seguro que Kenna y Rosie estaban demasiado ocupadas ligando como para percatarse de que yo no estaba.

–No me refería a ellas. Yo sí te eché de menos.

–Oh –eso sí que no se lo había esperado.

–Te envié un mensaje, pero no respondiste.

–Silencié el teléfono al meterme en la cama y no he vuelto a activarle el sonido.

–Me alegra ver que estás bien.

–Así que lo del autógrafo solo ha sido una excusa para venir.

–Quería asegurarme de que estabas bien.

Megan no sabía si debía enfadarse o alegrarse.

–No soy una desequilibrada que se autolesionaría.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

–Recuerdo lo mal que lo pasaba mi madre cuando las cosas no funcionaban con el tipo que le gustaba. Se quedaba en la cama días y lloraba sin parar. Si no fuera porque yo le llevaba la comida, no habría comido.

–¿Y quién cuidaba de ti mientras tanto? –preguntó con comprensión.

–Yo cuidaba de mí.

–¿Y cuántos años tenías?

–Todo empezó cuando tenía cuatro años y sigue haciéndolo, pero ahora tiene empleados de hogar que se ocupan de ella cuando le pasa.

Megan le acarició el brazo y los músculos de Adam se tensaron bajo sus dedos.

–Adam...

–No es nada, de verdad –dijo apartándole la mano.

Pero sus palabras no encajaban con la emoción que estaba oscureciendo el color de sus ojos. No obstante, no quería entrometerse en algo de lo que él no quería hablar.

–Bueno, pues te alegrará saber que no he derramado ni una lágrima en todo el fin de semana.

Lo cual era muy extraño porque en los últimos años había llorado por Rob y con menos razones. ¿Por qué no había llorado esa vez?

–No tienes los ojos hinchados ni rojos.

Ella sonrió con petulancia.

–Pero estás en pijama.

Un calor recorrió el cuello de Megan hasta llegar a sus mejillas. Además de estar en pijama y descalza, no se había puesto sujetador. ¡Ups! Se cruzó de brazos y se colocó delante el sobre a modo de escudo.

La mirada de Adam titilaba con picardía.

–Que no te dé vergüenza, estás monísima en pijama.

Monísima. Ese era un adjetivo que los chicos empleaban con sus amigas. Con las mujeres con las que querían salir empleaban adjetivos como «sexy». No era capaz de atraer a Adam ni siquiera sin sujetador.

–No pasa nada. Hay mujeres que salen a la calle con mucho menos.

Recordó a las chicas en biquini que habían estado esperándolo en la playa y decidió que aunque a Adam no le gustara su cuerpo, ella no se sentiría avergonzada. Y así, descruzó los brazos.

–Mira la foto y asegúrate de que es lo que quieres.

–Querrás decir lo que Rob quiere.

Abrió el sobre y sacó una brillante fotografía de su próximo estreno, *Navy SEALs*.

Pru:

¡Feliz cumpleaños! Gracias por ser una gran fan.

Te agradezco todo tu apoyo.

Con cariño,

Adam

–Gracias. Esto hará muy feliz a Rob.

–Yo quiero que tú seas feliz.

Nerviosa, metió la foto en el sobre y lo dejó encima de la mesa.

–Soy feliz.

–Entonces, ¿te has olvidado de Rob?

–Está con Prudence, no hay mucho que yo pueda hacer al respecto.

–Podrías decirle lo que sientes.

Megan había perdido a su padre y no podía arriesgarse a perder también a Rob, así que lo más seguro para ella era seguir soñando.

–No puedo.

–¿Aunque eso implique que Prudence te lo quite?

–No lo sé.

–Puede que quieras pensar en ello –Adam dejó las gafas sobre la mesa donde Megan había estado dibujando y levantó el bloc–. ¿Qué es esto?

–Nada.

–Pues a mí me parece que es algo. ¿Has dibujado esto?

–Solo estaba jugando un poco.

–Tienes mucho talento.

Claro, cómo no, ¿qué iba a decirle? ¿Que era pésima?

–Gracias.

–He estado en suficientes desfiles como para reconocer el talento cuando lo veo. ¿Lo has diseñado para ti?

–Puede que vaya a trabajar en vaqueros, pero eso no significa que los lleve todo el tiempo.

–También llevas pijama.

–Debería cambiarme.

–No lo hagas por mí.

–Ya te marchas, entonces –dijo algo decepcionada.

–No, a menos que quieras que me vaya.

–No –respondió sin pensar–. A menos que tengas que irte.

–Preferiría quedarme, pero soy un tipo corriente, no hace falta que te cambies por mí. Un pijama es el atuendo perfecto para un domingo por la tarde. Seguro que hoy tenías planeado pasar una tarde tranquila.

Megan no se lo podía creer. ¡Le había pedido a Adam que se quedara!

–Eh... sí, dibujar un poco, pedir una pizza y ver una película o

dos.

–La pizza y las películas son dos de mis cosas favoritas.

–De acuerdo, pero te divertirías más haciendo surf o saltando sobre un edificio.

–Esto será muy divertido –se sentó en la silla y cruzó los pies–. Mientras estoy rodando no puedo practicar mis actividades habituales porque no puedo poner en peligro la producción.

–Pues yo, como trabajadora en prácticas, te doy las gracias por ello.

–De nada.

Silencio. Megan no sabía qué decir ni qué hacer. Tumbarse en una cama de cuchillos la haría sentirse más cómoda de lo que estaba ahora. No sabía cómo manejar la situación.

–¿Y qué clase de peli quieres ver? –le preguntó Adam–. ¿Una comedia romántica?

–Una comedia y punto –algo romántico no sería lo más inteligente dadas las circunstancias. Aunque, de todos modos, no había nada de inteligente en el hecho de estar con Adam. Es más, podía meterse en grandes problemas si alguien descubría que estaba en su casa, así que tendría que tener mucho cuidado y no dejarse llevar demasiado por la emoción–. Tú eliges la peli y yo pido la pizza.

Adam había querido pasar una tarde de domingo relajada, pero estar con Megan era todo lo opuesto a eso. ¡Nada de películas, era ella a quien quería mirar!

Justo en ese momento, Megan cambió de postura en la cama y él pudo apreciar la suave piel de marfil de su cuello. Le subió la temperatura al instante.

–Es una película muy divertida –dijo ella.

–Sí –quería volver a mirarla y no solo por sus bonitos pechos o sus expresivos ojos, sino por cómo su melena ondulada caía sobre su espalda. Se sentía muy atraído por ella y eso no podía ser bueno. Estaban desperdiciando una estupenda cama, pero no le importaba. No, cuando veía que tenía que controlarse tanto física como emocionalmente.

Megan se rio con algo de la película y ese sonido fue como el

abrazo de un amante.

Pero, ¿qué le estaba pasando? Él no solía actuar así con las mujeres, nunca bajaba la guardia ni se dejaba llevar por las emociones. No podía creerse que le hubiera hablado de su madre ya que ni siquiera su agente estaba al corriente. ¡Mal, mal, mal!

Tenía motivos para tener aventuras y no relaciones; había aprendido por las malas que el amor solo hacía daño y que no duraba. Por esa razón Megan tenía que ser solo una amiga. Y sí, quería acostarse con ella, pero tal vez podrían ser amigos con derecho a roce. Eso la haría olvidarse de Rob, aunque... ¿sería lo mejor para ella? El hecho de estar pensando en sus sentimientos era suficiente para saber que debía empezar a alejarse de esa chica. Por mucho que le gustara correr riesgos, no era un estúpido. No, no merecía la pena correr riesgos.

El lunes Megan no podía creerse cómo había cambiado el ambiente en el rodaje, que ahora estallaba de tensión. Unos retrasos no previstos habían hecho estragos en la agenda de grabación. Los ánimos estaban alterados, había gritos y los extras estaban por ahí sentados sin tener nada que hacer.

Un descanso inesperado le dio a Megan tiempo para devolverle a Adam sus gafas, que había olvidado en su casa. Habría sido mejor habérselas dado en público, pero no lo había visto por el set de rodaje, así que lo tenía todo planeado: se las devolvería, le daría las gracias por haberle hecho compañía y se despediría. Mantener las distancias era lo más inteligente.

Esa misma mañana Eva había lanzado una advertencia general sobre no acercarse a los protagonistas, así que era positivo que Adam solo quisiera que fueran amigos. ¿Qué clase de chico se pasaba toda una tarde sentado en una cama y viendo películas sin intentar nada? No alguien que se sintiera atraído por ella, eso seguro.

La puerta de la rulot estaba entreabierta y Megan oyó la voz de Adam ensayando el guión.

Esperó en la puerta y cuando dejó de hablar, llamó.

–¡Ahora no! –bramó.

–Tengo tus gafas.

–¡Pues quédatelas!

Intentó no tomárselo como algo personal, pero no iba a quedarse con sus gafas, no quería nada que la vinculara a él, por muy poco que fuera.

–Te las dejaré dentro.

–¡Haz lo que quieras!

Al abrir un poco más la puerta, vio a Adam de perfil. Su rostro expresaba tensión mientras miraba el guión que tenía entre las manos. No le gustó verlo así, pero él le había dejado claro que no quería compañía, así tenía que irse. Dejó las gafas sobre una mesa y fue hacia la puerta.

–¡Largo!

–Ya me voy.

–¿Megan? –preguntó Adam levantando la mirada del guión.

La emoción que contenían sus ojos la llenó de compasión porque era una mirada cargada de dudas, de inseguridad. Se le derritió el corazón ante tan inesperada vulnerabilidad.

–Lo siento, no pretendía molestarte. Quería devolverte las gafas.

–No me hagas caso, estoy de mal humor. La escena que tengo que rodar me está matando. No me entran las frases.

–Ojalá pudiera ayudarte en algo.

–Sí que puedes –le pasó el guión–. Lee la parte de Calliope.

–De acuerdo, pero se me da mejor vestir y desvestir a actores que hacer de ellos.

Adam ni siquiera sonrió, simplemente señaló una frase.

–Voy a empezar por aquí, ¿lista?

Ella asintió a pesar de sentirse completamente fuera de lugar.

–Dime la verdad –dijo mirándola fijamente a los ojos y haciendo que todo su ser temblara–. ¿Estás metida en esto?

–Es increíble –contestó Megan leyendo el guión–. Después de todo por lo que hemos pasado...

–Calliope...

–Max.

–Responde a mi pregunta.

–Conoces a mi padre, cree que las mujeres no saben hacer otra cosa que ir de compras y acostarse con un hombre. Jamás me ha hecho partícipe de sus negocios, ya sean legales o no.

–¿Me quieres? –preguntó Adam tras un silencio.

–Claro que... yo... eh... –Megan se perdió–. Lo siento.

–No es culpa tuya, nunca sé cómo expresar esas dos palabras.

«¿Me quieres?». Una cálida sensación la envolvió, sí, sin duda podría enamorarse de él. Bueno, no de él, de Rob. Podía enamorarse de Rob. Un momento. Ya estaba enamorada de Rob, o eso creía...

–No tienen emoción –dijo Adam.

–Has sonado como enfadado.

Adam resopló.

–Maxwell no se sentiría así. Está confundido, intenta descubrir qué está pasando, quién le ha tendido una trampa.

La frustración que captó en la voz de Adam le llegó al corazón, quería ayudarlo. Nunca había actuado, pero sí que había pasado muchas horas con el grupo de teatro en la universidad y había estudiado cursos de cine. Pensó un momento.

–¿Cuál quieres que sea la respuesta de Calliope? No, tú, Maxwell.

–Sé lo que dice.

–Yo también –respondió ella sacudiendo el guión–. ¿Pero es esa la respuesta que Maxwell quiere oír? ¿Está esperando que le diga que no o que sí? Eso podría ayudarte a hacerte una idea de qué emoción transmitir.

Adam cerró los ojos. Movió los labios, pero de ellos no salió ningún sonido. Al cabo de uno o dos minutos, abrió los ojos y el gesto de su boca se relajó.

–Vamos a intentarlo otra vez.

En esa ocasión el diálogo fue fluido y, aunque Megan no sabía lo que estaba haciendo, se relajó un poco al ver que lo había ayudado.

–Conoces a mi padre, cree que las mujeres no saben hacer otra cosa que ir de compras y acostarse con un hombre. Jamás me ha hecho partícipe de sus negocios, ya sean legales o no.

–¿Me quieres? –preguntó Adam con inquietud.

–Claro que te quiero.

–Demuéstramelo.

La potente mezcla de esperanza y miedo en la voz de Adam la cautivó y olvidó decir la frase que tenía que pronunciar a continuación. Miró el guión, pero las palabras estaban borrosas.

–Si no lo haces, lo haré yo –dijo él.

Bajó la boca y la besó. Ella se sobresaltó, pero no retrocedió.

¡Calor, chispas, fuegos artificiales! Los labios de Adam se movieron sobre los de ella con gran habilidad, dejándola sin aliento y deseando más. Megan quería tenerlo más cerca y lo rodeó con sus brazos.

Los fuegos artificiales y el beso continuaron. Nunca antes la habían besado así, nunca antes se había sentido así y quería que no parara nunca.

Lentamente, Adam terminó el beso y dio un paso atrás. Ella sintió un cosquilleo y el corazón le palpitaba con fuerza. Adam la miró como si estuviera esperando algo, ¿otro beso?

–¿Qué? –preguntó ella.

Adam deslizó un dedo sobre el guión y señaló.

–Es tu frase –le dijo casi sin aliento. ¿Sería por el beso?

Megan se centró en las palabras y leyó. El guión pedía un beso apasionado entre los personajes. Se le cayó el alma a los pies. No había sido un beso espontáneo, lo requería el guión. Adam había actuado según el guión, pero Megan había creído que era de verdad cuando en realidad no era más que un ensayo para cuando besara a otra mujer, una mujer preciosa y sexy.

Había sido un beso carente de emoción, al menos por parte de Adam, que estaba acostumbrado a besar a las mujeres con las que trabajaba. Por eso estaba ahí, tan tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Tenía que alejarse de él, y tenía que hacerlo inmediatamente.

–Tengo que volver al trabajo. Ya no me necesitas. Lo has hecho muy bien.

–Gracias por la ayuda.

–De nada –respondió sabiendo que ese beso permanecería con ella mucho tiempo, tal vez para siempre.

Y con eso se marchó corriendo hacia la zona de vestuario. Se tocó los labios, que seguían algo inflamados y los recorría un cosquilleo. Perderse en el beso de Adam había sido un gran error y no podía repetirlo. No lo haría... Por mucho que deseara volver a besarlo.

Capítulo 8

Un maquillador llamado Basil secaba la frente de Adam con una toalla cuando terminó el rodaje. Su sonrisa era tan brillante como los pendientes de plata que colgaban de sus orejas.

–Has estado simplemente increíble, Adam. Si ese beso que le has dado a Lane no es nominado para un premio, si no gana, me comeré una hamburguesa enorme y grasienta.

–¡Pero si eres vegetariano!

–Exacto.

Un sentimiento de satisfacción se apoderó de su pecho. Ojalá pudiera llevarse todos los honores por la actuación de esa tarde, pero el mérito correspondía solo a una persona: Megan. Ella había sido la voz de la razón, su ángel salvador, un diablo que lo había besado hasta hacerle desear más.

Consciente de que Basil estaba mirándolo, sonrió.

–Gracias por tu apoyo.

Basil guardó la toalla con un florituresco ademán y no era de extrañar, dado lo apasionado que era del flamenco.

–Un placer.

Adam miró a su alrededor, pero no había ni rastro de Megan. Quería darle las gracias a pesar de que el beso de esa mañana lo había dejado sin habla.

–Eres un chico muy travieso –le susurró Lane–. No me habías dicho que besabas tan bien. Estaba deseando que Damon necesitara otra toma.

Adam no había estado pensando en Lane durante el beso, solo en Megan, que lo había besado con una entrega total, con deseo. Tal vez interpretar el papel de Calliope le había hecho liberarse de lo que fuera que estaba conteniéndola y haciendo que se ciñera a sus planes de un modo tan férreo.

–Solo estaba interpretando mi papel.

–Deberíamos practicar para la próxima escena de amor. ¿En tu rulot o en la mía?

–Ya te dije cuáles eran mis reglas.

–Creí que te gustaba jugar.

–Tú juegas en tu propia liga y no me gustaría meterme.

Ella se quedó confusa ante el comentario y esa fue la oportunidad de Adam para irse.

–Tengo que cambiarme. Y tú también.

De camino a los vestuarios, los miembros del equipo lo felicitaron por su actuación; parecía que la nominación a los premios cinematográficos estaba cada vez más cerca. En los probadores Rosie estaba esperándolo... y también Megan.

El día estaba mejorando por momentos y, aunque sonrió a las dos mujeres, su mirada se quedó posada en Megan.

–Siento haber tardado tanto, chicas –dijo quitándose los zapatos.

–No te preocupes –Rosie colocó los zapatos en una bolsa etiquetada–. Te has ganado cada uno de los cumplidos. Un trabajo genial.

–¿Estabais mirando?

–Todos –respondió Rosie.

Megan no lo miró y a Adam le gustó pensar que se debía a que estaba celosa por el hecho de que hubiera besado a Lane, pero seguro que eso era una exageración porque ella solo tenía sentimientos por Rob.

–Gracias –dijo Adam.

–Hoy le toca a Texas ayudarme; Kenna tiene que atender a Lane, que se está comportando más como una niñata que como la novia de América.

Seguro que ahora Lane pagaría su encontronazo con Adam con todo el equipo. Para compensárselo, él pagaría las rondas el viernes por la noche.

–Seguro que enseñarás muy bien a Megan.

–Por cierto, después de haber visto cómo has besado a Lane, creo que Texas va a tener que sujetarme para que no me propase contigo.

–Promesas, promesas –bromeó Adam sin dejar de mirar a Megan, que se sonrojó.

–Vamos a quitarte este traje –dijo Rosie.

Mientras recordaba el dulce y cálido sabor de Megan sobre sus labios, imaginó cómo sería que ella lo desvistiera.

–Tengo las manos sucias. ¿Te importa?

–Iré a por un paño húmedo –dijo Megan.

–No, ya hemos tardado mucho y tenemos que prepararlo para los primeros planos –contestó Rosie quitándole los accesorios y guardándolos en bolsas–. Desabróchale tú la camisa.

Megan respiró profundamente y sus dedos temblaron al tocar los botones de su camisa.

–No muerdo –le dijo Adam.

–No muerde –añadió Rosie mientras le quitaba el reloj y lo guardaba–. Adam solo da mordisquitos.

–¿Y eso cómo lo sabes? –preguntó él en broma.

–Tengo mis fuentes.

–Unas fuentes que están equivocadas.

Cuando por fin Megan terminó de desabrocharle un botón, no estaba sonriendo, sino muy nerviosa. Y cuando desabrochó el siguiente, sus dedos rozaron su torso y un intenso calor los invadió a los dos. Ahí había química, aunque eso Adam ya lo sabía después de aquel beso.

–Lo siento –dijo ella más sonrojada incluso.

–Lo siento. Debería haberle dicho a Basil que me limpiara las manos antes de venir. Lo estás haciendo genial.

El teléfono de Rosie sonó.

–Ahora mismo vuelvo.

Y con eso salió del vestidor.

–¡Pero si tienes las manos limpias! –le dijo paralizada.

–Sabía que eras muy lista –contestó Adam con una pícara sonrisa.

–Date prisa y desabróchate la camisa antes de que llegue Rosie. Y también los pantalones. No pienso bajarte la cremallera.

A Adam le habría encantado que lo hiciera, pero ya se lo había hecho pasar bastante mal.

–Lane y tú habéis estado geniales hoy –continuó mientras preparaba una percha–. Sobre todo tú –añadió.

–Esperaba que estuvieras allí para verlo.

–No me imaginaba que un beso necesitara tantas tomas.

–Tienen que grabar desde todos los ángulos –le contestó al pasarle la camisa.

–Bueno, así he podido ver la diferencia entre vuestro beso y el

nuestro.

–Ha sido igual.

–Pero a Lane la has besado más rato durante las tomas principales.

Interesante, Megan se había fijado en ese detalle y tal vez él no tendría que haber actuado como si su beso no hubiera sido nada, porque había sido algo grande.

–No ha sido intencionado.

–No es asunto mío.

Pero el gesto de su boca y la aspereza de su voz no parecían decir lo mismo. Se preguntó si eso significaba que no estaba tan enamorada del texano como decía.

–Estaba intentando darle más emoción al beso, como me ha pedido Damon, pero no los he cronometrado.

–Yo tampoco, aunque está claro que vuestros besos han sido más largos.

La satisfacción lo invadió. Megan estaba celosa.

–Pero ha sido porque cada vez que he besado a Lane he estado imaginando que te besaba a ti.

–Sí, claro.

–No es broma –bajó la voz–. Para que lo sepas, besas mucho mejor que Lane Gregory.

Los ojos castaños de Megan se iluminaron.

–Si no tuviera miedo de que entrara alguien ni me hubiera propuesto no volver a besarte, te plantaría un buen beso en la boca por decir eso. Ya sea verdad o mentira.

–Hazme caso, es verdad –no le gustaba que Megan fuera tan insegura–. Pero, ¿por qué no quieres besarme?

–¿Tal vez porque eres la estrella y podrían despedirme en un santiamén?

–Yo jamás haría nada para hacerte daño o para que te echaran.

Megan abrochó la camisa y la colgó.

–Eso lo dices ahora, pero podrías cambiar de opinión.

–Yo no soy así.

–No, no creo que lo seas.

Cuando Megan se giró hacia él y vio que estaba bajándose la cremallera de los pantalones, se tapó los ojos y se dio la vuelta.

–¿Qué estás haciendo?

–Quitándome los pantalones.

–Pensé que te meterías en el baño o algo así.

–¿Y por qué iba a hacer eso? Esto es un vestuario.

–Pero estoy aquí.

–Vamos, no tenemos doce años.

Megan no dijo nada.

–Lo siento si te ha sorprendido, pero los actores se visten y desvisten delante de la gente todo el tiempo. No me lo pienso dos veces antes de quedarme en ropa interior.

Ella apartó las manos, pero no se giró.

–¿Llevas ropa interior?

–Llevo calzoncillos. Estoy totalmente cubierto, ¿satisfecha?

–Quítate los pantalones y dámelos –dijo sin mirarlo–. Yo los colgaré.

–Date la vuelta. Si vas a trabajar en diseño de vestuario, no puedes ponerte así cuando un hombre se desnude delante de ti –se quitó los pantalones, pero no se los dio–. Parece que no hayas visto a un hombre desnudo antes.

–Y no lo he visto. Al menos, no en persona, sin contar las esculturas de los museos.

Él la miró con incredulidad. Era imposible...

–Por favor, no me mires así. Que no me haya acostado con nadie no significa que tenga alguna enfermedad incurable o una «V» enorme grabada en el pecho.

V de virgen. A Adam se le hizo un nudo en la garganta.

–La mayoría de las chicas de tu edad ya han tenido relaciones.

–Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

No, no lo era.

–Dame los pantalones –añadió mirándolo desafiante.

–¿Lo sabe Rob? –le preguntó Adam al dárselos.

–No tengo ni idea. Sabe que no he salido con muchos chicos.

–Te has estado reservando para él.

–Eso suena... patético.

–Es dulce y romántico.

Como ella.

–Si el equipo se entera de esto, van a pensar que soy un bicho raro o una frígida.

–Acostarse con alguien durante un rodaje es habitual, pero no

todo el mundo lo hace.

–A lo mejor Rob lo sabe y por eso no me quiere –dijo con una voz cargada de dolor y vergüenza que hizo que Adam se estremeciera–. Porque no tengo experiencia.

–Si es así, Rob no solo es idiota, sino que además es imbécil.

–Supongo que irme con el primer chico que apareciera sería una estupidez.

No, si se fuera con él. Él era el tipo que estaba buscando. Introducir a Megan en el mundo del sexo sería divertido y él lo haría mucho mejor que un idiota como Rob.

–Sé por lo que ha pasado mi hermana al ser madre soltera y no quiero ir por ese camino.

–Acostarse con alguien no significa que vayas a quedarte embarazada automáticamente.

Megan le quitó la alianza de boda y la guardó en la bolsa que contenía su reloj.

–Y no acostarse con nadie garantiza que no me quede.

–Eso no te lo discuto –por mucho que la deseara, quería que ella tomara la decisión–. La primera vez es importante, o debería serlo. No deberías irte con el primero que te encuentres.

Bien, le había dado un buen consejo y así no tendría que sentirse culpable cuando la llevara a la cama. ¡La de cosas que podría enseñarle! Un montón de divertidos juegos le llenaron la mente.

–Esa es la verdadera razón por la que he esperado. Quiero que mi primera vez sea con alguien que quiero y en quien confío y que sienta lo mismo por mí.

No, eso no describía a Adam en absoluto. Alguien con un corazón tan grande como el de Megan jamás vería el sexo como un simple acto gratificación física. Ella quería una relación seria y otras cosas que Adam no estaba dispuesto a dar por mucho que Megan se las mereciera. Y como quería que las tuviera, lo mejor era dejar de flirtear con ella.

–Entonces espera al chico adecuado –no podía creer lo que estaba diciendo, pero prefirió ignorar a esa especie de alien que se había apoderado de su corazón y actuar sin egoísmo–. No dejes que nadie te presione, tiene que ser cuando y como quieras.

La sonrisa de Megan iluminó todo su rostro. Fue como si hubiera salido el sol después de un cielo nublado. Una belleza

sobrecogedora.

–Gracias. Ya no me siento tan bicho raro. Eres increíble, Adam Noble. Justo cuando creo que no puedes ser más simpático, lo eres.

Adam se quedó sin aire, se le paralizó el corazón. ¿Qué estaba pasando?

–Pero no dejes que nadie se entere.

–¿De que soy virgen?

–De que puedo ser un tipo muy majo. Yo voy de tipo duro, no de mejor amigo. No lo olvides.

Lo había dicho por el bien de los dos, pero por desgracia tenía la sensación de que él sería al que más le costaría no olvidar esas palabras.

Los días y las semanas pasaban y por fin Megan se estaba haciendo una idea de cómo funcionaba todo, aunque nunca sabía exactamente qué tendría que hacer hasta que llegaba al estudio cada mañana.

El único problema, si es que podía llamarse problema, era Adam. Megan creía que eran amigos, pero ya no lo veía más que en las comidas o si iba al set a ver las escenas que estaban rodando. Parecía como si estuviera esquivándola. Y tal vez lo estaba haciendo.

Echaba de menos sus charlas, su sonrisa, su sentido del humor.

El martes por la noche, Megan acompañó a Kenna y a Rosie al departamento de vestuario. Las dos mujeres la habían acogido bajo su ala, tanto profesional como personalmente. Le gustaba trabajar con ellas y estar con ellas durante los descansos mientras charlaban de moda, de trabajo y de hombres.

Sin embargo, no les había contado que había besado a Adam. Eso quería mantenerlo en secreto. Era su secreto.

Esa noche rodarían una escena exterior, así que todos cenarían y después se prepararían para el rodaje.

–Espero que haya salmón –dijo Kenna frotándose las manos.

–Pues a mí me apetecería asado de ternera y pan de maíz –apuntó Megan.

–¿Tienes nostalgia de casa, Texas? –le preguntó Rosie.

–No –en los últimos días no había hablado con su familia ni

había pensado mucho en ella. Y tampoco en Rob, lo cual era extraño–. Pero tengo mucha hambre.

Fuera lo que fuera lo que había para cenar olía delicioso.

Craft Services servía todos los tentempiés y bebidas que quisieran, pero a la hora de las comidas principales los encargados eran Cordon Bleu. La comida era para morirse, sabrosa, sana y gratis.

–Ya sabes lo que dicen. Un equipo bien alimentado hace que una producción funcione mejor.

–Esperemos que eso sea verdad esta noche –dijo Kenna–. Dicen que hay problemas de iluminación.

–Espero que no. No quiero pasarme aquí toda la noche –contestó Rosie.

–Ha sido una suerte que esta mañana no hayamos tenido que madrugar –dijo Megan detrás de sus amigas mientras guardaban cola para cenar.

–Yo necesitaba un descanso –dijo Rosie.

–Y yo –contestó Megan mientras agarraba un plato.

Levantarse sin el sonido del despertador había sido genial, pero no lo había sido tanto soñar con Adam Noble. Tenía que sacárselo de la cabeza porque él ni siquiera quería que fueran amigos.

Los deliciosos aromas del bufé le hicieron la boca agua. Se sirvió un buen plato de tiras de cerdo especiadas, judías verdes, patata asada con mantequilla y azúcar moreno y un vaso de té helado.

–¿Dónde está tu postre? –preguntó Rosie.

–Luego iré a por una brownie.

Mientras comían, hablaron de las tendencias en moda para la temporada de otoño y de ahí pasaron al tema de las próximas entregas de premios.

–Estoy deseando ver lo que se va a poner la gente para asistir.

–Me encanta ver todos esos vestidos por la alfombra roja, sean cuales sean los premios.

–Hay muchos, al final todos parecen iguales –admitió Megan.

Entre carcajada y carcajada, Megan se dio cuenta de que Adam estaba junto a su mesa con un plato de comida en una mano y un vaso de agua en la otra.

–¿Os importa si me siento?

A Megan le dio un vuelco el corazón. Abrió la boca para hablar,

pero de ella no salió nada.

Las otras dos mujeres le indicaron que se sentara y Adam avanzó hacia una silla a su lado. Tal vez después de todo no estaba ignorándola. Sin embargo, en el último momento cambió de dirección y se sentó junto a Kenna, en el lado opuesto de la mesa.

–Gracias.

La invadió la decepción y hundió el tenedor en la patata asada.

–¿Te gustan las entregas de premios? –le preguntó Adam mirándola.

–Las he visto por televisión.

–Lo que ves por la tele está preparado. Lo mejor es cuando se apaga la luz roja de la cámara y el presentador empieza a contar chistes.

Rosie asintió.

–Y los llenabutacas van corriendo de un lado a otro mientras alguien sale disparado al cuarto de baño.

–Yo he hecho eso.

–¿Ir al baño?

–Sentarme en asientos vacíos durante los descansos.

–No tenía ni idea.

–Me pagaban bien y no tenía que tirarme de un edificio ni rodar encima de un coche.

–A mí solo me han llamado para hacer arreglos de trajes en el baño de señoras y para poner cinta adhesiva en vestidos para que no asome ningún pezón.

–Pues eso parece un trabajo mejor que el mío.

Ese hombre era incorregible, un auténtico mujeriego... Además de absolutamente guapísimo.

–Yo solo he ido a algunas fiestas de las que se organizan después del evento –dijo Kenna.

–Son mucho mejores que las entregas de premios.

–¿Por qué? –preguntó Megan.

–Bebida, baile y más bebida –respondió Rosie sonriendo.

–Tenemos que intentar conseguir entradas para las fiestas posteriores a la entrega de los Premios Elección del Público para que Texas pueda ver cómo es.

–Sería divertido –dijo Megan algo dudosa.

–¿Te apetecería ir? –preguntó Adam extrañado.

–Sí.

–A lo mejor cierto actor nominado al premio a la Mejor Pareja en Pantalla podría incluir nuestros nombres en la lista de la fiesta –dijo Rosie batiendo las pestañas hacia Adam.

–¿Qué te pasa en los ojos? –le preguntó él.

Rosie le dio un golpecito en el hombro.

–Eres peor que mi hermano.

Adam se rio.

–Lo tomaré como un cumplido. Veré qué puedo hacer.

–Gracias –Kenna se frotó las manos–. Eso nos da dos semanas para planear nuestros atuendos. ¿Crees que podrás ir?

Megan asintió y se preguntó si Adam acudiría a la misma fiesta, aunque qué importaba...

–Necesitaremos al menos una semana para pensar qué zapatos ponernos –dijo Rosie–, aunque estoy segura de que para cuando acabe la noche nos habremos descalzado de tanto bailar.

–Querrás decir para cuando salga el sol –la corrigió Kenna.

Adam sonrió a la pelirroja.

–Me gusta tu manera de pensar.

Megan dio un trago a su té helado para evitar pensar demasiado en él.

–Tú eres la planificadora –le dijo a ella–. ¿Hay algo para la gran noche que se les pueda olvidar a tus amigas?

Invitaciones, vestido, zapatos...

–El peinado y el maquillaje.

–¡Basil! –gritaron Rosie y Kenna al unísono.

–Pues parece que ya lo tenéis todo listo –dijo Adam con una amplia sonrisa.

–¿Todo listo para qué? –preguntó Eva, de pie junto a la mesa.

Capítulo 9

Con la presencia de Tragafuegos, la conversación se detuvo en seco.

–Todo listo para salir por la ciudad –dijo Adam.

Eva enarcó una ceja.

–¿Contigo?

–Sabemos muy bien que eso no podemos hacerlo –dijo Kenna, y Rosie y Megan asintieron.

–Así que le habéis explicado la regla a la chica en prácticas.

–Yo también la he oído –dijo Adam–. Aunque por lo que a mí respecta, no tienen nada de qué preocuparse.

–¿Sabes que Lane hizo que despidieran a Annie Rockwell porque su prometido comentó que era una mujer muy atractiva?

–Yo no soy así –dijo Adam apretando los dientes.

–Puede que no, pero más vale no tener que lamentarse. Estas tres mujeres son importantes para mi equipo, tienen talento.

¿Importantes? ¿Con talento? Era el primer cumplido que recibía de Eva y se sintió orgullosa.

–Odiaría tener que perderlas por alguna... indiscreción.

–No te preocupes –dijo Adam sonriendo–. Todos somos amigos. Solo amigos.

Últimamente no había tratado a Megan como a una amiga, más bien como a una conocida no muy apreciada.

–Nunca se tienen demasiados amigos –dijo Eva posando la mirada en Megan–. Han retrasado el rodaje dos horas. Volved aquí antes de las nueve.

Y con eso se marchó, pero sin dejar de mirarlos.

–Tragafuegos está en pie de guerra –farfulló Rosie.

–Voy a buscar a Tony –dijo Kenna levantándose.

–Que te diviertas –le dijo Megan–. Yo aprovecharé para visitar otros estudios de grabación.

–Luego nos vemos, chicas –Adam se levantó–. Yo voy al estudio Tres a saludar a mi agente.

–Podrías acompañar a Texas para que no se pierda –le propuso Rosie.

Megan no quería que se viera obligado a estar con ella, por mucho que le apeteciera estar con él.

–Gracias, Rosie, pero he conducido desde Texas hasta aquí solita. Seguro que puedo encontrar el camino.

–No queremos que Rosie se quede preocupada –dijo Adam–. Con mucho gusto te mostraré el camino.

No, no quería que Adam estuviera con ella por obligación porque eso le recordaba a Rob y con una vez ya había tenido bastante. Había llegado el momento de hacerse con una brownie o dos y buscarse otra cosa que hacer. Pero no, eso sería una estupidez porque quería ver el estudio y lo haría sin necesidad de que Adam le indicara la dirección.

Adam y Megan estaban solos, pero él no se atrevía a sentarse de nuevo. No, cuando se sentía atraído hacia ella como una polilla a la luz. Había intentado mantenerse alejado, pero la echaba de menos.

–¿Estás lista?

Megan se levantó y fue a tirar el plato y el vaso a la basura. Adam tuvo que mirar dos veces, no se lo podía creer. No llevaba vaqueros, sino una estilosa camisola con unos leggings que dejaban ver unas piernas largas y acentuaban la curva de sus caderas y de su estrecha cintura. Además, había cambiado las deportivas por unos zapatos planos de piel. Estaba guapa. Iba a la moda. ¡Muy atractiva!

–Ropa nueva.

–He ido de compras.

–Pues estás genial –se lo había preguntado constantemente y ahora sabía qué había estado haciendo en su tiempo libre–. Debes de haberte divertido mucho de compras con Kenna y Rosie.

–No he ido con ellas –le contestó alzando la barbilla y su respuesta lo sorprendió.

–¿Has ido de compras sola?

–¿Qué?

–Nada, da igual. Vamos.

–Gracias, pero tengo un mapa y estaré bien sola.

De ninguna manera. Por alguna razón que no alcanzaba a

entender, Megan despertaba su instinto de protección y, de todos modos, no podía negar que le gustaba estar con ella.

–No hay problema, iré por ahí.

Se miraron y Megan se rindió.

–De acuerdo –dijo algo irritada y él se molestó porque había creído que a ella también le habría apetecido pasar un rato juntos.

Caminaron en silencio hasta que Adam le preguntó:

–¿Qué tal te van las cosas?

–Bien. ¿Y a ti? –preguntó mirando a los edificios como si fueran más interesantes que él.

–No tienes ninguna queja. ¿Algo va mal?

–No.

–Estás muy callada.

–Creía que no querías hablar conmigo.

–¿Y por qué creías eso?

–Has estado evitándome desde aquella noche en el vestuario.

¡Maldita sea! Se había dado cuenta.

–Los dos hemos estado muy ocupados con el rodaje.

–Te he hecho sentir incómodo.

No podía evitar oler el aroma de su champú, no podía olvidar el sabor de sus labios.

¿Qué estaba pasando? Se pasó una mano por el pelo.

–No tienes que responder. Está muy claro –se detuvo–. Aquí nos separamos.

Pero él no estaba listo para despedirse.

–Voy contigo.

–El estudio Tres está en la otra dirección.

Adam se sintió dolido y eso le sorprendió.

–No quieres que te acompañe.

–No.

–¿Por qué no?

–¿La verdad?

Él asintió y se preparó para lo que tenía que escuchar.

–Creía que éramos amigos.

–Y lo somos.

–Pues tus actos dicen lo contrario.

Sí, de acuerdo, se había comportado como un cretino, pero estar a su lado lo confundía y no sabía qué decir ni qué hacer, y

evitándola no tenía que verse en esa situación.

–Soy un hombre, no pienso en lo que digo ni en lo que hago.

–Como la mayoría de los hombres.

–¿Serviría de algo que me disculpara?

–Solo si es en serio.

–Sí. Siento haber actuado como un cretino, otra vez. Prometería que no voy a volver a hacerlo, pero soy un tío y quién sabe lo que puede pasar.

Ella no pudo evitar sonreír.

–Al menos eres sincero.

–Lo soy. Y tú también. No te guardas lo que piensas ni lo que sientes.

–Contigo no.

Adam quería volver a ver una amplia sonrisa en su rostro.

–Oye, antes de que te vayas, deja que te enseñe algo. Por favor.

Ella se lo pensó, meditó los pros y los contras.

–De acuerdo.

Y Adam, aliviado, le tomó la mano.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a enseñarte algo.

Sin soltarla, cruzaron la calle y atravesaron el callejón de dos edificios. Después, le soltó la mano y le cubrió los ojos.

–¿Qué está pasando?

–Espera. Quiero que sea una sorpresa.

–No me gustan las sorpresas –dijo ella algo irritada.

–Confía en mí. Esta te gustará. No abras los ojos –la situó en mitad de la calle y apartó la mano de sus ojos–. Ya puedes mirar.

–Es Nueva York.

Se encontraban en mitad de una réplica de Times Square.

–Bienvenida a la Gran Manzana.

–¡Parece tan real! –exclamó emocionada.

–Es la magia del cine.

–O de un grupo de grandes diseñadores y carpinteros.

Adam sonrió. Muy práctica. Así era su Megan. Es decir... su amiga Megan.

–Es increíble. Nunca he estado en Nueva York, pero ahora me parece como si hubiera estado.

–¿Con lo que te gusta la moda nunca has estado en Nueva York?

–No. Siempre he querido ir y saborear la ciudad que nunca duerme, pero…

Según su voz se disipaba, sus ojos se llenaron de tristeza.

–¿Qué?

–Nada.

–Sí, te pasa algo. Entiendo que sigas enfadada conmigo, pero soy tu amigo y me gustaría saber qué te pasa.

Megan respiró hondo.

–Mi madre nunca quiso que fuéramos a Nueva York y por fin descubrí el porqué cuando mi hermana encontró una carta sin abrir escondida en su joyero. La había escrito Fenella, la primera mujer de mi padre, y el matasellos era de Nueva York.

–El ranchero y la chica de ciudad.

–Sí. Fenella estaba embarazada de mellizos cuando se divorciaron, así que tengo un medio hermano y una media hermana cuya existencia desconocía.

–Tuvo que ser un impacto enteraros.

–Ha sido un poco extraño.

–¿Los conoces?

–No, pero Ellie ahora vive en Larkville. No tuve tiempo de volver a casa al terminar la facultad, así que aún no la conozco. Me alegra estar aquí y no tener que enfrentarme a ello. ¿Te parece muy mal?

–Me parece muy inteligente –le respondió medio abrazándola.

–Gracias.

–De nada –fue como si algo los hubiera unido un poco más y Adam sintió que le agradaba esa sensación a pesar de que otra parte de él quería salir corriendo–. Yo siempre me he preguntado si mi padre habrá tenido más hijos.

–¿No hay ningún modo de descubrirlo?

–Contraté a un detective privado, pero no encontró ni rastro de él. Me dijo que probablemente «Noble» no era el verdadero apellido de mi padre.

Megan le agarró la mano con fuerza y ese gesto lo reconfortó.

–Mi padre era un embaucador, un mentiroso, así que es posible que tenga hermanos por todas partes –la miró. ¡Qué guapa era y qué mirada tan compasiva tenía!–. Vaya dos, ¿eh?

Ella asintió y la luz de la farola hizo que sus labios brillaran.

–Pero también somos muy distintos. Tú, una estrella del cine y yo, una pueblerina.

Sin embargo, a Adam no le importaban esas diferencias. Solo quería besarla y podría hacerlo porque allí no había nadie más que ellos dos.

Megan separó los labios, señal de que quería un beso, así que lo único que tenía que hacer era agachar la cabeza un poco y tomar sus labios. Ya sabía qué sabor tendrían. Se le aceleró el pulso, pero algo lo contuvo.

«Quiero que mi primera vez sea con alguien a quien ame y en quien confíe y que sienta lo mismo por mí».

Un beso se alejaba mucho del sexo, pero no podía olvidar esas palabras. Le gustaba Megan, pero sabía que el amor solo conducía al dolor y a la decepción y ya había visto a su madre sufrir demasiado como para querer seguir el mismo camino.

Unos destellos dorados brillaban en los ojos de Megan. Quería besarla, pero no lo haría.

–Te harás una idea de lo que es la vida de las estrellas de cine en la fiesta.

–Estoy deseando ver todos los vestidos en persona.

–Deberías estar en la alfombra roja.

–Eso sí que sería genial, pero ir a la fiesta posterior a los premios es mucho más de lo que podría haberme imaginado nunca, así que estoy muy contenta con eso.

Esa voz cargada de emoción hizo que algo se removiera dentro de Adam y sintió que debía hacer algo más por ella, algo que le hiciera olvidar todo lo que había sufrido en los últimos meses con su familia.

–Ven conmigo a la entrega de premios.

Ella le soltó el brazo.

–¿Qué?

–Quiero que asistas a la entrega de premios, así podrás vivir una de las grandes noches de Hollywood de principio a fin. Rosie y Kenna pueden esperarnos en una de las fiestas.

–No… no sé…

–¿Qué no sabes? Entrega de premios, fiestas, un acompañante muy guapo…

–Te agradezco la oferta, pero…

–Nada de peros. Lo único que tienes que hacer es decir que sí y podrás caminar por la alfombra roja a mi lado.

Sus ojos se iluminaron.

–Imagina ver todos esos vestidos tan de cerca y llevar uno.

–Sería ... genial.

–No, sería alucinante. Te prometo que lo pasarás genial.

–Me encantaría ir, pero no... puedo.

Adam esperaba que eso no tuviera nada que ver con Rob.

–¿Por qué no?

–Si Eva se entera...

Bien, no era por Rob. Sonrió.

–No te preocupes. Yo me ocuparé de Eva.

Megan lo abrazó con fuerza.

–Gracias.

Él le devolvió el abrazo mientras inhalaba su dulce aroma. ¡Qué bien se estaba en sus brazos! ¡Qué tortura tan dulce!

–Gracias.

Durante el resto de la noche se sintió como si estuviera flotando. No podía creerse que Adam la hubiera invitado a la entrega de premios. Quería decírselo a Kenna y Rosie, pero tendría que esperar a que él hablara con Eva.

Lo único que habría podido mejorar las cosas habría sido que Adam la hubiera besado y por un momento pensó que iba a suceder hasta que entendió que él solo la veía como una amiga. Y no debía quejarse por ello, ya que al fin y al cabo era lo que ella quería. Sin embargo, esa invitación le había hecho preguntarse si era posible que fueran... algo más que amigos.

Al día siguiente, y tras pasar casi toda la noche despierta, seguía pareciéndole que estaba flotando.

–Así que Adam Noble te ha invitado a la entrega de premios.

La voz de Eva hizo que se diera la vuelta.

–Espero que no sea un problema.

–¿Te estás acostando con él?

–No. Somos... amigos.

Amigos que se habían dado un beso de lo más ardiente, aunque eso Eva no tenía por qué saberlo. Y menos cuando no había vuelto a

haber más besos. Ni los habría.

–Él ha dicho lo mismo, que solo erais amigos.

Megan no podía dejar que ese comentario la hundiera y la decepcionara. Tenía que ser lista y darle prioridad a su trabajo.

–Y es verdad.

–A él no le he creído, pero a ti te creo.

–¿Puedo ir con Adam?

–¿Y si digo que no?

–Pues no iré. Este trabajo es más importante para mí que asistir a una entrega de premios.

–Buena respuesta.

Megan dejó caer los hombros.

–Ponte derecha. No puedes tener esa postura cuando pasees por la alfombra roja.

Megan se puso derecha, estaba emocionada.

–¿Puedo ir?

Eva entornó sus ojos azules.

–Sí, pero será mejor que no hagas nada que me haga arrepentirme de esto.

–No lo haré, lo prometo –quería abrazarla, pero se lo pensó mejor–. Gracias.

–Esa entrega de premios es un evento formal –dijo Eva mirándola de arriba abajo–. ¿Tienes algo apropiado que ponerte? ¿Zapatos? ¿Accesorios?

–Tengo un vestido. Lo he hecho yo.

–¿Para una clase?

–Para mí.

Eva se quedó sorprendida, pero esa expresión se desvaneció enseguida.

Era el vestido sobre el que había hablado a Rob. Un vestido impresionante, glamuroso e incluso sexy.

–Tráelo mañana –le ordenó Eva.

La idea de enseñarle su diseño a una diseñadora de gran talento como Eva Redding hizo que sintiera un nudo en el estómago.

–Yo... yo...

–Trabajas para mí. No voy a permitir que nos avergüences a Adam y a mí presentándote en un evento tan mediático con el vestido inapropiado.

–Mañana te enseñaré el vestido.

En su rulot, Adam estaba echando una partida a un vídeo juego cuando sonó el móvil. Había recibido un mensaje. Miró la pantalla. Era de Megan.

«¡¡¡Gracias por hablar con Eva!!! ¡¡¡Puedo acompañarte!!!».

Tantos signos de exclamación lo hicieron sonreír y escribió una respuesta.

«Genial».

Adam la había buscado esa mañana, pero no la había visto y echaba de menos su sonrisa.

«¿Nos vemos en el almuerzo?».

En cuanto envió el mensaje, se arrepintió. ¿Por qué estaba torturándose de ese modo? Salir con una mujer que no podía tener era una estupidez.

«¡¡¡Sí!!!».

Le embargó la emoción ante la idea de estar con ella, lo cual era otra tortura, porque tenía unos ojos preciosos, una sonrisa maravillosa y porque le hacía sentirse el rey del mundo.

«Pues luego nos vemos».

Al día siguiente, Megan llevó el vestido hecha un manojo de nervios, pero también algo emocionada ante la idea de que Eva fuera a verlo.

–Enséñanos tu vestido –ordenó Eva ante todo el departamento de vestuario.

Con una mano temblorosa, Megan bajó la cremallera de la bolsa y sacó el vestido. La tela morada destelló cuando les mostró la parte delantera del vestido.

Kenna se quedó sin aliento, Rosie sonrió y otras dos personas se quedaron mirando asombradas.

Eva observaba el vestido con gesto inexpresivo.

–Enséñame la parte trasera.

Megan giró el vestido.

–Interesante.

Como tenía miedo de preguntar si eso era bueno o malo, Megan

apretó los labios y no dijo nada.

–Con un par de retoques, servirá para la entrega de premios. Hay que quitar el lazo y la abertura tiene que quedar más alta.

Megan se aferró a la percha. ¡Pero si la abertura ya le llegaba a mitad del muslo...! ¿Más alta?

–¿Y los zapatos?

Megan sacó un par de sandalias, las más formales que tenía.

Todos los presentes sacudieron la cabeza y algunos incluso se mostraron horrorizados por su elección.

–No –dijo Eva–. Necesitas más tacón y que sean zapatos con tira en el talón o tipo salón. Y plateados.

Los demás asintieron.

–Me compraré unos.

–Ya me ocupo yo –le contestó Eva.

Mientras Megan seguía allí con el vestido en la ma-no, los demás debatían sobre qué accesorios debía llevar y qué hacer con el peinado y el maquillaje. Más gente se unió a la discusión hasta que trazaron un plan, un plan que no tenía su aportación. Se sintió como un maniquí en un escaparate.

–Te arreglarás aquí –dijo Eva con una sonrisa que le iluminó la cara–. Cuando terminemos contigo, te sentirás como la Cenicienta.

Jamás habría pensado que Tragafuegos pudiera ser una hada madrina, ni Adam su príncipe.

–Gracias.

Con mucho gusto disfrutaría de su cuento de hadas particular durante una noche, por mucho que una parte de ella deseara que durara más tiempo.

Capítulo 10

La producción estaba a mitad de camino y el rodaje continuaba entre retrasos, lluvias inesperadas en días de tomas en el exterior, cambios de guión y cambios de localización.

Adam salió del estudio tras rodar unos primeros planos, cansado y arrastrando los pies. Tenía una hora y media de descanso y quería aprovechar ese tiempo al máximo. Ni vídeo juegos, ni teléfono, ni guiones. Su asistente se había asegurado de que tuviera la cama lista. Una siesta no era su manera habitual de relajarse en el set de rodaje, pero en esa ocasión no estaba teniendo ninguna aventura, ni con la mujer que deseaba ni con ninguna otra, aunque al menos tenía una nueva amiga.

–Adam, Chas está buscándote.

No. No quería malgastar su descanso hablando con el productor. Ahora bien, si fuera Megan... La vería en el almuerzo, la hora de las comidas era cuando se veían. No había nada de besos y ni siquiera se daban la mano, pero al menos el celibato estaba beneficiando mucho a su forma de actuar y ya casi podía saborear una nominación.

–Dile a Chas que voy a tomar un café.

Se bebió media taza de un trago; eso le despertaría, aunque también echaría a perder su siesta.

–Parece que necesitabas un chute de cafeína –le dijo Chas–. O una siesta.

–Entre el rodaje y la promoción de la película de los Navy SEALs, no tengo tiempo ni para respirar –había estado de un lado para otro y la única constante en medio de todo ese caos había sido Megan, que no había salido de su mente ni de día ni de noche, ni despierto ni dormido, lo cual era un poco extraño teniendo en cuenta que solo la había besado una vez. Tal vez la clave era que no se habían acostado–. He perdido la cuenta de todas las entrevistas que he hecho.

–Sigue con lo que estás haciendo. Todo el mundo cree que soy

un genio por haberte elegido para hacer de Maxwell.

Adam bebió más café.

–Nunca te he preguntado por qué estabas tan convencido de que tenía que hacerlo yo.

–Por mi mujer. Es una gran fan tuya desde que hiciste de Neptuno.

Ese papel le había cambiado la vida y esperaba que mejores cosas le pasaran con la nueva película.

–Así que ella es el verdadero genio.

Chas asintió.

–Y lo sabe.

El sonido de unas ruedas sobre el asfalto le hizo darse la vuelta. Ahí estaba Megan empujando un perchero en dirección al departamento de vestuario. Llevaba una bolsa de cámara colgando del hombro. Unos vaqueros desgastados se pegaban a sus muslos como si fueran una segunda piel y una camiseta algo escotada en tono burdeos contrastaba con el tono marfil de su tez. Si hubiera llevado el pelo suelto en lugar de recogido...

Megan lo miró y su sonrisa le robó el aliento. Él la saludó y observó el contoneo de sus caderas cuando pasó por su lado.

–Texas, ¿eh? No tenía ni idea.

–¿Qué pasa con Texas?

–No sabía que teníais algo.

–No tenemos nada.

–Pues no lo parece por cómo se le han iluminado los ojos al verte.

Sí, sí que se le habían iluminado, ya se había fijado un par de veces. Y su sonrisa parecía más amplia, más alegre, pero eso no significaba nada. Debía de ser por la emoción de ir a la entrega de premios el sábado por la noche; de hecho, él también estaba deseándolo. Estaba nominado, pero lo que más quería era ver a Megan arreglada y recorriendo la alfombra roja.

–Somos amigos.

Eran amigos, pero ¿desde cuándo Adam deseaba tanto ver a una amiga o soñaba con ella todo el tiempo? Sueños ardientes, sueños en los que estaban desnudos...

–Ya sé qué clase de amigo eres, uno que financia una jornada de compras después de haber pasado una noche cargada de sexo. No

me extraña que últimamente estés tan cansado.

El tono en que habló el productor molestó a Adam, no le gustaba que insinuara que Megan estaba cambiando sexo por ropa.

–Somos amigos y punto. Ni sexo ni jornadas de compras.

–Pues por cómo te mira, si te gusta, no te lo pondrá difícil.

–Megan podría sorprenderte.

A él lo había sorprendido. Sabía qué clase de relación romántica perseguía, pero tal vez existía algún punto intermedio en el que ambos se encontraran a gusto y se sintieran satisfechos con algo más que la amistad que tenían. O tal vez las cosas seguirían como estaban hasta que terminara la producción y después ahí quedaría todo. Se dirían adiós y cada uno seguiría adelante con sus proyectos sin mirar atrás. Pero la idea de no volver a verla lo desesperó.

–Hugh quiere verte –dijo Chas.

–Nunca antes ha querido reunirse conmigo.

–No te preocupes.

–Para ti es fácil decirlo. No eres tú el que se mete en la cama con la prometida de Hugh.

Durante la escena de amor del día anterior, Lane no le había quitado las manos de encima y lo que hizo no tuvo nada que ver con el hecho de interpretar a un matrimonio. Hugh y el director habían quedado satisfechos con la escena, pero eso era porque nadie se había enterado de lo que Lane había intentado hacerle a Adam bajo las sábanas.

Era extraño, pero le aliviaba que Megan no hubiera estado presente ya que no le habría gustado que se hubiera sentido incómoda.

–Lo siento, pero no te preocupes. Hugh quiere pedirte un favor, eso es todo.

El director del estudio era rico y poderoso, ¿qué iba a querer de Adam?

–¿Cuándo y dónde quiere verme?

–Ahora. En su despacho.

Adiós a la siesta.

–Que Hugh sepa que este era mi tiempo libre hasta la hora del almuerzo.

–Sabe todo lo que pasa por aquí.

¿Sabría también lo que pretendía su prometida? Lo dudaba.

–Hugh siempre devuelve los favores. Es bueno que te deba algo.

–Lo tendré en mente.

Cinco minutos después, Adam entraba en el despacho de Hugh Wilstead.

–Hola, Adam –Hugh se levantó de su enorme escritorio de caoba y le estrechó la mano con fuerza–. Gracias por venir. El rodaje está yendo muy bien.

–Es un guión muy sólido y el elenco y el equipo son fantásticos. Vas a tener una película ganadora.

–Me gusta que tengas tanta confianza en el proyecto. Siéntate.

Hugh se sentó también y se recostó en la silla.

–Me encuentro en un pequeño dilema. Este fin de semana tengo que estar en Europa para una reunión y a Lane no le hace ninguna gracia. Y cuando no está contenta, la gente que la rodea tampoco puede estarlo.

–Pues no queremos que Lane no esté contenta.

–Por eso necesito un favor.

–Dime, ¿qué necesitas?

–Los Premios Elección del Público se celebran este sábado y Lane está nominada. Me gustaría que la acompañaras, como un favor personal hacia mí.

No podía ser. Le dio un vuelco el estómago solo de imaginarse pasar la noche con Lane en lugar de con Megan.

–Tengo una cita.

–Pues eso complica las cosas.

Adam asintió mientras recordaba lo emocionada que estaba Megan.

–Tiene muchas ganas de ir y odiaría decepcionarla y dejarla plantada.

–Claro, pero habrá más entregas de premios.

Dentro de varios meses, y a saber dónde estarían cada uno por entonces. Le inquietaba saber que no estaría con ella. Le gustaba estar a su lado.

–Eres un tipo inteligente y encontrarás el modo de solucionarlo y de recompensarla, al igual que yo te recompensaré a ti.

Podía imaginarse cuáles serían las consecuencias de llevarle la contraria a Hugh, había trabajado mucho para llegar adonde estaba ahora y no quería perderlo todo por algo así, pero tampoco podía

dejar de pensar en Megan, que se sentiría muy decepcionada y con razón. Respiró hondo; decidiera lo que decidiera, alguien saldría perdiendo, alguien saldría herido. Y no quería que esa persona fuera Megan.

Unas semanas atrás habría aceptado sin dudarlo, pero ahora la idea de hacerle daño le encogía el corazón. Había pasado a significar mucho para él y la profundidad de sus sentimientos por ella estaba sorprendiéndolo.

–Estás en una posición muy difícil, nunca queremos decepcionar a las mujeres que amamos.

Vaya. Tal vez Hugh amaba a Lane, pero él no amaba a Megan. Sí, vale, le gustaba, era guapa, simpática, sexy, le gustaba besarla y estar con ella y le preocupaba lo que le pasara, pero nada importante saldría de todo ello. La amistad era una cosa y el amor... otra.

No. Él no amaba a nadie, solo a su madre. ¿Por qué iba a querer enamorarse alguien si el amor solo conducía al dolor? Sin embargo, Megan sí quería enamorarse... ¿de él? Adam no quería una novia, no quería ninguna atadura ni frenar su carrera o arriesgar su corazón... y el de ella.

Megan tenía grandes planes, unos planes que la alejarían de él, así que si de verdad sentía algo por él, el hecho de que no la llevara a la ceremonia sería positivo para ambos porque ninguno de los dos podía permitirse profundizar en su relación.

–Que Lane y tú vayáis juntos le dará mucha publicidad a la película –añadió Hugh–. Y también ayudará a tu película de los Navy SEALs.

Adam asintió ignorando esa vocecita que dentro de su cabeza le recordaba que pensara en Megan. Odiaba tener que romper una promesa porque su madre lo había hecho con él muchas veces.

–Entonces puedo contar contigo para el sábado.

No era una pregunta. Pensó en Megan; sus expresivos ojos le decían lo que estaba sintiendo, su sonrisa arropaba su corazón, el sonido de su risa le iluminaba el día y el embriagador aroma de su perfume lo mareaba de deseo. Con todo eso en mente, Adam sabía muy bien lo que tenía que hacer.

–Sí, puedes contar conmigo. Llevaré a Lane a la entrega de premios.

Porque eso evitaría que lo que fuera que tenían fuera más allá de la amistad. Era para mejor.

En el vestidor de Lane Gregory, Megan abrochaba un reloj de diamantes a la delgada muñeca de la actriz.

–¿Está demasiado apretado?

Lane movió la muñeca y respondió secamente:

–No.

Mientras Kenna estaba arrodillada arreglándole el bajo de la falda, Megan comprobaba la fotografía que indicaba todo lo que había llevado la actriz en la escena anterior. Las escenas no se grababan en orden cronológico y todo tenía que estar igual que la semana anterior.

–El nudo del pañuelo está en el otro lado.

–Ya me ocupo yo –dijo Kenna–. Tú tráeme cinta adhesiva doble para sujetarlo.

En ese momento sonó un teléfono.

–Que alguien me lo traiga –dijo Lane.

Megan le dio el teléfono y vio cómo los rasgos de la actriz se relajaban a medida que leía el mensaje.

–Gracias a Dios.

Megan y Kenna se miraron. Lane le pasó el teléfono a Megan.

–Gracias, encanto.

Sin duda el mensaje la había puesto de buen humor.

–¿Buenas noticias?

–Sí –respondió Lane mirándose al espejo–. He estado muy triste desde que me enteré de que mi prometido no podía acompañarme a la entrega de premios.

Megan sintió un escalofrío de emoción, estaba deseando ir y no solo para ver cómo era, sino para estar con Adam porque, aunque solo fueran amigos, lo echaba de menos. Adam era el protagonista de sus sueños y había logrado desbancar a Rob y hacer que se preguntara si de verdad había amado a su mejor amigo o si solo había sido una fantasía de colegiala a la que se había aferrado al entrar en la edad adulta.

–Estás nominada –dijo Kenna.

–A mejor actriz, pero mi querido y entregado Hugh ha

intercedido por mí.

–¿Al final no se marcha? –preguntó Megan.

–Sí, tiene que irse, pero ha encontrado al hombre perfecto para acompañarme a la ceremonia. Adam.

A Megan se le cayó el alma a los pies y tuvo que aferrarse al respaldo de una silla porque le fallaron las rodillas. Quería decirle a Lane que no podía ser, que debía de tratarse de otro Adam, no su Adam.

–¿Adam?

Lane se rio.

–Adam Noble. Ya sabes, mi coprotagonista.

No, no podía ser. La había invitado a ella, le había pedido permiso a Eva, todo el departamento lo sabía. ¡Tenía que ser un error!

–Yo…

Kenna tocó el hombro de Megan y la miró con comprensión.

–Seguro que lo pasarás genial –dijo Kenna.

–Con Adam como acompañante, sé que sí –miró a Megan–. ¿Ibas a decir algo, Texas?

–Yo… eh… que espero que ganes.

Lane se apartó su melena rubia.

–Yo también.

Probablemente Adam había pensado que ya que eran solo amigos, entendería por qué no podía llevarla, que tenía que anteponer su carrera a una amiga, una mujer con la que no se acostaba, una mujer que no era nada comparada con la glamurosa actriz Lane Gregory.

Estaba furiosa, no podía creer que Adam no la hubiera llamado al menos para decírselo o preguntarle, pero claro, él era la estrella y podía hacer lo que quisiera.

Eso le dolía más que cualquier cosa que le hubiera pasado con Rob. ¡Qué patético! Se preguntó qué excusa le pondría Adam y estaba deseando oírla, pero una cosa tenía clara: dudaba que lo que Adam le dijera fuera verdad.

Alguien llamó a la puerta de su rulot. Lo último que quería era compañía, necesitaba pensar qué decirle a Megan. Volvieron a

llamar y abrió la puerta.

–¿Megan?

–¿Puedo pasar?

–¿Qué pasa? –le preguntó él cuando la hizo pasar.

Megan respiró hondo.

–Lane me ha dicho que vas a llevarla a la entrega de premios.

¡Maldita sea!

–Iba a decírtelo.

–¿Entonces es verdad?

La decepción de su voz lo golpeó con fuerza. Se sentía como un cretino, como un cretino egoísta que había tomado una decisión pensando solo en él. Pero era para mejor porque a la larga acabaría haciéndole daño, así que mejor ahora que su corazón no estaba demasiado vinculado a él. O al revés.

No, eso no podía pasar. Su corazón estaba a salvo, siempre se aseguraba de ello.

–Sí, es verdad.

–Yo... –dijo ella palideciendo.

Adam odiaba verla así.

–Siento que hayas tenido que enterarte de este modo, iba a decírtelo en el almuerzo.

–¿Y eso tendría que hacer que me sintiera mejor? –le preguntó furiosa.

–No.

–No lo entiendo.

–No es por ti. Lane es la prometida de un hombre muy poderoso.

–Sé muy bien quién es Hugh Wilstead aunque solo esté trabajando en prácticas.

–Pues entonces sabrás que cuando pide algo, tienes que hacerlo o pagar las consecuencias. He trabajado mucho para llegar hasta aquí como para ahora estropearlo todo.

–Entonces, ¿lo has hecho por tu carrera? –le preguntó alzando la barbilla.

No del todo, pero no podía darle todos los motivos, no podía decirle que sus sentimientos habían tenido que ver en la decisión. Había sido más franco con ella que con cualquier otra mujer o persona en toda su vida, pero eso no se lo diría. No podía.

–Así funciona Hollywood. Los actores van juntos a las fiestas y

eventos y otros incluso fingen que son pareja. Forma parte del negocio.

Ella no dijo nada; tenía los ojos empañados. No. No quería que Megan llorara.

–Sé las ganas que tenías de ir y aún puedes ir. Te conseguiré una entrada.

–Quería ir contigo.

–Lo siento. Te lo compensaré. Lo prometo.

Una jornada de compras por Rodeo Drive estaría bien; a ella le gustaba la moda y a él le encantaría verla probándose vestidos de cóctel y algún que otro biquini.

¿Amor? No, eso no le gustaría.

–¿Como me prometiste que lo pasaría muy bien en la ceremonia? No, gracias.

–Megan...

–Eva tenía razón al decir que los actores juegan con reglas distintas.

–Ya he dicho que lo siento, ¿qué más quieres de mí?

–Nada –respondió ella con firmeza–. Entiendo que hacerse amigo de la diseñadora en prácticas es incómodo, aunque pensaba que no pasaba nada porque tú eras de los actores más sencillos y campechanos del estudio. Pero me he dado cuenta de que vivimos en mundos distintos. Tal vez nos habría ido mejor a cada uno por nuestro lado.

–Tal vez, pero no lo hemos hecho.

–Aún podemos hacerlo.

–No.

–¿Por qué no? No es que seamos amigos íntimos.

Y no lo eran, pero Adam no quería decirle adiós.

–Seguimos siendo amigos.

–¿Sí? –le preguntó confusa y con labios temblorosos–. La verdad es que me he preguntado si podríamos ser más que amigos, pero ahora sé que pensar así es una estupidez.

–Megan...

Ella dio un paso atrás.

–No nos queda más que decir.

Y con eso se marchó.

Él se dejó caer en una silla y se sintió más solo de lo que nunca

se había sentido.

Capítulo 11

Dos días después, Megan estaba en el taller separando la ropa que había recogido de la lavandería para etiquetarla y organizarla. Era un trabajo tedioso, pero la mantenía distraída y eso era justo lo que necesitaba.

Bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Necesitaba más café o alguna bebida energética para aguantar todo el día después de pasar la noche despierta.

Le quitó la bolsa de plástico a una camisa blanca y volvió a etiquetarla con el nombre del personaje, Maxwell, y el número de la escena, el diecisiete, para poder colgarla en el perchero correspondiente. El de Adam.

No, no quería pensar en él, pero había rastros suyos por todas partes. Tanto ahí como en casa.

Cuando llegó a casa el día que se enteró de que Adam iría con Lane, encontró un ramo de flores en su puerta acompañado por una tarjeta: «Deja que te lo compense».

Le había dado las flores a su vecina, la señora Hamilton, porque no quería nada de Adam. Quería olvidarlo y seguir creciendo.

Sentirse decepcionada era una cosa, pero eso había sido una constante en su vida desde que había nacido. Hiciera lo que hiciera, parecía que siempre se equivocaba. Lo que más la molestaba de lo que había pasado con Adam era el hecho de sentirse tan dolida. ¿Cómo había llegado a ese punto? Lo emocionada que estaba por ir a los premios no se debía al hecho de vivir esa divertida experiencia, se debía principalmente a estar con Adam.

Sí, había sido un cretino por cómo había manejado la situación, pero todos los hombres eran iguales. Cierto, no le gustaba cómo había actuado, pero ¿no habría hecho ella lo mismo?

Por otro lado, ¿qué significaba para Adam? No era su novia ni su mejor amiga, habían salido una noche, nada más. La amarga verdad dolía porque había querido que fuera algo más, pero al final todo había sido… como con Rob.

Qué tonta había sido.

Había vuelto a enamorarse de un amigo, había soñado en lugar de centrarse en la realidad de la situación.

Seguía siendo la misma cría que se evadía en las películas de princesas donde la madrastra perdía y la princesa era rescatada por un guapo príncipe y todos vivían felices para siempre. Nada de lo que había pensado o sentido había sido más real que los dibujos de los cuentos de hadas. Ni con Rob ni, mucho menos, con Adam.

En cierto modo, seguía intentando hacer lo que su madre quería, encajar y ganarse el respeto de los demás para que no la vieran distinta.

Pero eso se había acabado.

Se acabó.

Se acabaron los enamoramientos.

Se acabó eso de desear lo que no podía tener.

No necesitaba que nadie la definiera o la ayudara a encajar, ella podía hacerlo sola y debería haberlo hecho hacía mucho tiempo. Pero nunca era tarde para empezar.

Arrancó la funda de plástico de una camisa de seda morada; una de las prendas de Lane. Contuvo un suspiro y se recordó que debía seguir adelante.

En ese momento, Kenna y Rosie entraron en el taller riéndose y con cara de haber ganado la lotería.

–¡No te lo vas a creer!

Megan colgó la camisa.

–¿Qué pasa?

–Tres entradas para la entrega de premios. Una para cada una. ¡Tenemos que ir!

–Y además estamos en las listas de las fiestas que se celebrarán después y tenemos una limusina a nuestra disposición para toda la noche. ¡Lo viviremos a lo grande!

–Adam –dijo Megan desanimada.

–Por favor, no dejes que lo que ha pasado con Adam te impida salir.

–Le dije a Adam que no quería nada de él.

–¿Y? Nos hada dado algo a las tres –Kenna sonrió–. Está claro que intenta ganarte otra vez.

–Más bien intenta limpiar su conciencia.

–¿A quién le importa las razones que tenga? –preguntó Rosie marcándose un baile–. Vamos a ir a la entrega de premios, tenemos asientos y podremos entrar en las fiestas. Todo lo demás no importa.

–No sé.

–Pues yo sí –contestó Kenna con firmeza–. Estás decepcionada y yo también lo estaría, pero te has hecho la valiente y no has dejado que interfiriera en tu trabajo.

–Así es como hacemos las cosas en Texas.

Aunque en realidad no sabía cómo iban las cosas por allí ni por Austin. No había vuelto a saber nada de Rob desde que la había informado de que había recibido el autógrafo, y lo cierto era que no lo echaba de menos.

Sus sentimientos hacia él ya no eran tan intensos. Rob era una persona leal y familiar, pero no era el amor de su vida.

–Mi padre solía decir que todo pasa por alguna razón y esto no es distinto –añadió Megan. Tal vez lo de Adam había tenido que suceder para que ella se diera cuenta de que no amaba realmente a Rob–. Creo que deberíais ir las dos y pasarlo genial. Tony puede usar mi entrada, yo me lo voy a saltar.

–No te lo vas a saltar –anunció Eva desde la puerta del taller.

¿Desde cuándo estaba ahí?

–Vas a ir a la entrega de premios, pero no con Kenna y Rosie.

Megan la miró confusa.

–Adam…

–Tampoco irás con él. Mi ahijado, Zachary Carleton, será tu acompañante. Está nominado a Mejor Intérprete de Acción y a su acompañante han tenido que operarla de la apéndice.

Kenna sacudió la cabeza.

–Cuando trabajaba en prácticas nunca me pasó nada así.

Rosie asintió.

Zach Carleton era un guapo actor que tenía más o menos la edad de Megan. ¡No podía creerse lo que le estaba pasando!

–Agradezco todo lo que has hecho por mí, Eva, pero he de ser sincera: no entiendo por qué.

–Érase una vez una joven diseñadora de vestuario que se enamoró de un actor mayor que ella. Creía que él también estaba enamorado de ella, pero se aburrió y despidieron a la diseñadora.

–¿Eras tú? –preguntó Megan asombrada.
Eva asintió.
–Pero no actué de un modo tan profesional como lo has hecho tú. Estos últimos días has demostrado lo que vales y después de haber visto tu vestido, está claro que tienes talento. Mereces ir a la entrega de premios y sentarte en primera fila.
Un cosquilleo le recorrió la espalda. No se podía creer que le estuviera ocurriendo aquello.
–No quiero avergonzar a tu ahijado. Me pondré muy nerviosa.
–No pasa nada por eso, lo único que tienes que hacer es no dejar que se note. Hagas lo que hagas, no bebas demasiado durante el día y menos antes de que empiece la ceremonia. No querrás pasarte todo el tiempo en el baño y perderte la diversión, porque puedo garantizarte que vas a pasarlo de maravilla. Zachary se asegurará de ello.
¡Tragafuegos había resultado ser su hada madrina!
–Gracias, Eva.
–Tienes que estar aquí el sábado a las once de la mañana. Cuando hayamos terminado contigo, el señor Adam Noble se abofeteará a sí mismo por haber llevado al baile a la princesa equivocada.

En el exterior del Shrine Auditorium, Adam agarró la mano de Lane para ayudarla a salir de la limusina, aunque en realidad deseaba estar dándole la mano a Megan.
El sonido de los aplausos y de los flashes de las cámaras llenaba el aire de la tarde. Los eventos empezaban pronto en la Coste Oeste para que pudieran verse en horario de máxima audiencia en la Costa Este.
Una mujer gritó y un grupo de chicas coreó:
–¡Neptuno!
Lane enarcó una ceja.
–Qué fans más entregadas.
Él saludó a las chicas con una sonrisa.
–Las mejores fans del mundo –dijo mirando hacia la alfombra roja porque no le interesaba su acompañante.
Cuando fue a soltarle la mano, ella no lo permitió.

–Sonríe a las cámaras, cariño.

Él se plantó su sonrisa más encantadora, la misma que había perfeccionado en los últimos dos años, la que aparecía plasmada en muchas portadas de revistas. Si Megan hubiera sido su acompañante, su sonrisa habría sido genuina.

«No pienses en ella».

Dos escalones por debajo de la alfombra roja, los periodistas lanzaban preguntas.

–¿Dónde está Hugh?

–¿Quién ha diseñado tu vestido?

–¿Es verdad que vuestro romance en la película ha traspasado la pantalla?

–¿Llevas un esmoquin de Armani?

–¿Cómo va el rodaje?

–¿Estás nervioso por el estreno de *Navy SEALs*?

La sonrisa de Adam no se desvaneció ni un instante.

–¿No es divertido? –le preguntó Lane al oído.

Cada minuto que pasaba con ella parecía robarle cinco minutos de su vida, pero formaba parte de su trabajo. La magia del cine se trasladaba a la vida en Hollywood y gran parte de ello no era real. Parejas fingidas, mentiras, sonrisas falsas...

–Sí, superdivertido.

–Aprovecha el momento –le dijo ella con exasperación–. Si no te quieren todos, estás acabado.

Lane necesitaba ser la reina del estudio para demostrar que seguía siendo deseable, que no quedaría desbancada por alguien más joven y más guapa. Por eso había hecho que despidieran a Annie. Porque tenía celos.

Tras ellos en la alfombra roja, un alboroto anunció una nueva llegada.

–Debe de haber llegado uno de esos ídolos adolescentes. Las chicas se vuelven locas por ellos –dijo Lane–. ¿Es alguien a quien deberíamos saludar?

Adam miró atrás y vio a Zach Carleton firmando autógrafos mientras los miembros de seguridad contenían a las chicas que no dejaban de gritar.

–Es ese chico, Zach C. Está nominado para Mejor Intérprete de Acción.

–Oh, es una monada. ¿Con quién está?

Adam miró de nuevo y vio a Zach de la mano de una mujer con una larga melena ondulada y un sexy vestido morado con una abertura más sexy todavía a un lado. Era una belleza y tan joven como el actor. Se parecía casi a... Se le paró el corazón. ¡Megan!

–¿Qué? –preguntó Lane.

Zach posó la mano en la parte baja de la espalda de Megan y Adam apretó los dientes. El joven le susurró algo al oído y ella sonrió tímidamente. Zach se rio y Adam se vio sumido en un ataque de celos al ver cómo los dos parecían muy cómodos, como una auténtica pareja.

Apenas podía tragar y un frío sudor le recorría la espalda.

–Son jóvenes y atractivos y parece que a la prensa le gusta la pareja que hacen.

–Bueno, pues a mí no me impresionan. La pareja de Zach me suena, debe de ser una de esas actrices de televisión.

Adam saludó a la multitud, pero sin dejar de mirar a Megan. No podía evitarlo.

–No es actriz.

–La conozco de algo –le contestó Lane mientras posaba para una foto.

–Es la chica de prácticas de Eva –dijo Adam sin apenas poder pronunciar las palabras.

–¿Texas?

Adam asintió evitando dejar ver cómo se sentía.

–¿Y cómo ha terminado con él? ¿Aquí?

–No tengo ni idea.

Pero estaba decidido a descubrirlo.

Megan se sentía como Cenicienta en el baile. La habían agasajado en la alfombra roja, le habían permitido hablar sobre el vestido que ella misma había diseñado y se había sentido como una princesa de cuento acompañada por su encantadora pareja, Zach. Incluso la había besado en la mejilla cuando le dieron el premio como Mejor Intérprete de Acción.

Ahora estaba con Zach en una fiesta organizada por uno de los estudios más importantes, y también estaban allí Rosie, Kenna y

Tony, aunque los había perdido de vista por enésima vez esa noche.

–Ha sido una noche mágica. Me siento como Cenicienta –le dijo a Zach de la mano mientras bailaban.

Él sonrió.

–Con la diferencia de que no tienes que estar en casa a medianoche. Te aseguro que la limusina no se convertirá en una calabaza –le dio una vuelta y con el movimiento Megan perdió uno de sus zapatos. Bueno, no importaba, ya lo encontraría cuando terminara la canción–. Tengo que darle las gracias a mi madrina por haberme encontrado una pareja tan preciosa.

–Gracias.

Le gustaba Zach, pero por desgracia no sentía ninguna chispa a su lado. Solo amistad.

–Ojalá no tuviera que irme a rodar durante tres meses. Imagino que sería una estupidez pedirte que me esperaras.

–No es una estupidez, es algo extremadamente dulce. ¿Quién sabe dónde estaré o qué estaré haciendo dentro de tres meses? Y lo mismo te pasará a ti. Pero tienes mi móvil, así que llámame cuando vuelvas a la ciudad.

Aunque para entonces seguro que el chico ya habría encontrado a otra.

–Lo haré –le respondió él con entusiasmo.

Cuando la música terminó, un hombre llamó a Zach.

–¿Te importa si voy a saludar a alguien?

Era un chico encantador, algo más joven que ella, pero una monada.

–Adelante.

Megan se dispuso a buscar su zapato, pero no lo encontró. ¿Dónde estaría? De pronto, Adam apareció a su lado y el corazón le dio un vuelco. Qué guapo estaba con ese esmoquin de Tom Ford, si no se equivocaba.

–¿Has perdido a tu pareja? –le preguntó él.

–Está saludando a un amigo, pero lo que he perdido es un zapato.

Adam sacó la mano de detrás de la espalda y de ella colgaba un zapato plateado. Eva y el resto del departamento se los habían regalado.

–Muchas gracias.

Él apartó la mano.

–Yo te lo pongo.

Cuando Adam se arrodilló, ella sacó la pierna y acercó el pie y él, con delicadeza, se lo puso. Mientras le abrochaba la pulsera, rozó su tobillo y despertó un cosquilleo que le recorrió la pierna.

–¿Qué tal te va?

Ella se aclaró la voz; se le había quedado la garganta seca de tanto calor.

–Bien.

Adam se levantó y le dio la mano.

–Baila conmigo.

–Nuestras parejas...

–Están con otros. ¿Qué pasa por un baile entre amigos? Te considero mi amiga, aunque tú no lo creas.

Megan no estaba preparada para mantener esa conversación, pero si bailaba con él no tendría por qué hablar.

–Un baile.

Adam la llevó a la pista.

–Eres la mujer más hermosa que hay aquí esta noche –le dijo rodeándola con sus brazos y acercándola a sí a la vez que le acariciaba la palma de la mano con el pulgar.

–Gracias –respondió invadida por un intenso cosquilleo. Odiaba que su cuerpo reaccionara así ante su presencia–. He tenido mucha ayuda.

–¿El vestido?

–Lo he hecho yo, pero los demás han retocado mi diseño.

–Impresionante.

–Me gusta cómo ha quedado.

–Estoy celoso.

Ella se echó atrás.

–¿Cómo dices?

–No soporto tener que verte con otro hombre. Jamás debería haber accedido a traer a Lane.

Una mezcla de emociones embargó a Megan por mucho que deseaba que esas palabras no hubieran despertado tanto placer en ella. Tenía que ser cauta, aunque también sabía que jamás olvidaría ese momento.

–Hay lecciones que se aprenden por las malas.

–No volveré a cometer el mismo error dos veces –le dijo con una mirada cargada de pasión–. Vamos.

Sin soltarla de la mano, la sacó de la pista y la llevó hacia un rincón fuera del gran salón.

–¿Qué crees que estás haciendo? –le preguntó Megan soltándole la mano después de asegurarse de que nadie los veía.

–Es hora de que admita la derrota. Te deseo.

Ella medio se rio, medio se atragantó, una reacción fruto de los nervios.

–Esta no soy yo.

–Sé quién eres –le contestó él mirándola de arriba abajo–. El aspecto que tienes ahora lo has llevado siempre en tu interior porque, de lo contrario, jamás habrías diseñado ese vestido. Has estado demasiado nerviosa y asustada como para mostrarle a la gente quién eres en realidad, tanto en Larkville, como en la facultad, como aquí.

Adam sabía quién era, la comprendía, y darse cuenta de ello la complació tanto como la asustó.

–He visto cómo eres en realidad y me gusta lo que veo. Estoy preparado para admitirlo por fin.

Una parte de ella quería salir corriendo, fingir que nada de eso había pasado porque era demasiado arriesgado para su mente y para su corazón, pero la mirada de Adam la tenía cautivada, la había hecho presa y no podría haberse movido aunque hubiera querido. Por otro lado, no podía olvidar cómo se había comportado y cómo la había tratado.

–¿Así que vas a disculparte y ya está? ¿Y cuando vuelva a pasar?

–He sido un amigo penoso –dijo y sonó sincero–. Lo siento, pero cuando estoy a tu lado, no siempre pienso con claridad.

Eso lo entendía porque a ella le pasaba lo mismo con él.

–Conozco esa sensación.

–Quiero que volvamos a intentarlo.

–¿Lo de ser amigos?

–Tenemos que empezar por alguna parte si queremos ser más que amigos.

Ella separó los labios asombrada. Más que amigos. Esas palabras resonaron por su tembloroso corazón. ¿Podía arriesgarse a hacerse ilusiones?

Adam bajó la cara y la besó con un deseo que le robó el aliento y la dejó deseando más. No era un beso de ensayo, en esa ocasión no había guión de por medio. El beso era... real.

Se aferró a él recibiendo más besos mientras él le dejaba claro que la deseaba. Ella tampoco podía negar que lo deseara. Rodeada por los brazos de Adam, se dejó llevar por las sensaciones que la recorrían; en ese momento besarlo era lo único que importaba, estar con él la hacía feliz.

Lo besó con intensidad, explorando su boca con la lengua y a cada segundo que pasaba, el calor se intensificaba y el deseo ardía dentro de ella. Quería más, mucho más.

Un gemido escapó de sus labios y Adam se apartó. Parecía tan invadido por el deseo como ella.

–¿Por qué me has besado así?

–¿Por qué me has devuelto el beso?

Ella tenía las mejillas encendidas.

–Yo he preguntado primero.

Él deslizó los dedos sobre sus labios.

–Dijiste que te habías planteado que fuéramos más que amigos y quería demostrarte cómo sería. Está bastante bien, ¿no?

La palabra que Megan emplearía sería «alucinante», pero eso no quería decírselo. No quería perderse en otro mundo de fantasía, tenía que ceñirse a la realidad y a las relaciones reales. Aunque los besos de Adam habían parecido tan reales...

–Misión cumplida.

–Pensé que iba a necesitar convencerte más.

Megan se vio tentada.

–Hemos venido con otras parejas.

–Y soy el culpable de eso, pero otro beso...

–Zach y Lane estarán preguntándose dónde estamos.

–No pienso dejar esto así.

Ella tampoco quería dejarlo así, pero necesitaba tiempo para pensar. Para pensar en él y en lo que quería o no quería. Tenía que tener cuidado.

–Lo sé.

–Quiero una segunda oportunidad.

–Eso también lo sé –se humedeció sus inflamados labios–. No estoy segura de que ahora mismo tenga sentido que seamos algo

más que amigos.

–Piensa en todos los besos y en las otras cosas que podríamos hacer juntos.

–No quiero una aventura.

–Yo no soy de relaciones largas y estables.

Ella suspiró.

–Pues no sé dónde nos sitúa eso.

–Podemos intentar aprovechar todo el tiempo que estemos juntos durante el rodaje. Deberías aprender a divertirte. Eso no significa que tenga que haber sexo, pero sí algo más que besos. Puedo enseñarte lo que es el romanticismo.

Mantener el sexo al margen de su relación les permitiría conocerse bien mientras trabajaban en el rodaje, pero había algo que Megan no podía olvidar.

–Eva…

–O ni tantos besos ni tanto romanticismo. De acuerdo, con tal de que pasemos rato juntos. Pero todo depende de ti, tú decides.

Megan nunca se había visto teniendo que tomar una decisión así, pero le gustaba cómo la hacía sentir, tan llena de poder.

–Aprovechemos todo el tiempo que tenemos. Estoy dispuesta a divertirme y a ver adónde nos lleva esto.

Adam sonrió.

–Me parece bien.

A Megan también, solo esperaba no estar cometiendo un gran error…

Capítulo 12

Cuando el rodaje salió de Los Ángeles para ubicarse en Albuquerque, Nuevo México, Adam no podía estar más feliz con el hecho de que Megan le hubiese dado una segunda oportunidad. Su dulce personalidad y su sentido del humor le hacían sonreír constantemente. No quería que su relación se complicara demasiado, pero de vez en cuando y solo en la privacidad de su rulot, se besaban apasionada y ardientemente.

Una vez finalizara el rodaje, cada uno seguiría con sus proyectos laborales, pero Adam se preguntaba si seguirían viéndose.

Cuando se dirigía a su rulot situado junto a una vieja escuela que estaban utilizando como prisión, Lane lo vio y lo llamó.

–Adam.

–¡Hola! –exclamó gruñendo por dentro.

–Hoy has estado genial –esa mujer nunca se rendía. No obstante, él ignoró sus flirteos.

–Gracias.

–Me preguntaba si querrías cenar conmigo esta noche. He oído que hay un asador a veinte minutos de aquí.

Vaya, qué curioso, creía haberla oído decir que ella no comía carne roja.

–Gracias, pero no puedo.

Iba a cenar con Megan y estaba deseando verla cuando volviera del motel. Sin duda estaría cansada por tener que lavar tanta ropa, así que tal vez necesitaba un masaje en la espalda.

Contuvo una sonrisa. No quería que Lane pensara que sonreía por ella.

–¿Y qué excusa tienes esta vez? ¿Que tienes una cita?

–Pues sí, la tengo.

–¿Con quién? –preguntó horrorizada.

Cuando él no respondió, Lane nombró a varias actrices y empleadas del equipo.

–No.

–Pues eso solo deja a… Texas –puso mala cara–. Por favor, no me digas que vas a salir con esa vulgar chica en prácticas.

En prácticas, sí. De vulgar, nada. Megan tenía más clase en su dedo meñique que Lane en todo su cuerpo.

–De acuerdo, no te lo diré.

Y con eso se marchó mientras Lane gritaba su nombre. Solo quedaban un par de semanas para que terminara el rodaje, pero ya había aguantado demasiado a Lane Gregory. Tal vez así se la quitaría de encima de una vez por todas y eso esperaba, porque la única mujer en la que quería tener que pensar era Megan.

Megan probó la plancha con una funda de almohada del motel. Se había pasado la mañana lavando ropa y no quería estropearlo todo quemando una prenda porque entonces tendría que repararla y prefería pasar ese tiempo con Adam.

Desde la entrega de premios las cosas habían marchado muy bien entre ellos. Estaba empezando a conocerlo bien y a entenderlo y se sentía cómoda a su lado, tanto que había pensado que esa relación podía pasar a ser algo más.

La plancha parecía ser adecuada, no había dejado marcas en la funda. Agarró uno de los trajes de preso; lo plancharía y después se ocuparía de los trajes utilizados en la última escena.

Cuatro horas después, desenchufó la plancha. Misión cumplida. Ya podía volver al set… y al lado de Adam.

Lo había echado de menos y ansiaba verlo.

Mientras lo recogía todo, oyó pisadas fuera del motel y alguien llamó a la puerta.

–Eva –dijo al abrirla y cuando la vio pálida y abatida, preguntó–. ¿Va todo bien?

–No –respondió la mujer al entrar y cerrar la puerta.

–¿Qué pasa?

–Te han despedido.

¿Despedido? La miró sin poder creérselo. Nadie se había quejado de su trabajo.

–¿Por qué?

–Lo ha exigido uno de los protagonistas –le contestó.

Se quedó sin aire y se le hizo un nudo en el estómago antes de

dejarse caer en una de las camas.

–No… –no se atrevía a pronunciar su nombre, le costaba respirar, sentía presión en el pecho.

–No, no es Adam.

No debería haber dudado de él, pensó aliviada. Pero, ¿entonces…?

–Lane Gregory.

Eva asintió.

–No lo entiendo. No he trabajado mucho con ella, pero las veces que lo he hecho, siempre ha sido agradable conmigo. ¿Por qué me ha despedido?

–Por celos.

–Lane no tiene motivos para estar celosa de mí.

–Eres joven, tienes talento, eres delgada y guapa. A veces con eso basta para enfadarla, pero además en este caso, Adam se ha fijado en ti y eso no le gusta porque lo quiere solo para ella.

–Está comprometida.

–Hollywood es todo un mundo en sí mismo. Aquí pasan cosas que no pasarían en ninguna otra parte. Si te sirve de consuelo, Adam ha salido en tu defensa. Me ha impresionado cómo se ha enfrentado a Hugh Wilstead, pero Hugh se ha puesto de parte de Lane.

Bueno, al menos Adam lo había intentado. Había luchado por ella y eso era algo… ¡era mucho!

–Bueno, ¿y ahora qué pasa?

–Tienes que recoger tus cosas y volver a Los Ángeles.

–¿Y mis prácticas?

–Lo siento. El trabajo que tengo que hacer está aquí.

A Megan se le hizo un nudo en la garganta. Había trabajado mucho y todo se había ido al traste por una actriz celosa. Pero no, no pensaba llorar. Tenía que ser profesional.

–Lo entiendo –dijo alzando la barbilla.

Y lo entendía. Ya la habían advertido, pero había sido demasiado ingenua al pensar que una mujer comprometida no podría estar celosa de su relación con Adam.

¿Qué iba a hacer ahora? La idea de dejar a Adam y volver a Larkville le provocaba náuseas.

–Esperaba que mis prácticas pudieran ayudarme a encontrar un

empleo fijo, no quiero volver a Texas.

–Pues no vuelvas. No dejes que una arpía celosa como Lane Gregory te impida perseguir lo que quieres. Tienes talento, ahora tienes algo de experiencia, y además tienes contactos. Saca el mayor partido de todo esto.

Era verdad, tenía todas esas cosas, pero sobre todo tenía a Adam.

–Gracias, Eva, he aprendido mucho.

–Has hecho mucho –respondió la mujer emocionada–. Deja aquí los trajes. Le diré a Kenna que se ocupe. En cuanto termines de hacer las maletas, un coche te llevará al aeropuerto.

–¿En serio?

–Lane lo ha exigido. Dice que resultas una distracción en el rodaje.

¡Era increíble!

–¿Puedo despedirme de todos?

–No se te permite volver al set de grabación.

Todos estaban allí, incluido Adam. Le temblaron las manos.

–¿Te despedirás de todos por mí?

–Sí.

–¿Y qué pasará cuando llegue a Los Ángeles?

–Relájate un par de días, redacta de nuevo tu currículum, contacta con todo el mundo que hayas conocido y diles que buscas cualquier clase de empleo en vestuario. Puedes usarme como referencia sin ningún problema.

–Gracias –Megan agradecía los consejos, pero se dio cuenta de que estaba tan sola como lo había estado en Larkville. Obligándose a respirar, fue al armario y sacó su maleta.

Desde que había llegado a Los Ángeles, su vida había girado en torno al rodaje. No conocía a nadie que no perteneciera al negocio del cine, excepto a su vecina, la señora Hamilton.

Nunca había buscado trabajo, así que no sabía cómo se hacía, pero tendría que averiguarlo. Adam sabría lo que debía hacer, pero el problema era que no podría verlo hasta que pasaran dos semanas, que serían las semanas más largas de su vida.

¡Maldita sea! Lane no había perdido el tiempo.

Adam cruzó la entrada del pequeño aeropuerto de Albuquerque, ese lugar en mitad de la nada. Había luchado por Megan, incluso se había enfrentado a Hugh, pero él, a pesar de deberle un favor, no le había escuchado, solo se había limitado a calmar la ira de su celosa prometida. No había tenido oportunidad de reconfortarla ni de llevarla al aeropuerto, pero ahora ya estaba ahí para decirle...

Adiós.

Tenía que hacerlo. Ya eran dos las veces que Megan había resultado herida por su culpa, así que para protegerla, tenía que dejarla marchar.

El lugar habría estado prácticamente desierto de no ser por algunos empleados uniformados y una mujer sentada en una silla con su equipaje en el suelo.

–Megan.

Ella se levantó de la silla y corrió a sus brazos.

–Qué alegría que estés aquí.

Adam la abrazaba con fuerza, quería tenerla cerca una última vez.

–Lo siento mucho.

–Eva me ha dicho que has salido en mi defensa y que has luchado por mí. Gracias.

–Lane está loca, te vendrá mejor estar alejada de ella.

–Pero eso significa que tengo que estar lejos de ti.

Su vulnerabilidad lo hizo pedazos. Quería tomarla en brazos y acunarla en su regazo para poder besarla hasta que ese dolor se desvaneciera de su rostro y su sonrisa regresara, pero si lo hacía, ella acabaría sufriendo más y eso no podía permitirlo.

–El rodaje casi ha terminado.

Megan se puso de puntillas y lo besó suavemente. Con ternura, con dulzura. En Los Ángeles nada los separaría, ni Eva con sus normas, ni Lane. Podrían estar juntos por fin y pasar al siguiente nivel.

No, no podrían. Él no podría.

–Megan –le dijo dando un paso atrás.

–Contaré los días hasta que vuelvas a Los Ángeles.

Adam dio otro paso atrás.

–Solo estaré allí uno o dos días, después me marcho a rodar un nuevo proyecto.

–Oh.

Odió decepcionarla, igual que otros hombres habían decepcionado a su madre.

–El rodaje durará tres o cuatro meses.

–Pero… –empezó a decir ella, confusa.

–Ha sido divertido, pero dijimos que aprovecharíamos todo nuestro tiempo juntos.

–Y ahora ese tiempo ha acabado.

Era mejor para los dos, se recordó. Era mejor para Megan.

–Quedamos en eso.

–Lo sé, pero creía… –le dijo con voz temblorosa.

–¿Qué?

–Nada. Me equivocaba al esperar más. Ahora veo que nunca pretendiste que esto fuera más que una aventura.

–No ha sido una aventura. No nos hemos acostado –pero sí que se habían besado y se había acercado a ella más que a ninguna otra mujer–. Me gustas mucho y he pensado que podríamos vernos cuando esté en Los Ángeles. Somos jóvenes, no hay nada malo en que nos divirtamos.

–Pero podríamos tener mucho más.

–Mi vida es… No soy bueno para ti.

–Lo que de verdad quieres decir es que continuar con lo que hemos empezado es complicado.

–No quiero sentar cabeza.

–Cuanto más fácil, mejor.

–Las cosas fáciles no tienen nada de malo.

–Pero las mejores cosas de la vida no son fáciles. Requieren esfuerzo y mucho trabajo. Es interesante ver lo mucho que te esfuerzas por perfeccionar tus papeles y lo poco que te importa poner ese mismo esfuerzo en tus relaciones.

Él tenía que mantenerse firme y fuerte por el bien de los dos.

–Somos amigos. No tenemos ninguna relación.

–Porque tienes demasiado miedo. Te gusta terminar las cosas antes de que puedan ir mal.

–Las termino cuando llega el momento.

–Cuanto más breve sea una relación… quiero decir, una aventura… mejor. Por eso estás echándote atrás, porque ves que podríamos tener algo estable y duradero.

–Yo no tengo esa clase de relaciones. Estás mejor sin mí. Mereces algo mejor.

–¿Y con quién me iría mejor? ¿Con Zach?

Imaginarla con otro hombre le removió las entrañas.

–De ninguna manera.

–¿Con Rob?

–No es el adecuado para ti.

–¿Y quién es el adecuado para mí? Creía que eras tú.

Sus palabras le atravesaron el corazón, pero Adam no podía permitirle ver lo mucho que había llegado a significar para él, tanto como amigo, como algo más. Se había acercado a ella más que a nadie en su vida, ¿y si tenían una relación y Megan decidía dejarlo? No era un riesgo que quisiera correr porque la gente siempre se marchaba y te abandonaba.

–Mírame. Mi vida es una locura. Tú tienes un talento increíble, no querrás complicar tu vida con alguien como yo. Admítelo. No soy un tipo tradicional y a mi lado solo serías infeliz.

–Vaya, así que haces todo esto para que sea feliz.

–Quiero lo mejor para ti.

–¿Y si no quiero una vida tradicional en una casita con una valla blanca? ¿Y si lo que quiero es tener una carrera como diseñadora de vestuario que me lleve a rodajes en los que tenga oportunidad de hacer cosas emocionantes?

–Si esa es la clase de vida que quieres, entonces necesitas a alguien más estable que te sirva de ancla para cuando quieras volver a casa.

–¿Es eso lo que necesitas tú?

La necesitaba a ella. Ojalá...

–Me va bien solo.

–Te iría mejor conmigo. Quiero que seas mi ancla. Y yo puedo ser la tuya.

–Ya te he hecho daño dos veces e incluso has perdido tus prácticas por mi culpa. Es mejor que te alejes de todos los problemas que te he ocasionado.

–¿Has olvidado que fuiste tú el que dijo que quería una segunda oportunidad conmigo?

–No lo he olvidado. Tuve mi segunda oportunidad, y ahora es momento de seguir adelante. Tienes que aprender que pasarlo bien

con un amigo no significa que haya algo más que una amistad.

–Es increíble. Hasta ahora has hecho de mejor amigo, de chico malo y ahora haces de protector. ¿Cuál será tu próximo personaje conmigo?

–¿De qué estás hablando?

–Estás buscando excusas. Vas de valiente porque practicas deportes extremos, pero eres un cobarde cuando se trata de la vida. Del amor. Estás utilizando estos personajes para esconderte y evitar que la gente se acerque a ti.

–Eso no es verdad. No sabes de lo que hablas. No soy un cobarde.

–Pues es lo que yo veo.

A Adam le gustaba Megan, ella lo conocía bien, demasiado bien, pero él no quería arriesgar y confiar en que las cosas fueran a funcionar entre los dos. No se expondría a esa clase de dolor.

–Me gustan los desafíos, pero no los desafíos en los que no tengo oportunidad de triunfar.

–Eso es muy triste –tenía los ojos brillantes, pero de ellos no cayó ninguna lágrima–. Si no estás dispuesto a arriesgarte, a arriesgar tu corazón, jamás triunfarás en lo que de verdad importa en la vida. Y acabarás... solo.

Capítulo 13

Quedaban tres días de rodaje y Adam se sentía más desdichado que nunca en su vida. Lo único que evitaba que se pasara las noches en el bar era la necesidad de dar lo mejor de sí en la película, aunque dudaba que fueran a nominarlo por su actuación después de la tensión que había ahora en el set entre Lane y él.

Se sentía solo y aunque había querido evitar sufrir, no había hecho más que pasarlo mal desde que Megan se había marchado.

Sonó su móvil y el tono de llamada le indicó que se trataba de su madre, que ahora se encontraba en Europa después de haber hecho el crucero.

–¿Mamá?

–Hola, Adam. Espero que el rodaje esté yendo bien.

–Volveré a Los Ángeles en un par de días. ¿Qué tal tus vacaciones?

–Maravillosas. He conocido al hombre perfecto.

Adam se estremeció. Otra vez no.

–¿Y quién es?

Probablemente, un cretino más.

–Se llama Joseph Weber. No ha sido amor a primera vista, pero no he tardado en darme cuenta de que por fin he encontrado al hombre adecuado.

Sí, eso Adam ya lo había oído antes.

–Voy a hacer que investiguen a ese tipo.

–No, cielo, no es necesario, a menos que eso te haga sentir mejor. Joseph tiene su propia empresa de seguridad en San Diego. Es un hombre muy correcto y formal.

Aun así, lo investigaría.

–Al menos no vivís muy lejos si queréis seguir viéndoos.

–Oh, claro que nos veremos. Sé que no he sido la mejor madre del mundo, siempre he antepuesto mis necesidades a las tuyas, pero siempre he sabido que encontraría lo que los dos necesitábamos. He tardado más de lo que creía, pero pienso que te gustará Joseph

tanto como a mí.

A Adam se le encogió el corazón. No quería que su madre volviera a vivir otra decepción.

–Tendrás que presentarnos.

–Te llamaré cuando esté en casa.

En cuanto colgaron, se aferró al teléfono temeroso de que su madre volviera a sufrir y tuvo que controlarse mucho para no recurrir a la persona con la que más cómodo se sentía, la única persona a la que quería ver y oír. Megan. La echaba de menos.

Estar con ella lo hacía más fuerte y más feliz y le hacía querer ser un hombre mejor. Ella se había preocupado por él más que nadie en el mundo y él la había dejado marchar.

Sí, era verdad, había sido un cobarde. Incluso su madre era más valiente que él porque nunca había renunciado a encontrar al hombre de su vida y se había arriesgado por ello.

Adam ni siquiera lo había intentado. Le había dado demasiado miedo acabar sufriendo y se había mantenido alejado de todo el mundo, incluso en ocasiones de su madre, por el modo en que su padre lo había abandonado años atrás.

¿Qué estaba haciendo?

No podía perder a Megan por miedo. Tenía que intentarlo, tal vez lo suyo podía funcionar, debía confiar en ello y probar… si no era demasiado tarde.

Megan estaba agotada cuando, de nuevo en Los Ángeles, metió en la maleta la última prenda que quedaba en su armario. Ya lo tenía todo listo, solo deseaba poder haber embalado también su corazón destrozado.

Ya apenas podía dormir, y ni la comida ni nada la atraía. ¡Maldito Adam Noble!

Estaba furiosa con él por no haberse arriesgado a darles una oportunidad y con ella misma por haberse enamorado de un hombre que no la correspondía. Se sentía triste y vacía y ni siquiera la propuesta de Rob de ir a visitarla sin Pru la había hecho sentir mejor. Pero no siempre se sentiría así. Al menos, eso esperaba.

Arrastró la maleta hasta la puerta. Todo lo que poseía eran tres cajas, dos maletas y una mesa pequeña.

Miró a su alrededor. A pesar de haber pasado gran parte de su tiempo en los estudios, ese pequeño apartamento había sido su hogar, el primer lugar en el que había encajado y se había sentido ella misma, sin ocultarse, sin fingir. No, eso ya no volvería a hacerlo. Había aprendido una lección.

Cuando regresara a Larkville en octubre para el homenaje a su padre y la reunión familiar con sus medio hermanos, todos tendrían que aceptar su forma de ser, tendrían que aceptarla a ella. Y aunque no lo hicieran, le daría igual porque ahora era una mujer mucho más fuerte y segura de sí misma que cuando se marchó de allí.

Pensó en Adam y se le encogió el corazón. Lo mejor era olvidar todo lo que tuviera que ver con él, ese era el único modo de recuperarse. No era la primera mujer a la que rompían el corazón y, por desgracia, tampoco sería la última. ¡Pero ya había llorado demasiado, ya era suficiente!

Algún día echaría la vista atrás y se reiría del tiempo que había pasado con un famoso actor. Algún día. Ojalá pudiera ser ya mismo.

Con un suspiro, cargó el coche y decidió echar un último vistazo a su apartamento para asegurarse de que no olvidaba nada.

Al entrar, sus pisadas resonaron por el suelo de madera como si estuviera dentro de una cueva, y tuvo la sensación de que fuera había algo esperándola y que debía empezar de cero cuanto antes.

Rápidamente comprobó los cajones, el armario, el baño y la cocina. Todo vacío. Hora de marcharse.

–Te marchas.

El sonido de la voz de Adam hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. «Tranquila», se dijo.

–Sí.

Ahí estaba, con sus pantalones cortos y su camiseta, tan guapo como siempre.

–¿Qué quieres? –le preguntó desafiante.

–A ti.

Se quedó sin aire en los pulmones y no supo qué decir. Él dio un paso hacia ella, pero Megan retrocedió. Era demasiado guapo, demasiado encantador, y no podía dejarse arrastrar por él.

–Tengo que irme.

–¿Adónde?

–A Portland, Oregón.

–Al bello Noroeste del Pacífico.

–He oído que es muy verde y que llueve mucho. Me han ofrecido un trabajo en un rodaje. Al parecer, Hugh Wilstead le habló a alguien de mí, ¿te lo puedes creer? El mismo hombre cuya prometida me despidió.

–Es curioso cómo funcionan las cosas en esta ciudad. Alguien debe de haber devuelto un favor.

–Estoy contenta por la oportunidad –no sabía por qué estaba contándole todo eso, tenía que callarse–, aunque no es que a ti te importe.

–Me importa.

Megan no supo cómo reaccionar ni cómo responder y en ese momento Adam recorrió la distancia que los separaba y dijo:

–Lo siento, Megan. Me comporté como un idiota en el aeropuerto.

A ella la invadió la emoción y quiso lanzarse a sus brazos y besarlo, pero sabía que no debía hacerlo.

–Quiero recompensártelo –le dijo acariciándole la cara–. Quiero que estemos juntos.

Sus palabras llenaron su corazón de esperanza, quería estar con él, pero ya no se atrevía a fiarse. Él mismo había dicho que no era el hombre adecuado para ella.

–Tengo que irme.

–No estoy hablando de una aventura. Estoy hablando de una relación estable.

–Tú no tienes esa clase de relaciones.

–Nunca las he tenido, pero eso no significa que no pueda tenerlas. Estar contigo para siempre me parece algo alucinante.

Ella se quedó sin palabras.

–Te echo de menos, Megan. No quiero perderte.

Pero Megan sabía que alejarse de él era lo más inteligente.

–Seguro que en el próximo rodaje encontrarás a alguien que te haga compañía. Si es que no la has encontrado ya.

–Te quiero.

Se quedó paralizada.

–Te quiero, Megan Calhoun, y entiendo que estés enfadada. Si quieres marcharte, hazlo, no te culpo, pero si quieres darle una oportunidad a un tipo como yo, aquí me tienes. Soy tuyo.

A ella se le disparó el pulso y él la miró suplicante al decirle:

–Cuando me di cuenta de lo muy unidos que estábamos, me asusté, pero ahora sé que quiero estar contigo, Megan, y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para tenerte en mi vida.

Le latía el corazón con tanta fuerza que estaba segura de que los del apartamento contiguo podrían oírlo. Miró a Adam con una mezcla de sorpresa, afecto y respeto. La sinceridad de su mirada y el modo en que tartamudeaba le hicieron ver que estaba diciéndole la verdad.

La amaba.

–Yo también te quiero.

Adam la abrazó y la besó y ella se derritió contra él, dejando que el beso la consumiera.

–Quiero pasar el resto de mi vida contigo, pero primero quiero que persigas tus sueños.

–Ya se están haciendo realidad.

Adam sacó algo de su bolsillo: una cajita.

–Este es un anillo símbolo de mi promesa, no quiero que te sientas presionada por nada, pero te prometo –se lo puso en el dedo– que cuando estés lista, lo cambiaré por un anillo de compromiso.

Ella se quedó mirando el anillo de plata con un diamante. Era más bonito que cualquier anillo de compromiso.

–Es... –buscaba la palabra perfecta– impresionante.

Adam le besó la mano.

–No tan impresionante como tú.

–¿Estás seguro de esto?

–No estoy seguro de lo que nos deparará el futuro, pero estoy seguro de que te quiero en mi futuro y me comprometo a hacer que esto funcione.

–Ahora una parte de mí desearía no tener que ir a Portland.

–¿Por qué? Allí hay mucho que hacer: escalar, paracaidismo, esquiar el Monte Hood...

Ella sonrió.

–Deja que adivine, ¿quieres hacer salto base desde el Monte Hood?

–No, pero tengo en mente unas cuantas aventuras para los dos, aventuras que podemos experimentar juntos para crear recuerdos a

partir de ellas.

–Qué pena que tengamos que esperar a estar juntos para poder hacerlas.

–Yo también voy a rodar en Portland –le dijo con una mirada pícara.

Megan no sabía cómo lo había logrado, pero tampoco le importaba. Lo único importante era que estarían juntos. Se puso de puntillas y lo besó.

–Y yo tengo una aventura para los dos... en Larkville. Vamos a hacerle un homenaje a mi padre el día del Festival del Otoño y toda mi familia estará allí, incluso mis hermanastros. Me encantaría que me acompañaras.

–Lo haré –le dijo sin vacilar–. Estoy deseando conocer a tus hermanos y a tu hermana.

–Hermanas. Recuerda, ¡tengo una nueva! –sonrió algo nerviosa.

–No importa cuántas hermanas tengas, tú siempre destacarás entre todas.

Megan se sonrojó.

–Bueno, eres tú el que me ha ayudado a dejar de esconderme y a empezar a tener aventuras.

–Y mis lecciones no han hecho más que empezar.

Volvió a besarla; fue un beso que merecía ganar el premio al Mejor Beso de Cine, aunque Megan sabía que ellos dos eran los auténticos ganadores.

Felices para siempre. Para ella era el final perfecto y tenía la sensación de que Adam pensaba lo mismo.

No te pierdas el siguiente libro de la serie HISTORIAS DE LARKVILLE: *El secreto que lo cambió todo,* de Lucy Gordon

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

